

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

MÁSTER ESCRITURA CREATIVA

Trabajo Fin de Máster
Convocatoria 2020-2021



EL CALOR DEL TRIGO

Modalidad: Creación
Género: Narrativa

ALUMNO: GABRIEL GARCÍA MORENO
TUTOR: PABLO SÁNCHEZ LÓPEZ

ÍNDICE

EL CALOR DEL TRIGO.....	2
MEMORIA JUSTIFICATIVA.....	137
1. Punto de partida de la creación. Objetivos y Fundamentos.....	138
2. Estructura de la composición.	140
2.1 La novela histórica como fondo de la narración.	140
2.2 La novela negra como marco de la narración.	145
3. Técnicas y estilos ensayados.....	149
3.1 La técnica de vasos comunicantes.....	149
3.2 El símbolo como figura retórica.....	152
4. Dificultades, soluciones y resultados.	155
5. Bibliografía consultada y aplicada.	156

EL CALOR DEL TRIGO

El calor la está matando.

Aurora da una vuelta en la cama. La ventana está abierta, pero no hay nada que contemplar al otro lado, así que mira fijamente la pared cubierta de gotelé. Observa las pareidolias que se forman en el muro de yeso y cal. Le han fascinado desde pequeña, pero el bochorno le impide pensar. Hace tiempo que las caras desaparecieron, antes incluso de aquella noche y aquel calor. Puede sentir el tacto áspero de las sábanas rozando su piel. La yema de los dedos acaricia sus muslos pegajosos por el sudor.

Sigue incómoda, así que vuelve a girarse sobre sí misma.

Una gota fría se desliza por su espalda. Trata de respirar hasta llenar sus pulmones. No entra una brizna de aire por la ventana, solo la luz naranja y viscosa que escupen las farolas con un destello que atraviesa las cortinas y lo cubre todo de sombras densas.

Se incorpora en el catre y cierra los ojos. Los párpados le pesan como dos losas.

Resopla mientras se levanta de la cama y camina tambaleándose hacia el armario para ponerse algo de ropa. Está a punto de abrir la puerta de madera, cuando observa su reflejo desabrigado en el espejo que cubre el mueble.

—Desde pequeña —murmura.

Detiene el brazo en el aire. De pie, inmóvil sobre el suelo desnudo, examina con atención la forma en que las sombras inciden en los relieves de su torso y sus piernas, como si su carne fuese una cordillera blanda. No recuerda cómo ni cuándo se formaron aquellas montañas.

Recorre su piel surcada de arrugas mientras sus dedos se deslizan por la ladera de sus caderas. Piensa en las estrías blancas y rojas que la surcan como pequeños ríos que horadan la carne para albergar vida hasta morir en el valle de sus muslos. Ahora, sin embargo, el río no lleva agua. Tampoco vida. En su lugar se encuentra un bosque denso y enmarañado, cubierto de árboles negros, muertos. Y, sin embargo, hubo una época de abundancia. De agua y vida. Su cuerpo ha cambiado tanto desde aquellos tiempos que le cuesta creer la imagen que le devuelve el cristal.

Contempla cada grieta en la tierra yerma y cuarteada de su piel; no encuentra un solo milímetro liso al que asirse. Suspira y abre el armario. Después, remueve la fila de perchas, elige un vestido cargo de gruesa tela negra y sale de la habitación.

Siente que las rodillas se quejan y se niegan a doblarse mientras cruza el pasillo hasta llegar al salón. La luz está apagada, y el ventilador gira en el techo moviendo en círculos la pequeña cuerda que lo acciona. Ni siquiera el suelo de gres consigue refrescar sus pies. No puede evitar fijarse en los platos de la cena que descansan sobre la vieja mesa de aglomerado. Aprieta los dientes. La cocina tampoco está recogida, pero se ha prometido a sí misma que no va a limpiar más y piensa cumplir su palabra.

—

Cuando termina de aclarar un plato de porcelana blanco, se queda absorta observando el dibujo de un aguilucho que decora el fondo. Lo deja caer al fondo de la pila. A continuación, lo seca con un paño y, satisfecha, lo guarda en la alacena frente al fregadero.

Con la respiración agitada, cruza una vez más el salón con ritmo pesado, agarrando una silla en el camino.

El calor de la noche la golpea en el rostro cuando sale a la calle. Fuera del hogar, el aire pesa todavía más. No le sorprende. No espera encontrar una brisa que detenga el sofoco veraniego; ha aprendido a resignarse. Sigue arrastrando los seis pies hasta llegar a la acera de enfrente.

Con un movimiento de cabeza por saludo, coloca la silla y se sienta junto a Leonida y Remedios. Las tres permanecen en silencio.

Aurora siente cómo el camión negro se pega a su cuerpo. Observa la calle con la mirada perdida, tratando de encontrar alguna novedad, pero lleva demasiado tiempo allí como para descubrir un nuevo detalle que atraiga su atención, así que decide centrarse en las caras familiares que se forman en las irregularidades de las fachadas de yeso.

De repente, la Reme arranca a hablar.

—¿Habéis visto la entrevista a la Flores en Telecinco?

—¿La Faraona? —responde Leo levantando la cabeza con la nariz arrugada.

—No mujer, si esa lleva muerta la pila de años.

—¿La chiquilla, la Rosario? —intenta Leo de nuevo.

—Bueno, chiquilla, chiquilla no es, que tiene que tener ya más de sesenta. Pero no digo esa, no. Digo la otra. La Lolita.

—Pues no, no la he visto.

—Mujer, si me has tenido que preguntar dos veces a quién le hacían la entrevista ya imagino que no la has visto.

Las dos ancianas vuelven a sumirse en el silencio.

—Pues resulta que se casa —prosigue la Reme tras unos instantes.

—¿Que se casa? ¡Pero si esa ya estaba casada con el ricachón cubano ese, el actor!

—¿Ricachón? —pregunta con una mueca maliciosa la Reme— ¡Chófer por horas desde que se divorció! Que esa es otra, llevan divorciados como cinco años ¡Si me acuerdo de ver contigo en la tele lo del divorcio! De verdad Leo, yo no sé para qué te pones la tele si no le haces ni caso.

—Pues no sé, hija, para que haga ruido... —susurra agachando de nuevo la cabeza, somnolienta.

La Reme se dispone a contestarle, cuando una luz blanca inunda sus ojos. Se cubre el rostro desconcertada y, cuando lo descubre de nuevo, ve pasar un coche fúnebre. Mira al chófer, que cae en la cuenta de lo sucedido y cambia a las luces de posición.

—¡Virgen santa! Se me ha quedado la luz esa como un punto al final de los ojos —masculla Leo a su lado frotándose los párpados cerrados.

Cuando las tres mujeres recuperan la compostura, observan con rostro grave el vehículo en la distancia.

—¿Quién...? —comienza a preguntar Leo.

—¡Chst! —escupe la Reme con un gesto de mano.

Un nuevo rugido de motor decide apoyar a la Reme, envolviendo la calle con un ruido ensordecedor. La luz del vehículo, en esta ocasión bien reglada, permite a las mujeres observar al conductor de un Porsche Cayenne mientras cruza la calle.

Leonida deja escapar un pequeño sonido gutural.

—No me digas que... ¡Que me caiga un rayo y me muera si ese no era Alfredo!

—¿Qué dices? —la interpela la Reme—. No puede ser Alfredo.

—¿Pero tú lo has visto? ¡Si era igualito!

—Niña, que yo a Alfredo no lo llegué a conocer. Además, ahora tiene que tener por lo menos ochenta años. Ese tenía que ser el chiquillo de Alfredo, o el nieto. Seguro que es el nieto —dice golpeando con el bastón en el suelo.

Leonida sopesa unos instantes antes de contestar.

—¿Eso quiere decir que el del coche fúnebre es Alfredo? ¿Van a enterrarlo aquí después de tanto tiempo? Pero si se fue del pueblo hace...

—Sesenta años —dice Aurora alzando la mirada al cielo.

Podía sentir el viento en la cara mientras cabalgaba inclinado sobre la chepa del caballo. Pese a ello, no lograba deshacerse de aquel calor implacable. En aquel sitio siempre hacía demasiado calor. Obligó al animal a aumentar la velocidad con un golpe de talón. Después, insatisfecho con el resultado, propinó otro par de puntapiés. Estaba enfadado, pero notar el trigo seco despedazándose bajo el peso de las pezuñas le tranquilizaba.

Miró hacia el horizonte con los ojos entrecerrados por la velocidad. Estaba buscando un punto que debía aparecer en cualquier instante, pero solo encontraba un paisaje pajizo sin fin. Con un gesto de fastidio, pasó a sujetar las riendas con una mano, frotándose los ojos con la opuesta para eliminar los restos de una espiga que llevaba molestándole desde el inicio de la carrera.

Mientras pasaba los dedos por el rostro, una muralla de piedras amontonadas apareció de súbito tras una hilera de espigas.

Actuó rápido y, maldiciendo entre dientes, obligó al animal a saltar el muro con una sacudida enérgica. El animal se elevó en el aire y cayó con torpeza, pero, tras unos segundos de balanceo, consiguió mantener el paso firme.

Pino observó el muro con fastidio. Cubierto de musgo seco, pero a medio construir desde antes de que pudiera recordarlo, lo traicionaba cada vez que pasaba por aquel lugar, sin importar cuanto tratara de anticiparse. Era como si intentara derribarlo. Espoleó de nuevo el caballo con un grito quedo.

Siguió galopando hasta que, minutos más tarde, el mar amarillento y uniforme de cereal comenzó a clarear. Pino divisó un edificio blanco y, detrás, un camino empedrado que conducía a un pequeño poblado. Fustigó de nuevo a la bestia.

Minutos más tarde, cruzaba el portón de piedra desgastada de un tosco patio castellano levantando una nube de polvo y tierra seca. Sobre las enormes puertas de madera, unas losas de cerámica ocre rezaban con letras casi ilegibles: “Los Manantiales”. Tiró con brusquedad de las riendas y obligó al animal a frenar.

El caballo no había terminado de aminorar la marcha cuando Pino retiró los pies de los estribos y desmontó de un salto. El suelo de tierra tembló al contacto con sus botas de montar. Después, sacó una escopeta de caza de una pequeña alforja y, con la mirada encendida, apuntó a la cabeza de su montura. Permaneció en esa pose unos instantes, con

la respiración agitada y el índice sobre el percutor. Estaba dispuesto a hacerlo, solo tenía que apretar el gatillo. De repente, el ruido de una puerta abriéndose a sus espaldas lo alertó.

—¿Ya ha vuelto el señorito Agripino? —preguntó un joven cruzando el soportal a toda velocidad— ¿Qué tal se ha dado la cacería?

Pino echó la escopeta al hombro y le dirigió una mirada fría que el muchacho supo interpretar de inmediato.

—Llévalo a la cuadra —señaló al animal con un gesto de cabeza y con el rostro sombrío.

—Señor —asintió el chico arrastrando al animal de las riendas con la cabeza gacha.

—¡Por cierto, Marcos! —dijo alzando la voz mientras caminaba hacia el interior del cortijo— No hace falta que le cambies las herraduras. Está demasiado machacado para volver a salir de cacería. Mejor llévalo con las yeguas, lo dejaremos como semental. Y dile a tu hermana que vaya al salón. Ahora mismo.

Cuando entró en la casa, una sensación reconfortante lo envolvió al instante. Aquel era el único lugar de todo el pueblo donde uno podía huir de ese sofoco inmutable que envolvía la comarca. Aunque en el patio y los alrededores hiciese un bochorno perpetuo, como si aquel edificio fuese la fuente de la que emanase el calor, por algún motivo, entre aquellas paredes blancas, reinaba siempre un fresco reparador. Suspiró aliviado mientras se apoyaba en la fría pared para descalzarse, y, después, pasó al salón.

Se trataba de una enorme sala con el suelo de teja y paredes blancas, al igual que el resto de la casa. Por toda la estancia, trofeos de caza y enormes muebles de madera oscura repletos de encajes blancos y accesorios de porcelana cubrían los muros. Al fondo de la habitación, su hermano pequeño, Alfredo, descansaba estirado en uno de los tarimones, leyendo un libro con la cubierta y las páginas amarillentas. Al verlo entrar, se incorporó de inmediato.

Pino apoyó la escopeta en el hueco libre junto a su hermano y se dejó caer en el butacón contiguo.

—¿Qué tal la batida? —preguntó Alfredo sin apartar la mirada del libro.

—Ni una pieza en todo el maldito monte, igual que las tres veces anteriores —repuso con un chasquido de lengua—. Y es raro, porque estamos en temporada. Creo que es ese estúpido caballo, ¿sabes? Me trae mala suerte.

—Puedes dejarlo de semental y usar otro —propuso Alfredo encogiéndose de hombros.

—Bueno, siempre ha sido un animal magnífico, pero, si de viejo me está jodiendo en cada batida, sus crías pueden seguir fastidiándome si siembran su mala estrella.

Alfredo apartó el libro y lo observó unos segundos, pensativo. Acto seguido, se encogió de hombros una vez más y reanudó la lectura.

—¿Qué lees? —preguntó Pino inspeccionando la portada del libro tras el que se ocultaba su hermano.

Antes de poder llegar a responder, la puerta del salón se abrió con un portazo, dando paso a una adolescente delgada y cabizbaja que entró atropelladamente.

—Lo siento —susurró horrorizada alisando la larga falda de lino que cubría sus piernas mientras trataba de ocultar el rubor de sus mejillas— ¿Quería algo el señorito Agripino?

—Sí, llena la bota de vino y tráemela —ordenó el muchacho—. Ah, Florinda, y, ya de paso, dile a tu hermano que he cambiado de idea, que deje al caballo en la cuadra grande. Sin atar.

La joven sirvienta asintió y salió de la habitación con presteza.

—Este año aún no has venido de caza —comentó Pino tamborileando los dedos sobre el reposabrazos.

—Había quedado con los muchachos —murmuró su hermano distraído sin levantar la vista.

—¿Con los muchachos? Acabo de cruzarme a Luis antes de llegar al cortijo y no me ha dicho que hubierais quedado —mintió.

Alfredo contempló la página unos segundos más y, a continuación, cerró el libro enérgicamente.

—¿Y a ti qué más te da lo que haga o deshaga yo? Que yo sepa, mi vida privada no es asunto tuyo —le contestó con tono amenazante.

—Bueno, bueno. ¡No te pongas así, hombre! —exclamó Pino con una risotada— Normalmente no eres tan machito cuando hablas conmigo. ¿No será que ya ha sido el gran día y por eso estás tan misterioso? Va, confiesa ¿Ha sido hoy? ¿Por fin has desvirgado a la Mariate?

El rostro de Alfredo palideció.

—Vete a la mierda —masculló.

Pino comenzó a reír de nuevo mientras se levantaba. Después recogió la escopeta y dijo:

—Creo que eso es un no. En fin —añadió caminando hacia la puerta—, si tienes alguna duda, sabes que puedes preguntarme lo que quieras, cuando quieras. Esas cosas no se aprenden en los libros, Alfredito —dijo revolviéndole el pelo moreno al pasar.

Su hermano trató de zafarse y le increpó algo que no alcanzó a oír mientras que se dirigía a la puerta con una risotada. Cuando se disponía a salir de la habitación se chocó con Florinda, que entraba a su vez. La muchacha se disculpó de nuevo, ruborizada, y le ofreció la bota con timidez.

—Por Dios, Florinda, ¡mira por dónde vas! —espetó— Déjala en mi habitación, anda, que ahora subo. Y haz el favor de levantar la cabeza —añadió sujetándola por la barbilla e inspeccionando su mirada huidiza—. Tu hermano y tú os vais a chocar contra una pared cualquier día de estos. Los ojos de la gente están en la cara, no en el suelo.

Salió de la casa y surcó el patio con brío hasta el lado opuesto. Podía sentir cómo se le aceleraba el pulso. El trigo seco crujió bajo el peso de sus pies al entrar en las caballerizas. Por algún motivo, aquello le tranquilizaba. En el interior, la luz apenas penetraba a través de los ventanucos tapiados de la cuadra para evitar el olor nauseabundo que provocaban las heces recalentadas bajo el sol, pero aquel truco no servía en ese pueblo. Allí solo había bochorno y olor a mierda. Pronto, las pisadas se convirtieron en zancadas. Notaba como su respiración se empezaba a agitar. Sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

Abrió la puerta de madera de la cuadra principal de una patada mientras cargaba el rifle, apuntó y, sin dudar un segundo, le voló la cabeza al caballo.

Se mesó el bigote con gesto pensativo. Después, separó las piernas y las entrelazó de nuevo sobre el salpicadero del todoterreno. El uniforme militar y el mostacho le aportaban un semblante severo que contrastaba con la forma en que vibraba sin oponer resistencia al traqueteo de las suspensiones, dejándose llevar.

Volviendo a cambiar de postura, alzó la pierna que se encontraba debajo y aprisionó la que un instante antes estaba arriba. Por fin había encontrado la postura perfecta. Satisfecho, se desperezó.

Acto seguido, sacó un paquete de tabaco de la guantera, se lo ofreció a su compañero, que lo rechazó con un gesto de mano, y prendió un pitillo. Miró por la ventana mientras guardaba el paquete en el bolsillo de la camisa. Ante sus ojos había un campo de trigo llano y amarillento que cubría el lugar hasta llegar al horizonte. Aspiró el humo del cigarro acariciando los finos bigotes con lentitud. Observó con detenimiento los detalles de aquel paisaje que se desdibujaba por momentos y que le resultaba tan familiar. No podía creer que, después de tanto tiempo, fuera a resultar tan sencillo. Podía sentir el bochorno del verano calentando el verde militar del vehículo y una sensación hormigueante en el estómago.

—Es curioso —susurró a su acompañante. Tenía una voz suave y rota, que contrastaba con su rostro aguileño—. En este pueblo no suele hacer tanto calor.

El conductor pareció no darse por aludido, así que siguió analizando las vistas a través del cristal. Por más que avanzase, aquel llano se mantenía firme y monótono. Sin embargo, había algo que sí cambiaba. Las espigas de trigo. Todas iguales, orientadas en la misma dirección, la que marcaba el viento y el sol, pero con pequeñas diferencias en la inclinación y en la altura, lo que provocaba que, en conjunto, compusiesen una masa caótica pero uniforme. Todas idénticas y distintas, cubriéndolo todo a medida que él surcaba aquel camino.

Tras unos minutos sin cambiar de postura, algo llamó su atención al otro lado de la ventanilla. Apagó el cigarro a la vez que se incorporaba enérgicamente, e hizo un gesto de cabeza a su acompañante, que asintió.

Se detuvieron junto a un grupo de hombres vestidos con ropa de trabajo, que observaron su llegada con recelo. Bajó del coche con resolución e, intercambiando con los jornaleros saludos informales, se aproximó con paso decidido.

—¿Qué hacen tantos hombres trabajando bajo el sol en el día del señor? — preguntó con una sonrisa cordial.

—El señor no entiende de apilar piedras, da igual el día que sea —contestó un hombre desgarbado cubriéndose los ojos para evitar el sol—. Estamos haciendo una linde. Espero que no haya ningún problema, Firmo.

—No, claro que no. Es solo que... pensaba que estos terrenos eran todos del mismo dueño.

El hombre intercambió una mirada dubitativa con sus compañeros antes de contestar:

—Eran de don Cristóbal, pero ha vendido parte de sus tierras a un señorito de Hoyofondo, por eso nos ha pedido que las separemos.

—¿No le ha ido bien a Cristóbal últimamente? —preguntó con pretendida curiosidad.

El hombre negó con la cabeza dirigiéndole una mirada encendida.

Firmo asintió satisfecho y le deseó buenos días. Cuando se dirigía de nuevo al vehículo, un hombre bajito y regordete, que se había mantenido en silencio hasta aquel momento, decidió dar un paso adelante, y espetó:

—Facha hijo de puta ¡Sabemos lo que has venido a hacer!

Firmo paró en seco durante unos instantes. Sin darse la vuelta, asintió de nuevo. A continuación, abrió la puerta y se metió en el coche. Cruzó las piernas sobre el salpicadero y dio un par de golpes en la puerta, indicando a su compañero que arrancase el vehículo.

Condujeron en silencio unos cuantos minutos más hasta llegar a una finca construida alrededor de un enorme patio de color blanco. Allí, aparcaron frente a un portón de madera cubierto por un enorme arco de piedra maciza. Sobre él, unos azulejos de cerámica impolutos rezaban: “Los Manantiales”. Sonrió observando el cartel. Aquel nombre parecía una broma de mal gusto. No recordaba que hubiera corrido nunca el agua en aquel lugar.

Firmo bajó del vehículo mientras el conductor lo esperaba en el interior. Avanzó por el camino y encontró las portadas entreabiertas. Dio un par de golpes con los nudillos contra la madera y se dispuso a entrar sin esperar una respuesta. En el interior del patio encontró a una mujer en una postura antinatural junto a un barreño de agua cubierto de espuma. Parecía haberse quedado congelada mientras se agachaba con la espalda arqueada y miraba alarmada hacia la entrada.

Cuando lo reconoció, su mirada pasó de la cautela al horror.

—¡Firmo, no sé lo que buscas, pero Cristóbal no está aquí! —la mujer se abalanzó sobre él, cayendo de rodillas y agarrándole la camisa a la altura de la cintura— ¡Por favor, te lo ruego, no está aquí! —repitió sollozando y balbuceando, presa del pánico.

—Sé que está aquí. No lo hagas más difícil, por favor —susurró el hombre remarcando las dos últimas palabras—. Solo quiero hablar con él.

La mujer se mordió el labio inferior, nerviosa, y miró unos instantes hacia el lateral del patio. El pequeño gesto la delató, y Firmo echó a andar hacia las caballerizas.

—¡No! —chilló la mujer arrastrándose tras él con paso atropellado.

—¡Julia! Ya basta —dijo una voz desde las puertas de la cuadra.

Del interior del edificio salió un hombre joven de facciones afiladas. Llevaba una camisa blanca y holgada cubierta de manchas negras y unos pantalones de pana marrón, y tenía el rostro perlado de sudor. Se secó la frente con un paño sucio mientras caminaba con aire desenvuelto.

—No pasa nada, cariño. Vuelve dentro.

La mujer le dedicó una mirada horrorizada antes de obedecer la petición de su marido.

—Dime, Firmo, ¿de qué querías hablar? —dijo el hombre con gesto inexpresivo.

—¡Cuánto tiempo, Cristóbal! ¿Por qué no damos un paseo y nos ponemos al día?

Cristóbal asintió con el rostro lívido.

Ambos caminaron hacia el exterior del recinto y, cuando llegaron frente al todoterreno, Firmo abrió la puerta trasera invitándole a entrar con un gesto de mano.

Condujeron en silencio por el mismo camino que habían cruzado para llegar, hasta regresar al lugar en el que habían encontrado a los jornaleros apilando piedras. Allí pararon el coche. Cristóbal y Firmo bajaron del jeep y, en esta ocasión, también lo hizo el conductor.

Al verlos bajar, los trabajadores saludaron a Cristóbal con gesto reverencial. Este les devolvió el saludo mientras caminaba pesadamente hundiendo los pies en la tierra blanda y recién labrada junto a sus acompañantes.

—Marchaos —dijo Firmo cuando estuvo lo suficientemente cerca para que todos pudieran oírle. En esta ocasión su voz era taimada y firme.

Los hombres dudaron unos segundos antes de obedecer. Después, recogieron las herramientas y echaron a andar hacia los límites del camino con la cabeza gacha bajo la atenta mirada del conductor del vehículo.

—Un momento. Antonio, tú quédate —añadió Firmo cuando el último del hombre pasaba por su lado.

Tragando saliva, el hombre bajito y regordete que le había insultado minutos antes se detuvo junto a él. Firmo podía leer el miedo en su rostro.

—Quiero que cojas la pala y caves dos agujeros bien hondos frente a la linde que estáis levantando —dijo Firmo sacando el paquete de tabaco y encendiendo un cigarro—. Avísame cuando acabes.

Hizo un gesto de ofrecimiento con la pitillera de cartón, y Cristóbal lo rechazó con un gesto de mano y una leve negativa con la cabeza. Encogiéndose de hombros, se apoyó en el lateral del coche, dio una calada y miró hacia el cielo. Cuando bajó la cabeza, le sorprendió ver al hombrecillo aún de pie frente a él. Miraba a Cristóbal con una mirada suplicante.

—¿Se puede saber a qué coño estás esperando? —espetó tirando el cigarro al suelo y acercándose con el puño levantado.

El hombre dirigió una exclamación aguda y aterrorizada a su jefe, que se limitó a susurrar: “Por favor”. Después, se cubrió tratando de protegerse del golpe y, con un sollozo, comenzó a cavar uno de los hoyos.

—Eso está mejor —dijo Firmo caminando de vuelta al coche y apoyándose contra el capó.

Cristóbal se recostó con los brazos cruzados contra la linde de piedras recién construida y ambos se mantuvieron en silencio mientras Firmo encendía un nuevo pitillo. Cuando terminó, sacó de nuevo el paquete de tabaco y repitió la operación. Una vez hubo apurado el segundo cigarro, contempló el cielo, que había comenzado a nublarse. Podía sentir la mirada de Cristóbal clavada en él.

Seguía sin poder creer que fuese tan sencillo.

—Ya he terminado —musitó el hombrecillo unos minutos más tarde.

Firmo bajó la mirada y encontró dos enormes agujeros con sus respectivos montones de tierra a cada lado. El jornalero tenía los ojos enrojecidos. Firmo le hizo una seña con la cabeza y el hombre se puso de pie frente a uno de los hoyos que había cavado.

—¡Raúl! —gritó dándose la vuelta hacia el asiento del conductor.

En ese momento, el compañero de Firmo se incorporó, abrió el maletero y sacó un rifle. Lo cargó con parsimonia y, después, se acercó y apuntó al hombrecillo.

—¿Algo que añadir? —dijo el conductor con voz cavernosa mientras dirigía la mira hacia la cabeza.

—La gente no olvidará lo que habéis hecho. No teníais derecho.

—¿Eso es todo? Podrías haber ido a luchar al frente para defender tus ideas, como lo hemos hecho nosotros. Un momento, no me jodas... —masculló el militar dirigiendo una mirada de asco a la entrepierna del hombre. Una mancha oscura se extendía por el pantalón— Retiro lo dicho, ahora entiendo por qué te quedaste en casita. Otro rojo cobarde con la boca demasiado grande como para fallar el tiro.

A continuación, disparó el fusil. El hombre cayó en el interior del agujero con un ruido sordo, levantando una nube de polvo y tierra. El militar escupió en el suelo y miró primero a Cristóbal y después a Firmo. Firmo negó con la cabeza.

—Tú verás, pero yo también quiero volver pronto a mi pueblo. A este paso no llego a cenar —dicho lo cual volvió a sentarse en el asiento del conductor dejando la puerta abierta y las piernas fuera del vehículo.

Firmo se mesó los bigotes. Bajó la mirada y, aunque trató de sostenerla al frente, siguió hasta el suelo cubierto de guijarros. Tras unos instantes, se incorporó con un suspiro, agarró el arma de su compañero y comenzó a cargarla de nuevo.

—¿No vas a decir nada? —dijo Cristóbal sin mudar la expresión— No te tenía por un embustero. Sabía que no veníamos únicamente para hablar, pero esperaba que al menos abrieses la boca en algún momento.

Firmo se mantuvo en silencio mientras terminaba de cargar el arma. Después, sin levantar la mirada del rifle, con un gesto le indicó que repitiese la maniobra que había protagonizado su subordinado. Cristóbal permaneció inmóvil unos segundos, arrastró los pies hasta el lugar señalado y permaneció de pie, desafiante.

Firmo caminó hacia él. Podía sentir las espigas de trigo secas que había contemplado por la ventana del coche crujiendo bajo el peso de sus pies. Por algún motivo, aquello le tranquilizaba. Por unos instantes, recordó la tranquilidad que le proporcionaba segar aquellos campos de trigo cuando solo era un niño. El sol se había ocultado por unos instantes tras un cirro que cubría el cielo, pero, aun así, seguía provocando un bochorno inusual. Podía oler la orina recalentada sobre el cadáver de Antonio mezclada con un aroma agrio a sudor. Las pisadas se convirtieron en zancadas. Notaba como su respiración se empezaba a agitar. Sabía lo que estaba a punto de ocurrir. Lo había hecho un millón de veces, solo tenía que hacerlo una vez más.

Apuntó a Cristóbal dispuesto a disparar y, tras unos segundos, bajó el arma con un carraspeo. Cristóbal le dirigió una mirada inquisitiva.

Arrugó la frente con el ceño fruncido. Después, encogiéndose de hombros, le miró a los ojos y dijo:

—Sabes que, si hubiéramos perdido nosotros, yo estaría ahí de pie plantado.

Levantó el arma y disparó.

—Es buena carne —dijo Sebio limpiándose las manos en el mandil.

Julia arrugó la nariz. El olor de la sangre recalentada por el calor estival inundaba la estancia, llenando el cuarto de moscas. El hedor pegajoso que emanaba del mostrador se entremezclaba con el sudor mientras Julia trataba de remover el aire a su alrededor con un austero abanico y, ya de paso, aprovechaba para ahuyentar a los bichos. Las paredes, cubiertas de las mismas baldosas que el suelo, habían sido de un blanco liso algún día, pero ahora amarilleaban y parecían exudar junto a sus ocupantes.

—Si no te digo que no, pero, por muy mal que estén las cosas después de la guerra, nunca pensé que acabaría comiendo carne de...

Sebio se sorbió sonoramente los mocos arrastrando el sudor por la frente vacía con las manos. Julia observó como una de las moscas que llevaba rondando al hombre durante los últimos minutos se posaba sobre el tupido vello que cubría sus antebrazos y se perdía en la maraña de pelo.

—Mujer, que no es para tanto —el carnicero repicó los dedos con nerviosismo sobre el mostrador de cristal—. Ni que fuese carne humana. Mira, podemos hacer una cosa, llévate un filete, lo pruebas y, si no te gusta, pues santas pascuas. Aunque si alguien pregunta por ellos no sé si voy a poder guardártela.

—¿Y no me puedes hacer una rebajilla?

—Madre, por favor... —susurró Aurora estirando de la manga del vestido de la mujer.

Julia le lanzó una mirada de advertencia.

—Son ocho pesetas el kilo y no puedo bajar un céntimo más. Ya te lo he explicado —dijo el carnicero con voz cansina—, el hijo de Firmo se ha puesto farruco y, cuando ha vuelto de cazar, le ha volado la cabeza al caballo. Cuando he ido a ver si había restos de casquería de la batida, me he encontrado con que no había pillado ni un resfriado, pero me han ofrecido la carne del pobre animal. La he cogido por ti, que siempre estás racaneándome el precio. Normalmente no vendería carne de caballo, ya lo sabes.

—¿Qué hijo ha sido? —preguntó Aurora con rapidez.

—Pues Pino, quién si no. Eso sí que es un hombretón, no como el gualtrapa de Alfredo —añadió Sebio con una risotada satisfecha.

Aurora se sonrojó y agachó la cabeza acariciando los vuelos de su vestido mientras el hombre continuaba riendo.

—Parece que deberías empezar a tener cuidado, Sebío —interrumpió Julia—. Esa familia puede quitarte el puesto de carnicero cualquier día de estos. Primero fue el padre, y ahora el hijo. Puede que se les dé mejor que a ti conseguir cadáveres.

La sonrisa permaneció congelada unos instantes en el rostro de Eusebio antes de que su rostro se ensombreciera. Aurora cerró los puños alrededor de la tela y fijó su vista en las manchas del suelo.

—Deberías vigilar lo que dices, Julia. Por muy amigos que fuésemos Cristóbal y yo, eso no te da carta blanca para decir lo que quieras en mi tienda —dijo con gesto mohíno.

Julia dejó escapar un suspiro de exasperación.

—¿Amigo de Cristóbal? Te fuiste de allí corriendo con el rabo entre las piernas, como todos los demás. No hiciste nada para salvarlo. Él te dio un trabajo, una casa y, cuando más necesitaba tu ayuda, huiste a la primera oportunidad ¿A eso lo llamas tú ser un amigo?

—¡Eso sí que no, Julia! ¡Por ahí sí que no paso! —dijo golpeando el mostrador con las manos rechonchas—. Me fui de allí como se fue el resto, con el rabo entre las piernas, pero con la tapa de los sesos en su sitio. La elección era muy sencilla, dos muertos o uno. Simplemente elegí un muerto. Sé que crees que Cristóbal es un mártir o algo así, pero no creo que él hubiese hecho algo distinto. No lo hizo por el pobre Antonio, eso seguro. ¿Qué querías, que acabase como él?

Julia le dedicó una mirada envenenada. Después respiró hondo, cerró los ojos y dijo:

—Lo que tú digas. Ponme dos kilos y medio de carne.

El carnicero sostuvo la mirada encendida unos instantes. Después, empezó a trocear los filetes con golpes secos y rítmicos, percutiendo la tabla de cortar. Los tres permanecieron callados durante el proceso, evitando cruzar las miradas mientras el sonido del cuchillo silbaba en el aire y las moscas revoloteaban por la estancia. Con cada golpe, Julia podía sentir cómo el aire a su alrededor se constreñía, envolviéndola con un zumbido

ensordecedor. Le dolía la cabeza una barbaridad. Con cada golpe de la hoja sobre la madera, aumentaba la intensidad.

El ruido comenzaba a resultar insoportable cuando el hombre paró. A continuación, empaquetó la carne, la metió en una bolsa de lona y se la ofreció.

—¿Cuánto es? —preguntó Julia.

—Son... diez pesetas —dijo Sebio rascándose la nuca y apartando la mirada.

Julia abrió su monedero y sacó un billete que dejó sobre el mostrador con un golpe sonoro.

—Veinte pesetas. Nosotras no aceptamos limosnas. Aurora, vamos.

La joven siguió a su madre hasta la puerta sin levantar la vista del suelo.

—No aceptáis limosnas, pero regateáis los céntimos, eh. ¡Las cosas han cambiado, Julia, asúmelo de una vez! —gritó desde el otro lado de la tienda— ¡Esa finca ya no es vuestra!

Julia abrió la puerta airadamente y, antes de salir, se giró y espetó:

—Tú elegiste una sola muerte, pero ahora yo tengo tres bocas que alimentar.

Después, cerró con un sonoro portazo.

Caminaron cuesta arriba hacia las afueras del poblado. Julia podía sentir el sol abrasando su espalda y la bolsa de lona amarillenta, que desprendía un hedor almizclero. En su interior, la carne parecía dilatarse y aumentar su peso con cada movimiento. Tras unos cuantos pasos, sintió que la invadían las ganas de vomitar.

—Aurora, lleva tú la bolsa, anda. Estoy machacada de andar todo el día de un lado a otro.

—Sí, madre —repuso la joven.

—¿A qué se dedicaba tu madre, que nunca me acuerdo? —pregunta la Reme golpeando rítmicamente el suelo con el garrote.

—Al estraperlo —contesta Aurora—. La pobre mujer bajaba todos los días hasta el mercado de Hoyofondo para intentar vender lo que encontraba a buen precio. Cuando apretaba el hambre, también se deshacía de las joyas que aún nos quedaban.

El pueblo se articulaba a lo largo de una calle empinada de la que, a pesar de la ingente cantidad de espacio disponible en los alrededores, emergían estrechos callejones que trataban de entretejer una galería de sombras con las que huir del calor constante. Subieron la cuesta bordeando las casas, pintadas de blanco brillante en un vano intento por repeler los rayos solares. Julia podía sentir un hormigueo en sus piernas hinchadas mientras pequeños regueros de sudor se deslizaban por su espalda a cada paso.

El blanco refulgente de una de las casas cegó su vista unos instantes. Resopló tratando de protegerse del sol con el dorso de la mano y se colocó el pañuelo de manila que cubría su cabellera formando una visera. Cuando era joven todo parecía brillar a su alrededor como el yeso y la cal que cubría el pueblo. Cuando era joven no le costaba caminar. Cuando era joven tenía a Cristóbal. Tragó saliva y contempló a Aurora, que caminaba frente a ella con aire distraído. Ella y Lucas eran lo único que le quedaba de él. Ni la casa, ni felicidad, ni un cuerpo capaz de soportar un día de trabajo sin rabiarse. Ya no le quedaba nada de la vida que habían compartido. Aurora agitaba la bolsa al compás de una melodía que tarareaba a media voz. Solo esperaba que no tuvieran que pasar por lo mismo que ella.

Pronto llegaron a los límites del pueblo, donde la calle principal se convertía en un pequeño camino de tierra, y giraron en la última de las callejas. Subieron la ladera en dirección al monte hasta alcanzar una choza de adobe separada del resto de casas. Frente a ellas, desde la puerta, podían ver el cúmulo de pequeñas laderas y montículos cubiertos de pinos que componían la única y escasa penumbra en muchos kilómetros a la redonda. Hacia el otro lado, más allá de pueblo, un enorme campo sembrado de cereales y guijarros se desdibujaba hacia la cúpula celeste.

Julia empujó los tablones de la puerta con el hombro.

En el interior del hogar, un pequeño salón, compuesto por una mesa de madera redonda y desgastada con tres taburetes a su alrededor, se encontraba a oscuras. Junto a la mesa, sobre un suelo de tierra, tres catres reposaban al lado de la chimenea. Julia corrió la cortina del diminuto ventanuco con vigorosidad y un haz de luz iluminó la estancia. Al otro lado de la sala, una puerta conducía a una cocina minúscula, en cuya encimera Aurora dejó caer la bolsa con la carne. Después, se quedó observando como su madre ordenaba y colocaba sus escasas pertenencias por la estancia.

—Madre —dijo anticipando la respuesta—, ¿puedo ir a pasear con Leo?

Julia le dirigió una mirada cansada.

—¿Has hecho todas tus tareas?

Aurora asintió lentamente.

—Entonces ve a ayudar a tu hermano mayor.

—¡Pero, madre! Es que... ya había quedado con Leo. He madrugado para dejarlo todo hecho, ¡me he levantado antes de la puesta de sol! —protestó.

—Aurora —suspiró estirando las sábanas de los catres—, le faltan horas al día para que pueda conseguir un mendrugo de pan. Ya tienes una edad como para, bueno, como para comportarte como una mujer. Deberías dejar de quedar tanto con Leo y empezar a pensar en otras cosas más... propias de tu edad. Y, si no surge la oportunidad, al menos podrías ayudar más en casa. Si no me ayudas a mí, ayuda al menos a tu hermano.

—Es que Lucas ha salido temprano. Creo que ha ido a ayudar a Marcos con un trabajo en el cortijo, y como usted siempre nos dice que no nos acerquemos al cortijo... —susurró.

—¿Al cortijo? ¿Y a qué ha ido al cortijo? —dijo incorporándose. Julia comenzó a caminar con nerviosismo por la sala— ¿Estás segura de que le ha pedido Marcos que vaya allí? Ay, Dios mío...

—Madre, escúcheme. Madre... ¡Mamá! —gritó Aurora. Julia paró en seco y la observó con el rostro desencajado— Madre, Lucas está bien, no se preocupe. Va a veces al cortijo a ayudar a Marcos para ganarse un dinero extra y, hasta ahora, nunca le ha pasado nada.

Horrorizada, se llevó las manos a la boca de inmediato al percatarse de su desliz.

—Por favor —añadió con voz arrepentida—, no le diga que he sido yo quien se lo ha contado. Se lo suplico.

—Que Lucas va a veces al cortijo... Ay, Dios mío —repitió llevándose las manos al rostro.

La mujer se derrumbó sobre el taburete con la cara aún escondida tras las manos. Ambas se mantuvieron en silencio unos instantes, hasta que, dubitativa, la joven preguntó:

—Entonces... ¿Puedo ir a pasear con Leo?

—Haz lo que quieras, Aurora —contestó con el semblante oculto al otro lado de sus dedos.

—Gracias, madre.

Julia escuchó como su hija corría hacia la puerta. Cuando oyó que esta se cerraba, se mantuvo en la misma posición durante unos minutos, con la respiración entrecortada a través de sus dedos. Antes de retirar las manos del rostro, sintió que una pequeña ráfaga de aire caliente se colaba por el ventanuco. Tras unos segundos, se descubrió el semblante y abrió los ojos. El viento había vuelto a correr las cortinas.

La habitación estaba a oscuras una vez más.

Aurora sabía que estaba olvidando algo importante.

Bajó el estrecho callejón hasta la esquina que conducía a la calle principal tratando de hacer memoria. Mientras caminaba podía sentir la tela del vestido pegándose a su cuerpo húmedo. Estaba acostumbrada a aquella sensación tórrida, pero tenía un truco para levantar el viento a su alrededor.

Si el aire no se movía, lo hacía ella.

Comenzó a correr deshaciendo la cuesta y, en cuestión de minutos, dejó tras de sí el esqueleto de fachadas enyesadas a toda velocidad. Sentía el aire llenando sus pulmones junto a una pequeña punzada en el pecho, pero aquella sensación no le desagradaba. Era de las pocas cosas que le hacían sentir viva. Pronto llegó de nuevo a la altura de la carnicería. Podía sentir el sudor enfriándose sobre su piel. Cerró los ojos para disfrutar de aquella sensación reconfortante mientras continuaba con la carrera.

—En aquella época todavía podía hacer eso —dice Aurora.

—¿Correr? —pregunta La Reme.

—Luchar.

Mientras trotaba calle abajo, aquel pensamiento volvió a cruzar su mente: estaba olvidando algo. Recordó a su madre sentada en el taburete. ¿Era el sentimiento de culpa lo que olvidaba? No, con el paso de los años había aprendido a normalizar aquellas reacciones. Su madre se comportaba así desde que tenía memoria; hacía el ridículo regateando el precio de la carne cada semana, y se asustaba por absolutamente todo.

Se trataba de otra cosa, pero, por más que lo intentase, no conseguía recordar qué era. Cerró los ojos sintiendo el viento en el rostro y se esforzó por buscar qué estaba obviando en el interior de su cabeza. Frunció el ceño. Ahora que había surcado su mente, no podía quitarse de encima la imagen de su madre con las manos cubriendo su rostro. Siempre tenía la sensación de que no hacía lo suficiente por ella. Pasaba semanas trabajando y ayudándola desde que se despertaba hasta que se hundía en el duro catre al llegar la noche. Y, por más que se esforzase, sabía que no bastaba. No se sentía culpable por lo que hubiera hecho a su madre, se sentía culpable por todo lo que no había hecho. Aunque odiase reconocerlo, aquella idea estaba siempre alojada en su mente, detrás de cada pensamiento. Volviendo a su cabeza constantemente. Siempre había algo más que podría haber hecho.

Aun así, estaba segura de que aquello no era lo que había olvidado. Había algo más. Apretó el paso.

Cuando ya casi había llegado a la puerta de la casa de Leo, a la altura de la parroquia, sintió un repentino pinchazo en el estómago. Se llevó las manos al vientre y aminoró la marcha. Recorriendo con dificultad el trecho que la separaba de su objetivo, se apoyó contra la pared y golpeó la pesada aldaba.

Cerró los ojos y, palpando su torso en busca de aquella sensación que la acababa de recorrer, se dejó caer contra la pared junto a la entrada.

La puerta se abrió y una joven rubicunda y de pelo castaño y cardado salió dispuesta a abrazarla con efusividad.

—Uy, ¿te pasa algo? —preguntó tras un paso en falso al observar su rostro descompuesto.

—Sí, es solo que... Me duele un poco la barriga. No te preocupes, no pasa nada. Estoy bien —repuso Aurora esbozando una sonrisa.

Cogiendo la mano que le tendía, se incorporó y le dio el abrazo que su amiga había estado buscando. Después, las dos jóvenes comenzaron a pasear.

—Vengo de la tienda de tu padre, ¿sabes? —dijo Aurora con tono casual.

—Ah, ¿sí?

—Sí, y mi madre ha vuelto a discutir con él. Otra vez.

—¿Por el precio de la carne?

—No.

Leo abrió la boca, dudó unos instantes y, después, volvió a cerrarla. A continuación, le dedicó una sonrisa conciliadora.

—Entiendo —dijo entrelazando su brazo con el de Aurora—. Bueno, esos son sus problemas, no los nuestros.

—¿Tú crees? —Aurora se deshizo del brazo y se quedó parada en mitad de la calle—. A veces creo... que estamos condenados a, no sé, a pasarnos la vida reparando los platos rotos de nuestros padres —dudó antes de seguir—. Se supone que ellos tienen

el mando, que ellos son los adultos, ¿no? Pero parece que ellos tampoco tienen ni idea de lo que hacen. Tu padre lo hizo mal en su día, pero mi madre lo está haciendo mal ahora.

—Yo no recuerdo que me dijeras eso —Leonida enarca una ceja mientras se limpia la saliva reseca de la comisura de los labios.

—Bueno, pero lo pensé —dice Aurora, molesta—. O quizás lo piense ahora, no lo sé.

—De todas formas, no se entiende ni papa cuando hablas así —irrumpe la Reme—. Deberías ir más al grano.

—Empecé a decir cosas así en aquella época. Cuando empecé a hablar como él.

—Mi padre no hizo nada mal. Hizo lo que tenía que hacer —respondió Leo. Las mejillas habían empezado a coger un color rojizo peligroso, que solía anunciar un llanto inminente—. Hizo... —dijo con voz temblorosa— lo que habría hecho cualquiera.

—Pues Antonio hizo otra cosa.

—¿Quién?

—Era un hombre que trabajaba para mi padre. Salió a defenderle, pero lo mataron.

—Bueno, si ese hombre no hubiera salido a defenderle, habría pasado exactamente lo mismo, ¿no? Habrían matado a tu padre igual, e igual ese señor estaría vivo ahora —repuso Leo.

—¡Al revés! —Aurora sentía cómo las sienas le empezaban a palpar— Si lo hubieran hecho todos, ¡habrían podido reducirlos y yo ahora tendría a mi padre!

—Pero... pero no es lo que pasó, ¿no? —la voz de la joven se estaba volviendo más aguda— Además, ¿y si hubiese habido un tiroteo y hubieran muerto más personas intentando defenderle? A lo mejor yo estaría sin padre ahora. O, ¿y si hubiesen mandado refuerzos después? No tiene sentido, ¿no? Y, aun encima, lo cuentas como si don Firmo hubiese estado en el bando de los malos.

—¡Es el bando de los malos! ¡Es el bando que mató a mi padre!

—También es el bando que le dio la carnicería a mi padre.

Las dos caminaron juntas en silencio. El rubor había terminado de cubrir el rostro de Leo y las lágrimas que asomaban en sus ojos amenazaban con convertirse en un torrente en cualquier instante.

—No sé, Aurora. ¿Qué sentido tiene darle vueltas? —dijo con voz quejicosa— Acabas de decirme que odias que tu madre y mi padre discutan, pero vas tú y haces lo mismo. De verdad, no hay quien te entienda.

—Pero, yo... Es que...—sentía cómo las sienas le latían cada vez más rápido— Llevas razón. Perdona, Leo. A veces no me entiendo ni yo —dijo abrazándola por la espalda.

Caminaron al compás moviendo las piernas pegadas, como si Aurora fuese un marionetista dirigiendo los pasos de un títere.

—Dime, ¿qué te apetece hacer hoy? —dijo Leo asiéndose al brazo de Aurora mientras se refugiaba bajo la sombra que arrojaban los edificios

—Pues... Había pensado en ir a la casa-cuartel y esta tarde, si quieres, podemos seguir con la costura. En cuanto les pongamos los volantes ya casi habremos terminado los vestidos.

—¿Al cuartel? ¿Qué se nos ha perdido a nosotras en el cuartel? —preguntó Leo, recelosa.

—Ayer escuché que acababan de destinar a dos nuevos guardias civiles en el pueblo y que uno se había mudado a la casa-cuartel con su esposa y su hija. Parece ser que tiene nuestra edad. Podríamos ir a conocerla.

—Ay, Aurora, no sé... —contestó bajando la mirada.

—¡Venga, tonta, será divertido! ¡Al fin podemos conocer a una chica de nuestra edad! Aquí en el pueblo no hay nada más que críos y viejos.

—Eso es verdad. Aunque siempre me he preguntado por qué... —murmuró Leo con gesto distraído.

—Pues no tienes más que pensar en los padres de Marcos y Florinda, o en mis padres. De la gente que se quedó en el pueblo, solo quedan los hijos. Los padres...

Leo le dirigió una mirada compasiva.

—La verdad es que ahora que lo dices sí me apetece ir a conocer a esa chica.

—¿Seguro? ¡Con lo vergonzosa que tú eres!

—¡Eso no es verdad! —replicó Leo.

—¡Cómo que no! Acuérdate de las fiestas del año pasado, con ese chico tan mono del Hoyofondo. ¡Se acercó para sacarte a bailar y casi te echas a llorar! —dijo Aurora soltando una carcajada.

—¡Eso fue porque estaba mareada! Hacía... ¡Hacía mucho calor! ¡Además, tú que sabrás, que desapareciste sin dejar rastro!

Las lágrimas acumuladas por su anterior conversación parecían no haberse replegado del todo, y decidieron hacer acto de presencia ante lo que Aurora había considerado un comentario inofensivo.

—No seas tonta, Leo. Estaba de broma. Gracias por querer acompañarme a la casa-cuartel. Eres la mejor —dijo cogiéndola del rostro y dedicándole una sonrisa.

Sollozando, Leo le devolvió el gesto a la vez que limpiaba las lágrimas que surcaban sus mejillas con el dorso de la mano. Rápidamente, Aurora cambió de tema a los vestidos que estaban confeccionando y comenzaron a charlar animadas mientras se dirigían al edificio militar. Podía sentir una sensación hormigueante a medida que se acercaban. Recordó el apremio que llevaba sintiendo desde que había salido de casa. Necesitaba recordar qué estaba olvidando, pero el calor la golpeaba en la melena negra y le impedía pensar con claridad.

Pronto, alcanzaron la plaza del ayuntamiento, una explanada rectangular que albergaba una fuente, además de los dos únicos edificios gubernamentales del pueblo; la casa-cuartel y el ayuntamiento. Mientras caminaban, Aurora se quedó absorta contemplando la edificación levantada entre ambos edificios. Construida con piedra caliza y coronada por un escudo de armas con un riachuelo que unía tres lagos, los lugareños la denominaban como la casa del gobernador. Por lo que había oído, el edificio había pertenecido a la familia de un indiano venido a menos, descendiente de uno de los primeros gobernadores coloniales de Cuba, de ahí el apodo. No recordaba su nombre, pero la gente del pueblo contaba que, tras el desastre del noventa y ocho, había regresado junto a su familia al pueblo del que partieran sus antepasados tres siglos antes con todas sus ganancias en un arcón. Al llegar, todo el mundo lo apodó con el mote del gobernador.

Con su fortuna había comprado gran parte de los terrenos colindantes y había mandado construir un palacete de piedra maciza en el centro del pueblo que mostrase su estatus y lo diferenciase del resto. En aquellos momentos, sin embargo, la casa se encontraba parcialmente derruida y una de las columnas que en el pasado había sujetado el soportal invadía ahora el tejado del cuartel al que se dirigían las jóvenes.

Caminaron hasta la puerta del edificio y se disponían a llamar, cuando esta se abrió. Del interior emergió un muchacho con un porte altivo al que Aurora reconoció al instante. Pino se mostró tan sorprendido como ellas y las saludó con un toque en el vuelo de la boina. Después, con una sonrisa, cerró la puerta. Ambas se sonrojaron y le devolvieron el saludo con una inclinación de cabeza haciéndose a un lado para que el joven pudiera pasar por su lado. Mientras observaba al chico alejarse, Aurora golpeó la puerta con los nudillos. Podía sentir una sensación de urgencia viéndolo caminar.

—Por cierto, Aurora —dijo Leo con el rubor cubriendo todavía sus mejillas—, ahora que nos hemos cruzado con Pino, hay una cosa que quería contarte. A ver, cómo decirlo...

Aurora se disponía a dar un último golpe contra la madera cuando frenó en seco.

—El caso es que vino don Firmo el otro día a la carnicería a comprar con su hijo y, hablando con él, me di cuenta de que me gus... Eh, ¿dónde vas? ¡Aurora! —chilló mientras su amiga corría a toda velocidad por la plazuela.

—¡Perdona, luego hablamos! ¡Acabo de recordar algo importante! —gritó corriendo a través de la calle Mayor.

Alfredo se sentó sobre el butacón, abrió el libro y leyó las dos primeras líneas. A los pocos segundos, lo cerró, se incorporó y comenzó a caminar en círculos a través del salón. Era la cuarta vez que realizaba aquella maniobra en los últimos cinco minutos.

Crujió los dedos y miró la puerta con nerviosismo. ¿Acababa de oír el sonido de las bisagras chirriar? Afinó el oído y escuchó la madera chocar contra el batidero de la puerta.

Antes de poder pensarlo, estaba corriendo por el pasillo a toda velocidad para comprobar la identidad del recién llegado. En el portal, se encontró con Pino, que se descalzaba apoyado contra la pared. Su hermano lo miró sorprendido por la premura con la que había acudido a recibirlo.

—¿Esperabas a alguien? —preguntó con su habitual media sonrisa.

Alfredo trató de recobrar la compostura acicalándose el pelo.

—No, iba a... A estirar las piernas por el camino —mintió tratando de fingir un tono de voz casual mientras observaba con particular interés el encalado de la pared.

Su hermano lo ignoró mientras se deshacía con aire distraído de la boina y la colocaba en un pequeño perchero junto al recibidor. Después, se dirigió hacia las escaleras que llevaban hasta el segundo piso tarareando una melodía pegajosa. Alfredo observó todo el proceso debatiéndose entre actuar o la inacción. El sonido de la puerta de la habitación de Pino cerrándose se encargó de elegir en su lugar.

Volvió a la sala de estar y reanudó su recorrido tratando de arrancar las cutículas ya casi inexistentes de los dedos. Frenó en seco, miró hacia las escaleras que asomaban al otro lado de la puerta y tomó una decisión. Subió a toda velocidad hasta detenerse frente al dormitorio de su hermano. Levantó el puño, cerró los ojos, y, tomando aire, llamó a la puerta.

—¡Pasa! —gritó su hermano al otro lado.

Pino estaba tumbado en la cama con las piernas cruzadas arrojando una pequeña bola de cuero curtido al techo. Alfredo se sentó a los pies del lecho y observó distraído la decoración espartana del cuarto de su hermano.

—¿Qué querías? —inquirió Pino sin dejar de lanzar la pelota.

—Sí —dijo Alfredo.

—¿Sí? ¿Sí, qué? —preguntó Pino mirándolo irritado.

—Que sí. Que tengo algunas dudas.

Pino se incorporó en la cama y miró desconcertado a su hermano.

—No te entiendo —dijo agarrando una bota de vino que descansaba en la mesita de noche y colgándosela en el cuello.

Apretó el cuero hinchado a unos centímetros de la boca sin lograr que saliera ningún tipo de líquido de su interior. Probó a regular la boquilla.

—Lo que me dijiste esta mañana —repuso Alfredo.

Pino trató de beber de nuevo de la bota con idéntico resultado y, en un acceso de ira, la arrojó contra el suelo. El recipiente reventó esparciendo una enorme mancha granate por el suelo de la habitación.

—¡Florinda, sube otra bota de vino llena y un cubo con agua para limpiar! —chilló— Alfredo, habla claro, coño, que no hay quien te entienda.

—¡Esta mañana me has dicho que te preguntase si tenía dudas con... eso! —gritó Alfredo golpeándose en el regazo.

El gesto de Pino pasó de la ira a una sonrisa de complicidad.

—Hablas de follarte a una mujer.

—S—sí —repuso Alfredo tratando de aparentar indiferencia.

—Pues dime, qué quieres saber. Es muy fácil, mira, el agujero está justo debajo de...

—¡Eso ya lo sé!

—¿Entonces?

—Es que me preocupa que... Se supone que es un pecado, ¿no? Si lo haces antes del matrimonio, es fornicación. Don Pascual siempre lo dice. Y yo no quiero ir al infierno cuando me muera.

Pino lo miró estupefacto unos segundos y comenzó a reír descontroladamente revolcándose sobre las sábanas.

—¡No te rías, imbécil! Sabía que no tenía que habértelo preguntado... —dijo Alfredo levantándose de la cama y caminando hacia la puerta con los puños apretados.

—¡No, Alfredo, vuelve! ¡Perdona! —Pino se levantó y lo retuvo por el brazo tratando de contener la risa.

Alfredo le dirigió una mirada de odio y volvió a sentarse junto a él.

—No sabía que te preocupara tanto eso —Pino se enjuagó una lágrima que corría por su mejilla—. Yo he pensado mucho en las dos cosas, ¿sabes? En palmarla y en follar, me refiero, y solo te puedo responder lo que pienso, porque saber, lo que es saber, tampoco es que sepa nada. Tú eres el de los libros —antes de continuar, se relamió unos instantes, seleccionando las palabras que iba a pronunciar a continuación—. A ver, puede que Dios exista. Puede que don Pascual lleve razón y que, si te diviertes más de la cuenta, acabes en el fuego eterno y todo eso. Pero, por otro lado, la única forma de saberlo es morir, y, de momento, yo no tengo ninguna intención de morir.

Comprobó que su hermano no parecía muy convencido por sus argumentos y, pasándole el brazo por encima del hombro, añadió:

—No es solo con eso, lo que te acabo decir sirve también... pues prácticamente para todo. Mira, yo lo veo así: cuando seas un viejo y estés en la cama a punto de estirar la pata, solo habrá una opción correcta para elegir: estar contento con la vida que has llevado. Bien porque has hecho lo que has querido mientras has estado vivo, o bien porque has aceptado lo que dice gente como don Pascual y sabes que irás al cielo. En ambos casos te irás de aquí igual de satisfecho. Lo importante es que, hagas lo que hagas, cierres los ojos siendo feliz. Quién llevaba razón no importa. Simplemente no te arrepientas. Tienes que llegar a ese momento preparado para enfrentarte a lo que venga cuando todo esto se acabe, incluso si lo que viene después no es nada o es el infierno.

—De todas formas —dijo dejándose caer hacia atrás y volviendo a arrojar la pelota contra el techo—, yo creo que todo esto es solo cosa nuestra —contrajo el rostro tratando de seleccionar una vez más las palabras—. Quiero decir, cuando salgo de caza y le vuelo la cabeza a un conejo, el conejo no piensa si ha sido feliz con su vida, o si irá al infierno, ¿no? Ni cuando se lo zampa un zorro. El conejo ha follado todo lo que ha podido, como

buen conejo, así que ha sido feliz. No se lo plantea. Los animales se limitan a correr hacia delante, siempre hacia delante. Lo único que saben es que no quieren morir y que, para eso, deben correr sin pararse a mirar atrás. Aunque supongo que en eso son iguales que nosotros. El caso es que creo que ese es el problema —agarró la pelota y la sostuvo entre las manos con el brazo estirado hacia el techo—, que nosotros podemos irnos de aquí el doble de asustados que el resto de animales. Corremos hacia delante, pero no saber qué hay delante nos asusta. Tenemos ventaja sobre ellos, o una desventaja aún más grande, según cómo se mire. Lo que importa es que está en nuestra mano elegir, y yo creo que la decisión es sencilla. Lo que quiero decir —dijo incorporándose de nuevo— es que el miedo a irte al infierno por echarle un polvo a la Mariate lo eliges tú. Tú eliges si quieres ser como un conejo o como don Pascual y, al final, da igual. Los cuatro vais a acabar en el hoyo hagáis lo que hagáis. Eso sí, para acabar con la misma cara de morsa que don Pascual, yo preferiría antes ser un conejo.

Alfredo rio y observó con asombro a su hermano. Nunca había pensado que pudiese llegar a hilar tantas frases seguidas, ni que hubiera pensado mucho sobre nada en particular. Aun así, no podía evitar ver ciertas costuras en su discurso.

—Gracias, pensaré en lo que me has dicho. Y, bueno, con respecto a lo otro... —dijo tras unos segundos de reflexión— Quizás sí me vendría bien que me explicases dónde... dónde está el agujero.

Florinda irrumpió con una bota en una mano y un pequeño cubo de agua enjabonada en la otra. Al verla entrar, Alfredo dio un pequeño respingo sobre el cubrecama y miró al suelo avergonzado. La muchacha pareció percatarse de la inusual relevancia que había despertado su presencia en la sala y se apresuró a agacharse para limpiar los restos del vino derramado, tratando de fundirse con el mobiliario. Sin embargo, logró el efecto contrario.

Los dos hermanos observaron el vestido ceñido sobre las caderas cubiertas de sudor de la joven que, sin ser consciente de ello, detallaba con detalle milimétrico la forma de su cuerpo a través de la tela.

—Alfredo —dijo Pino mirando a su hermano, que seguía observando obnubilado la figura de la joven agachada frente a ellos—, solo te voy a dar un consejo. La mejor forma de entenderlo es practicar.

Aurora caminaba dejando que las malas hierbas que crecían a los lados del camino acariciaran las yemas de sus dedos. Las plantas, aún verdes tras la primavera, comenzaban a secarse por las puntas bajo el sol implacable, y pronto acabarían abrasadas por completo. Ni siquiera allí, sin muros y sobre el llano inmenso, corría una brizna de aire.

Observó distraídamente un abejorro que revoloteaba sobre la flor de un cardo. El insecto se posaba sobre las espinas y levantaba el vuelo una y otra vez, insistente y complacido en el rechazo. Aurora levantó la mirada y, guiñando los ojos, observó el cortijo de don Firmo en la distancia. Sabía que aquel lugar alguna vez había sido suyo. Suyo antes de nacer, de don Firmo cuando ella llegó al mundo. O eso contaba siempre su madre. Siempre hablaba de cuando vivían en aquella finca, y siempre lo hacía lamentándose. Pero se lamentaba más a menudo de su padre. Aquel hombre del que tanto había oído hablar. El hombre que la había traído a este mundo y que, sin embargo, sentía como un completo desconocido. Arrancó una flor de hinojo y se la llevó a la boca, sintiendo la leche blanca y dulce cubrir su garganta. Lo único que sabía a ciencia cierta es que Cristóbal Parras era un rojo, después un cadáver y, en aquellos instantes, un completo desconocido para su hija. Y todo por culpa de aquel caserón.

Cubriéndose del sol con las manos, vislumbró una figura saliendo del edificio. Entrecerró los ojos para tratar de discernir de quién se trataba. No parecía doña Leonor y, aunque tenía la anatomía de un hombre, tampoco parecía don Firmo.

Tragó saliva y forzó la vista. Debía andarse con ojo, dado que no tenía excusas para rondar la finca sin un motivo justificado. La figura aumentó en tamaño y claridad conforme se aproximaba por el camino. Aurora consiguió distinguir la silueta de un joven con el pelo moreno y el porte delgado. Sintió el corazón acelerarse. ¿Sería Alfredo? Aligeró el paso afinando la vista hasta que el punto en la distancia terminó por definirse.

—¿Aurora? ¿Qué estás haciendo tú aquí? —la saludó en la distancia su hermano Lucas con pasmo.

—Hay que ver qué guapo era tu hermano —dice Leo.

—He venido a ver a Florinda, tenía que ayudarla con un recado —improvisó Aurora.

—¿A Florinda? —dijo Lucas rascándose la barbilla— Pues la he visto salir del cortijo hace un rato, pero creo que no ha vuelto todavía.

—Y qué rarito, también hay que decirlo —añade La Reme—. Que Dios lo tenga en su gloria, pero se gastaba unas malas pulgas sin venir a cuento que no era ni medio normal.

—Estoy remolido de ayudar a Marcos. Solo quiero llegar a casa y echarme un barreño de agua por encima para quitarme la tierra y el polvo. Llevo toda la mañana cavando hoyos ¿Vamos?

—Es que... tengo que decirle a Florinda una cosa de parte de Leo —mintió Aurora.

—¿De parte de Leo? —preguntó Lucas— No sabía que Leo y Florinda fuesen amigas. Todavía me sorprende que Leo y tú seáis amigas, la verdad. Sobre todo, después de lo que le hizo la sanguijuela de su padre a nuestra familia.

—Lo hizo su padre, no ella —zanjó Aurora con tono cortante.

El rostro de Lucas se crispó unos segundos.

—Aurora, si me hierva la sangre cada vez que tengo que mendigar un trabajo en el cortijo a escondidas de mamá, imagina cómo se tienen que sentir Marcos y Florinda limpiándole la mierda a esa gentuza —cerró el puño con fuerza—. Nunca te olvides de que esta gente nos robó todo lo que teníamos —señaló la finca a sus espaldas con la cabeza—. A nosotros por lo menos nos dejaron a una madre, pero a Marcos y a Florinda les arrebataron a sus dos padres. No sabes cómo me jode cuando veo que tú vas camino de repetir la misma historia juntándote con esa chiquilla.

—Leo no es su padre —repitió Aurora—. Y no, Leo y Florinda no son amigas. Es un recado de parte del padre de Leo. Que pase por el colmado a recoger un pedido que le había encargado don Firmo.

—La verdad es que nunca hice muchas migas con Florinda —dice Leo—. Pero recuerdo verla por la carnicería y pensar que era una chiquilla muy bonita. Una pena ¿Tú la llegaste a conocer, Reme?

—Mira, estoy hecho polvo y no quiero volver a repetir la misma discusión de siempre —contestó Lucas suspirando—. Ya te he dicho que Florinda no está, así que vámonos a casa, ¿vale?

Aurora trató de buscar una excusa para continuar su camino hacia el cortijo, pero, tras unos segundos, se dio por vencida. Resignada, asintió y deshizo el camino de vuelta junto a su hermano.

Alfredo le dio un sorbo al vaso. Un intenso sabor a vino y limón le abrasó el cielo de la boca y, antes de poder llegar a tragar, escupió el líquido hacia el cielo llenando el aire de gotas rojas.

Sus compañeros de cuadrilla empezaron a reír a carcajadas. Los farolillos y banderines de papel que iluminaban la plazuela en la noche se llenaron de restos de alcohol y saliva mientras Alfredo tosía y los jóvenes silbaban y vitoreaban. En la distancia, don Firmo sonreía junto a su esposa, que contemplaba la escena con cara de desaprobación.

—¡Mira, Alfredito, esto se hace así! —dijo uno de los chicos bebiéndose el vaso de cuerva de un solo trago.

El grupo de amigos jadeó y repitió el gesto.

—¡Vamos, prueba otra vez! —le instó su compañero.

Alfredo agarró uno de los vasos, cogió aire y, tratando de no pensar, lo vació en su boca forzándose a deglutirlo en una sola bocanada. Sus amigos aullaron de júbilo y bebieron de nuevo para celebrarlo. Podía sentir el líquido helado quemando su garganta mientras todos reían y celebraban a su alrededor.

De repente, la murga arrancó una canción y los jóvenes empezaron a bailar saltando sin control a su alrededor. Alfredo trató de apartarse del círculo que se acababa de formar, pero pronto un brazo en jarra lo enganchó forzándolo a unirse a la jarana. Con cada salto, los brazos iban y venían enlazándose y desenlazándose junto a él. El mundo giraba y daba vueltas a su alrededor, y podía sentir una calidez reconfortante en su estómago, aunque era incapaz de distinguir si era fruto del vino o de la felicidad.

Cuando la comparsa se detuvo para arrancar otra canción, se alejó del grupo tambaleándose hasta apoyarse sobre una columna semiderruida que descansaba sobre el techo del cuartel. Uno de los amigos de su hermano, un joven algo mayor que él, lo siguió. Después, lo agarró por los hombros y le removió el pelo. No entendía por qué todo el mundo se empañaba en removerle el pelo.

—¡Alfredito, hoy te has hecho un hombre!

El joven tenía el rostro colorado y los labios brillantes, y hablaba demasiado cerca, pero a Alfredo no le importaba. Nada le importaba en aquel momento.

—Aunque hay algo que te falta para ser un hombre —dijo el muchacho señalando con la cabeza al otro lado de la plazuela.

Alfredo siguió la trayectoria con la mirada. Junto a la fuente, dos muchachas de su edad charlaban y reían. Una de ellas acariciaba la superficie del agua formando un juego de ondas que se deshacía y rehacía constantemente sin que su creadora se percatase.

—No estarás pensando... —susurró.

—¡Claro que sí, Alfredito! —gritó el joven en su oreja— A ver, dime, cuál te parece más guapa.

Alfredo sintió que el rubor subía a sus mejillas, aunque no tenía muy claro que fuese por el comentario del muchacho. Balbuceó una frase ininteligible.

—¿Qué? —chilló su compañero con una sonrisa bobalicona— ¿No me digas que te da vergüenza? Bueno, si no puedes elegir, ya lo hago yo por ti. No he venido desde Hoyofondo solo para dar saltitos ¡Vamos! —dijo el joven agarrando su mano y arrastrándolo a través de la plaza.

Alfredo se resistió entre aterrorizado y divertido. Nunca había pensado que fuera capaz de hacer algo así. Comprobó la reacción de sus padres sin dejar de caminar a trompicones de la mano del joven, pero estos estaban ocupados hablando con otra pareja que no fue capaz de reconocer y con la que parecía ser su hija. Sentía las piernas pesadas y la boca pastosa. Volvió a girar la cabeza hacia el frente y, cuando estaba a escasos metros de distancia, notó cómo su estómago daba un vuelco al contemplar a las dos jóvenes más de cerca. Trató de deshacerse de la mano que lo aferraba, pero fue incapaz hasta que resultó ser demasiado tarde.

—¡Hola! —dijo el chico con el vaso vacío todavía en las manos. Se habían alejado del ruido producido por la música y su voz retumbó en exceso por los soportales tras las muchachas. Una de ellas lo observó divertida mientras que la otra, girada y de espaldas a él, lo miraba horrorizada— ¡Guille! —se presentó con un golpe en el pecho.

—¡Hola, Guille! ¡Aurora! —chilló la chica imitándole sin dejar de sonreír. Retiró la mano de la fuente y pequeñas gotas se deslizaron por las yemas de sus dedos mojando sus muslos— ¡Ella es Leo! ¿Cómo se llama tu...? —comenzó a preguntar mirando hacia el lugar donde Alfredo permanecía de pie.

Antes de llegar a terminar la frase, la sonrisa desapareció del rostro de la joven, que retiró la mirada de inmediato. Ninguno de sus acompañantes pareció percatarse de lo ocurrido, ya que Guille había agarrado de la mano a la otra chica y trataba de convencerla de que bailase con él en el jolgorio organizado al otro lado de la plaza.

—¡Confía en mí, Leo! ¡Te voy a enseñar cómo bailamos los de Hoyofondo! —decía Guille estirando de su mano con un contoneo de piernas desenfadado.

La joven, tras unos segundos de duda y titubeos, aceptó ruborizada y ambos se fueron trotando en dirección opuesta.

—Me llamo Alfredo —dijo sin saber con qué propósito.

—Ya sé cómo te llamas. Sé perfectamente cómo te llamas —respondió la muchacha sin levantar la cabeza.

—Aquella fue la noche en que lo conocí —dice Aurora—. En que lo conocí de verdad, me refiero.

Ambos se mantuvieron en silencio unos instantes. Después, la joven se incorporó y echó a andar. Alfredo estaba observándola marchar por la calle empinada que comunicaba la plaza con el resto del pueblo cuando, tras unos instantes de duda, decidió correr tras ella.

—¡Espera! —dijo agarrándole por la muñeca— Tú y yo nunca hemos hablado.

—Y no creo que tengamos nada de lo que hablar.

—¿No crees que es al revés? Probablemente tú y yo seamos las personas que más tienen de qué hablar en todo el pueblo. Y, sin embargo, tú y yo nunca hemos hablado —repitió.

—¿Y de qué se supone que tenemos que hablar? —preguntó la joven desasiéndose de su mano y siguiendo su camino.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Aurora paró en seco, se dio la vuelta y le dirigió una mirada llena de odio.

—Sí, me lo imagino. Tenemos que hablar de cómo tu padre le metió una bala en la cabeza al mío, ¿verdad? Claro que sé a qué te refieres. Sé perfectamente a qué te refieres. Dices que quieres hablar de ello. Vale, ¿qué quieres que te diga? ¿Que tu padre

no es un asesino? ¿Que te perdono, que perdono a tu familia? A ver, hablemos ¿Por dónde quieres que empecemos? Ya sé, ¿qué tal si hablamos de cómo nunca he conocido a mi padre? ¿O de cómo nunca he podido abrazarle, ni odiarle, ni hacer otra cosa que no sea echar de menos a una persona que nunca he conocido? —dijo con los ojos anegados de lágrimas.

—Sí —respondió Alfredo escuetamente.

La chica se secó los ojos con un restregón y lo observó sorprendida.

—Quiero hablar de eso, porque nada de eso lo hice yo.

La chica pareció dudar unos instantes. Después, negó con la cabeza y siguió caminando.

—No me sirven esas milongas. Tú no habrás hecho nada de eso, pero vives en una mansión. Tienes a tus padres. Mientras, yo vivo en una cueva y me mato a trabajar.

Alfredo apretó el paso hasta ponerse a la par e insistió:

—Llevas razón. Créeme, podría contestarte a eso, y tengo una muy buena respuesta. Hay cosas... que tú no sabes. Cosas que casi nadie en el pueblo sabe. Pero no voy a hacerlo. No voy a remover el pasado. Sería entrar al mismo juego. Tampoco voy a pedirte perdón. Porque nada de eso lo hemos hecho ni tú ni yo. No quiero recrearme en el odio.

—Claro, ¿y qué hacemos entonces? Borrón y cuenta nueva, ¿no? —dijo Aurora apretando el paso y los puños— No, mejor, nos perdonamos porque “nada de eso lo hemos hecho ni tú ni yo”. Pero espera, mejor lo olvidamos cada uno desde nuestro sitio, tú en el cortijo de tu padre durmiendo hasta tarde y yo en una choza viendo el amanecer para ir a partirme el lomo en el campo cada mañana.

En esa ocasión fue Alfredo el que se detuvo en seco mientras Aurora seguía su camino. Tras unos instantes, se detuvo, suspiró exasperada y se giró preguntándole:

—¿Ya no tienes nada que decir?

—No quiero que hagas nada de eso, porque no me corresponde a mí decidirlo. Entiendo que no quieras oír lo que tengo que decir, pero yo... Solo quiero conocerte. Saber de qué he tenido miedo toda mi vida, de qué debo sentirme avergonzado. Saber si

tú sientes lo mismo. Creo que... todo lo que pasó es una herida que debe permanecer abierta.

Aurora se mordió el labio. Caminaron en silencio. Pasaron varios minutos sin mediar palabra dejando atrás los edificios blancos hasta alcanzar la salida del pueblo. Una ligera brisa movía los velos de su vestido de flores y agitaba las hojas de los almendros y los campos de trigo. Aquel muchacho parecía dispuesto a esperar una respuesta toda la noche.

—¿Por qué dices que es una herida que debe permanecer abierta? Llevo toda la vida viendo sufrir a mi madre porque es incapaz de olvidarlo. Solo querría que esta herida se cerrase de una vez por todas.

—¿Te fuiste con él a las afueras del pueblo? —pregunta Leo, sorprendida.

—Porque sé que yo no lo haría —repuso Alfredo—. Yo nunca haría lo que hizo mi padre. Sé cómo me ha afectado y cómo ha afectado a mucha gente. Y no quiero que nadie tenga que volver a pasar por eso. Porque, mientras estaba tumbado en mi cama manchada de sangre, he pensado muchas veces en ti. En cómo debías de sentirte. Si yo fuera tú, intentaría asesinarme. Asesinar a mis padres, a mi hermano, volver por lo que es tuyo. Volver a empezar todo de nuevo.

—Sí, aquella noche caminamos hasta el cementerio —responde Aurora mirando hacia el lugar por el que el coche fúnebre acababa de pasar.

—No lo entiendo, ¿por qué quieres mantener entonces la herida abierta? ¿Quieres que... te mate? —preguntó asustada.

—¿Y no tenías miedo de que intentara algo raro? Quiero decir, era el hijo del asesino de tu padre. Yo no me habría ido con él sin conocerlo a un cementerio en mitad de la noche —dice la Reme.

Alfredo rio y Aurora lo miró asombrada. No pensaba que alguien pudiese reaccionar así a una pregunta como esa.

—No, claro que no —respondió Alfredo—. Creo que, si me conocieras, si entendieras cómo lo he vivido yo, no querrías asesinarme. Esa es la clave de todo. Perdonar es olvidar, y olvidar es estar condenado a repetir. Tenemos que aprender a afrontar nuestros actos. Por eso no pienso pedirte perdón, ni tampoco pienso poner

excusas. No quiero que nadie más tenga que pasar lo mismo que hemos pasado nosotros. Mi padre no es una mala persona. No sé si tu padre lo era, pero, ya que él no está aquí para contar su historia, ahora te toca a ti. Estoy seguro de que no quieres que nadie vuelva a pasar por lo que has pasado tú. Yo tampoco. Y solo lo queremos porque nos duele. Porque la herida sigue abierta.

Habían tomado un pequeño desvío por el camino de los cipreses y habían llegado hasta la tapia del cementerio. Las sombras se movían por el lugar y el viento arrastraba jadeos. Aurora notó una sensación que no recordaba haber experimentado. Hacía frío. Se sentaron apoyando sus espaldas contra el muro de yeso blanco. La joven se cruzó de brazos y los frotó para darse calor.

—Es curioso —dijo contemplando el cielo cubierto de estrellas con una sonrisa—. Llevo toda la vida quejándome del calor y, ahora que por fin hace frío, trato de calentarme.

—Yo ahora mismo voy sobrado de calor —contestó Alfredo.

Aurora bajó la mirada y lo observó atónita. Alfredo pareció reparar en las posibles interpretaciones de lo que acababa de decir y rectificó de inmediato.

—Me refiero al vino —titubeó—. No... no había probado nunca el vino hasta esta noche, y ahora siento el estómago caliente todo el rato.

Aurora rio y lo miró divertida.

—Nunca me habría acercado a hablarte —siguió hablando Alfredo—, si el zopenco de Guille no me hubiese arrastrado, nunca te habría dirigido la palabra. Y, si no fuese por el vino, me habría dado media vuelta cuando se ha ido a bailar con tu amiga. Yo... he pensado muchas veces en decirte todo esto —dijo tras unos segundos—, pero nunca me habría atrevido. Nunca pensé que me atrevería.

—Eres un chico raro —respondió ella castañeando los dientes.

Alfredo le pasó la mano por encima del hombro y le frotó los brazos para ayudarla a entrar en calor. Aurora bajó la cabeza y lo miró. Alfredo podía sentir el calor disipándose en su estómago, sustituido por una creciente sensación de adrenalina. Giró la cabeza y se acercó lentamente hasta que topó con sus labios.

—Nunca pensé que me atrevería —repitió.

Le dolía la espalda a rabiar. Arrastró el cubo hasta la fuentecita del patio y vació el agua enrojecida en su interior. A continuación, estrujó y aclaró el paño cubierto de manchas sobre la fuente. Después, llenó y vació el barreño en varias ocasiones. Una vez satisfecha con el resultado, frotó la pastilla de jabón en el fondo, lo colmó una última vez y cargó de nuevo con el instrumental hacia el interior de la casa. Podía sentir su espalda gritando de dolor y una gota de sudor deslizándose por su frente con cada escalón que subía. Mientras caminaba por el rellano de la planta superior, la gota se deslizó por el hueco entre sus cejas y fue a parar al lacrimal. Se apresuró hacia el cuarto y dejó caer con brusquedad el barreño para frotarse los ojos. Cuando los abrió, comprobó que el suelo estaba cubierto de agua espumada.

Suspiró y se agachó para recoger el agua con el paño. Estaba a punto de terminar, cuando escuchó un ruido detrás de ella. Se giró alarmada.

—Tranquila, soy yo —dijo el joven apartando una guedeja negra de la cara.

Escurrió el trapo sobre el cubo y comenzó a frotar la mancha de vino de la madera.

—Parece que hace mucho calor.

—Sí, eso parece —dijo ella con el ceño fruncido por el esfuerzo.

—Quizás sería mejor quitarse algo de ropa. Si se te pega tanto a la piel puede hacerte daño cuando la despegues. Puedo ayudarte si quieres —se ofreció él.

Lo ignoró en silencio pasando el pedazo de tela empapado sobre el suelo. Aunque estaba acostumbrada a ese tipo de insinuaciones, no podía evitar sentirse preocupada cada vez que se repetía la situación. Aumentó el ritmo para terminar lo antes posible, hasta que, de repente, sintió un suspiro cálido en su oreja.

—Di la verdad, te agachas así cuando limpias solo para provocarme —susurró.

Trató de incorporarse, pero una mano áspera y firme la agarró por la nuca. Después, le estampó la cabeza contra el suelo y le tapó la boca.

—Ya te huele el chocho a mujer, Florinda. Huele por toda la casa ¿No has probado a usar este jabón contigo misma? —dijo escurriendo el agua sobre su espalda mientras la sujetaba.

Se dejó caer sobre ella. Florinda sintió como sus lumbares rabiaban de dolor. El hombre deslizó la mano por sus caderas y le levantó el vestido con violencia por encima de la pelvis. Después apartó las bragas hacia un lado.

Florinda aprovechó que el muchacho había retirado la mano de la boca para gritar y forcejear, pero el joven mantuvo la presa sobre su cuello impidiéndole moverse y, rápidamente, volvió a cerrarle la boca. Podía sentir una montaña de arena deslizándose en el interior de su cabeza y un hormigueo en la punta de sus dedos mientras trataba de zafarse del peso que la aprisionaba. Súbitamente, algo caliente y palpitante comenzó a desgarrarle las entrañas. Chilló, pero no logró articular ningún sonido.

Dio una coz subiendo la pierna hasta la espalda, pero solo logró que aumentara la presión sobre el cuello y los labios. Empezó a sentir que le faltaba el aire.

—Tan joven y tan seca. Vamos a refrescar el ambiente.

El hombre deshizo la presa de la boca y agarró la palangana. Florinda utilizó aquel instante para llenar y vaciar los pulmones y, cuando se disponía a inspirar a fondo para gritar, sintió de nuevo cómo le tapaba la boca. Trató de coger una brizna de aire, pero fue incapaz. No tenía ni una gota de oxígeno en los pulmones. Pataleó y se removió intentando zafarse desesperadamente hasta que, de improviso, notó un ardor en el vientre.

El joven había comenzado a embestirla y, con cada arremetida, Florinda podía sentir cómo el agua y la sosa le quemaban por dentro. Entretanto, la presión sobre su cuello y su boca aumentaba. Pronto notó que las piernas dejaban de obedecerle y, por más que trataba de moverse, el forcejeo acabó cejando en contra de su voluntad. Poco a poco, su visión se fue nublando y llenando de pequeños puntos iridiscentes. En unos instantes, la neblina se empezó a convertir en oscuridad y ya no lograba contraer el pecho para tratar de renovar el aire. El hormigueo de sus dedos desapareció. Un segundo antes de que la noche terminara de cubrirlo todo, notó un disparo caliente derramándose en su interior.

—Aurora, haz el favor de tener un poco más de cuidado. Lo has llenado todo de agua —espetó su madre levantándose de la mesa.

—Déjelo, madre, ya voy yo.

Aurora se incorporó y trajo un trapo de la cocina. Cuando terminó de secar la mesa de madera, volvió a colocar el vaso de barro cocido en pie y se sentó en el taburete. Los tres siguieron sorbiendo la sopa en silencio.

—No me gusta que os acerquéis al cortijo —dijo de repente su madre.

Lucas apartó la cuchara de la boca, dejándola caer aparatadamente sobre el cuenco. Después, se limpió la boca con la servilleta de tela que llevaba colgada del cuello y la arrojó sobre la mesa.

—¿Quién le ha dicho que nos acercamos al cortijo? —preguntó apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—Esa gente es peligrosa —prosiguió su madre, ignorándolo.

—En eso estamos de acuerdo, pero alguien tiene que ayudar a Marcos y a Florinda.

—¡Y por qué tenemos que ser nosotros! ¡Quién nos ayuda a nosotros, Lucas! ¡Quién nos ha ayudado todo este tiempo! —espetó su madre— Ya hacemos más que de sobra por ellos subiendo al monte cada semana, como para que, aun encima, os juguéis la vida yendo allí a trabajar.

—Nadie se está jugando la vida, madre —respondió Lucas apretando las mandíbulas y los puños—. Está usted exagerando. Además, nos viene bien el dinero. Con mi jornal y el estraperlo no nos da ni para el pan.

—Por dinero, os jugáis la vida por dinero... —sollozó la mujer— ¡Quién me iba a decir que mis hijos pondrían su vida en peligro por un trozo de pan!

—¡Nadie se está jugando la vida, madre! Basta ya, por favor...

—¡Os prohíbo que os acerquéis a ese sitio! ¡Ya bajo a Hoyofondo cada día para traer dinero a esta casa! —chilló.

—¡Usted no puede prohibirme ir a trabajar! —gritó Lucas dando un golpe en la mesa.

Su madre se cubrió el rostro y siguió sollozando. Lucas volvió a agarrar la cuchara y arremetió contra el bol de sopa con el ceño fruncido, observándola.

—Come —ordenó a su hermana cuando hubo terminado con su plato.

—Es que no me gusta —contestó Aurora removiendo el contenido del cuenco.

—Cómete la sopa —repitió.

Aurora cogió uno de los pedazos de verdura que flotaban en el caldo y lo introdujo en su boca. Con una mueca de desagrado, dejó la cuchara sobre la mesa.

—No entiendo para qué compramos tanta carne si no nos la podemos comer —susurró.

—¡He dicho que te comas la puta sopa! —gritó su hermano volviendo a golpear la mesa.

Después, se levantó airado y se dirigió a la cocina. Allí cogió la bolsa llena de carne y salió dando un portazo.

Aurora terminó la sopa de dos tragos y comenzó a recoger los escasos enseres de la mesa. Apiló los platos y pasó junto a su madre, que continuaba parapetada tras sus manos.

Llenó la pila de agua y comenzó a fregar. Mientras frotaba en el fondo de la pila el plato en el que había comido su hermano, se quedó absorta observando la cenefa con un águila negra que lo decoraba. El plato se hundía y salía periódicamente del agua cubierta de jabón y burbujas, como si el ave estuviese haciendo aguadillas en el río. ¿Se habría enfadado Alfredo con ella por no haber acudido a su cita? Seguro que la habría estado esperando toda la mañana, tratando de aparentar calma tumbado en el tarimón, pero muerto de los nervios en cuanto hubiese pasado un segundo de la hora acordada. Sonrió y permaneció absorta observando cómo el plato bajaba y volvía a subir cada vez que tocaba fondo, imaginando sus gestos y ademanes, hasta que el sonido de unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Dejó caer el plato al fondo y salió a abrir la puerta, pero su madre se había adelantado.

—Pasa, está en la cocina. Oh, mírala, hablando de la reina de Roma.

Leo la saludó con un gesto de mano y Aurora le devolvió el saludo con una sonrisa.

—Mamá, ¿puedo...? —comenzó a preguntar apoyada tímidamente en el marco de la cocina.

—Vete, anda, que ya termino yo de recoger —contestó su madre antes de que Aurora pudiese terminar de formular la pregunta.

Aurora le dio las gracias con unos saltos emocionados y salieron juntas de la casa. Al pasar por su lado, se despidieron de Lucas, que estaba sentado frente a la casa cortando la carne en tiras e introduciéndolas en una saca de sal. Bajaron la cuesta y giraron por la calle principal. Aurora se percató del silencio de Leo, algo inusual en ella. De repente, cayó en la cuenta.

—Leo, perdóname por lo de esta mañana. Había olvidado que tenía que hacer un recado muy importante, si no mi madre me habría matado.

Leo permaneció callada unos segundos más, mirando y acariciando un mechón rizado de pelo. Se había peinado y acicalado la melena rizada, y, por algún motivo, llevaba el vestido de las fiestas.

—¿No tienes nada más que decirme?

Aurora pensó unos segundos antes de caer en la cuenta de a qué se refería su amiga.

—Claro, te lo iba a preguntar ahora mismo, ¿qué tal con la chica nueva? ¿Qué te ha parecido?

Leo pareció relajarse un poco y levantó la mirada, sonriendo.

—Pues es una chica genial, la verdad. Se llama Remedios, pero todo el mundo la llama Reme, y tiene un año más que nosotras. Es muy dicharachera, tiene un pelo muy bonito y un montón de vestidos. Yo creo que os vais a llevar muy bien.

—Seguro que sí —respondió Aurora devolviéndole la sonrisa.

—Hemos quedado esta tarde, por eso he venido a recogerte. Aunque... quizás quisieras que volvamos para que te pongas otra cosa.

Aurora miró hacia abajo asombrada.

—¿Qué tiene de malo mi ropa?

—No, si no tiene nada de malo. Era solo por si querías cambiarte. Como hemos salido con las prisas...

—Ahora ya estamos a medio camino. Da igual, supongo —contestó Aurora tratando de no pensar en su vestido cubierto de pespuntos.

Cuando llegaron a la casa-cuartel, llamaron a la puerta y esperaron bajo el sol. Aurora podía sentir la boca pastosa, y no era debido al calor inhumano que envolvía aquel pueblo. Hasta aquellos instantes, había percibido ese momento como un simple divertimento, pero ahora comenzaba a notar un creciente nerviosismo mientras aguardaban a que la recién llegada saliera del edificio.

La puerta se abrió unos minutos después, y del interior emergió una chica con aire desenvuelto. Era un poco más alta que las dos amigas, tenía una larga melena lisa de color castaño y removía el aire con un abanico de madera repleto de flores pintadas a mano. Se acercó con una sonrisa segura hasta Leo y le dio dos besos. Después, repitió el proceso con Aurora.

—Reme, encantada —la saludó al separarse.

Las tres jóvenes comenzaron a caminar por la plaza.

—A ver, contadme, ¿qué planes teníais para esta tarde? ¿Qué hacéis por aquí para divertirnos?

—No mucha cosa —comentó Leo jugando con los vuelos de su falda.

—Ahora estamos terminando de arreglarnos unos vestidos, ya casi los hemos acabado —dijo Aurora—. Si quieres puedes empezar uno con nosotras.

La Reme rio. Después, al comprobar la mirada desconcertada de las jóvenes, preguntó:

—¿Es en serio? ¿Vosotras os coséis vuestra propia ropa?

—Yo tengo mucha ropa de la modista de Hoyofondo —se apresuró a responder Leo—. Y un vestido de una boutique de Madrid.

—¿Qué tiene de malo coserte tu propia ropa? —preguntó Aurora, desconcertada.

—¿Es en serio? —repitió La Reme— Quiero decir, entiendo que lo hagáis por entreteneros y todo eso, pero, no sé... ¿Ese vestido que llevas te lo has hecho tú? —añadió.

—Sí, ¿por qué? ¿Le pasa algo?

—No, no le pasa nada. ¿Cuántas veces has tenido que hacértelo?

Aurora observó dolida los remiendos del vestido que se había esforzado por ignorar. Leo soltó una risita.

—No sé, chica. A mí me daría vergüenza ir así por la calle.

Leo rio de nuevo.

—¿Qué os parece si, en lugar de irnos a coser, vamos a peinarnos a mi habitación? Tengo laca y un montón de maquillaje.

—Yo ya estoy peinada —dijo Aurora.

—Bueno, si tú lo dices —dejó caer La Reme.

En esta ocasión Leo estalló de la risa. Aurora se puso roja y miró al suelo, apretando los pliegues del faldón mientras regresaban a la casa-cuartel.

—¿Qué creéis que pasaría ahora si nos encontráramos por primera vez? ¿Cómo reaccionaríamos? —pregunta la Reme.

—¿Qué crees que pasaría ahora si nos lo encontráramos? —preguntó La Reme, tomando el brazo de Leo.

—Ay, no sé. Creo que me moriría de vergüenza.

—¿De quién habláis? —intervino Aurora.

Las dos muchachas la miraron fijamente.

—¿No lo sabe? —inquirió La Reme— Si sois amigas de toda la vida, ¿no?

—Se lo iba a contar antes, pero se ha ido corriendo cuando estábamos esperando en la puerta del cuartel esta mañana.

—Ya te he perdido perdón por eso... —susurró Aurora, dolida.

—¿Se ha ido corriendo cuando le estabas contando algo tan importante? ¡Pues vaya amiga! —comentó La Reme de manera casual.

Aurora miró a Leo, pero esta apartó la mirada. Un nudo empezaba a formarse en su garganta.

—Ah, sí, esta mañana me estabas diciendo que te gustaba alguien, ¿no? Y justo acabábamos de ver a Pino salir del cuartel —preguntó luchando por mantener una sonrisa mientras trataba de contener las lágrimas que se anunciaban en el contorno de sus ojos.

—¿Pino es el chico que ha estado esta mañana reunido con mi padre? —interrumpió la Reme— Hay que reconocer que es muy... apañado. No me importaría conocerlo. Y si, además, dices que tiene dinero...

—Sí, Pino es muy guapo, la verdad —contestó Leo ruborizándose—, pero es demasiado mayor para mí. Qué va. A mí quien me gusta es su hermano pequeño, Alfredo.

Aurora no pudo aguantar otro segundo más y comenzó a llorar.

La sala estaba casi a oscuras. No había ventanas y un pequeño candil al que habían acoplado una bombilla de manera rudimentaria arrojaba un juego de sombras sobre las paredes grises que, salvo por un enorme crucifijo, se encontraban desnudas.

Marcos esperaba al otro lado de un escritorio de madera, observando la puerta y agitando los pies, nervioso. La tulipa de la lámpara se contoneaba de manera casi imperceptible cada vez que los zapatos desgastados golpeaban el suelo, alterando el orden y la composición del mosaico de sombras. De súbito, un hombre corpulento, con bigote ralo y uniformado, entró a la habitación. Marcos se incorporó de inmediato.

—Francisco Rivera, para servirle. Por favor, siéntese —solicitó el hombre señalándole la silla.

Marcos obedeció ocupando de nuevo el sitio mientras el guardia cruzaba la sala y se desplomaba sobre una silla de madera al otro lado del escritorio con un suspiro cansado.

—Dígame...

—Marcos —se presentó el joven.

—Dígame, Marcos ¿Qué quería contarme?

—Quería poner una denuncia. Es... difícil de explicar. Creo que mi hermana, bueno, creo que ha desaparecido —dijo eligiendo las palabras con precaución—. Esta mañana estaba trabajando en el cortijo, como siempre y, de repente, he escuchado a la esposa de don Firmo, no sé si la conoce usted ya, llamándola para que bajase al pueblo por un encargo. No ha contestado. Como es normal, la señora se ha puesto hecha un energúmeno y me ha mandado buscarla por toda la casa, pero no he encontrado ni rastro. He pedido permiso para seguir buscándola, pero nadie en el pueblo la ha visto —Marcos se pasó las manos por el pelo, nervioso—. Por eso he pensado en venir aquí. Sé que no ha pasado ni un día, pero esto no es normal en ella. Ella nunca se iría a mitad del trabajo sin decir nada, y el pueblo es demasiado pequeño como para que no la encuentre ni nadie la haya visto. Estoy seguro de que le ha pasado algo.

—El primer día y ya me cargan con una desaparición... —susurró para sí de manera casi inaudible el hombre abriendo un cajón del escritorio— Y eso que me habían prometido que este pueblo era tranquilo. Mira —dijo rebuscando algo en el interior del mueble—, como bien dices, hasta que no pasen veinticuatro horas, no se considera una

desaparición y no se puede hacer nada. Sin embargo —añadió alzando la voz antes de que el joven pudiese llegar a interrumpirle—, si quieres, podemos ir tomando los datos de la denuncia. Si mañana no ha aparecido, te pasas por aquí y nos ponemos a buscarla de inmediato. Si no tengo noticias tuyas en las próximas veinticuatro horas, rompo la hoja y santas pascuas.

—Eso sería estupendo, muchas gracias... —susurró Marcos.

—A ver, ¿nombre completo de la desaparecida? —preguntó Francisco colocándose unas diminutas gafas mientras destapaba la caperuza de una pluma y colocaba la hoja que había sustraído del interior del escritorio.

—Florinda González Zamora.

—Parentesco del denunciante, hermanos... —se respondió a si mismo garabateando sobre el folio— ¿Edad?

—Dieciocho años.

—Domicilio, cortijo de don Firmo, camino del cementerio, sin número... ¿Última vez en que fue vista la víctima?

Marcos tragó saliva antes de contestar.

—Los muchachos de don Firmo. Ellos... dicen que no recuerdan haberla visto, pero, cuando el señorito Pino volvía de cacería, me pidió que la llamase al salón para llevarle una bota de vino. Un rato más tarde, cuando estaba limpiando en el establo, he escuchado cómo le gritaba que trajese otra bota a su cuarto. Esa ha sido la última vez que he sabido algo de ella.

El guardia civil se quitó las gafas lentamente, fijando en él una mirada penetrante.

—¿Estás seguro de que quieres que escriba eso en el papel, hijo?

—Yo... —dudó unos segundos antes de contestar— No lo sé. Puede que realmente no se acuerden. A veces creo que somos como muebles para ellos. Pero, los conozco y... No quiero pensarlo, pero... Sí, apúntelo.

Francisco volvió a colocarse los anteojos y siguió escribiendo.

—Última vez que ha sido vista, por los hijos de don Firmo en la mañana del... dieciséis de julio —dijo comprobando una hoja de color magenta sobre el escritorio—
¿Nombre de los padres?

El hombre se incorporó unos centímetros en la silla observándolo con disimulo. Las sombras proyectadas por la luz tenue se agitaban conforme el hombre se deslizaba sobre la silla.

—Amador González y Rosario Zamora.

Francisco anotó los nombres sin llegar a mirar la hoja.

—¿Y dónde están tus padres, chico? ¿Por qué no han venido ellos a denunciar la desaparición de su hija? —preguntó el hombre dejando la pluma sobre la mesa una vez hubo terminado de apuntar los nombres.

—Están muertos —respondió levantando la cabeza—. Murieron en la guerra porque eran unos putos rojos de mierda. Pero no se preocupe, porque nosotros no somos como ellos. Mis padres están muertos porque se lo merecían, y ahora mi hermana es la única familia que me queda. Por eso necesito encontrarla —tenía la mirada encendida mientras recitaba de memoria las frases que le habían enseñado desde pequeño en el cortijo de don Firmo.

El guardia civil siguió observándolo unos segundos más. Después, relajó los hombros, agarró de nuevo la pluma y terminó de escribir en el papel unos cuantos datos más.

—Bueno, como ya te he dicho, pásate mañana a primera hora si no aparece a lo largo de la noche. Haré lo que esté en mi mano por encontrarla. A ella, y a cualquier desgraciado que haya podido hacerle daño.

Alfredo observó con indiferencia la bandeja plateada repleta de pasteles.

—Estos son de merengue y crema —dijo con una sonrisa traviesa Mariate mientras agarraba con delicadeza uno de los hojaldres. Llevaba unos guantes de encaje conjuntados con una falda blanca cubierta de pliegues y dobladillos. Una tiara de plata coronaba su melena rubia repleta de rizos. Mientras mordía el pastel, le dedicó lo que Alfredo sospechaba que la joven consideraba una sonrisa arrebatadora— ¿Cuáles son tus pastas favoritas?

—Nunca le gustó Mariate. Siempre decía que era una pedante y una superficial —dice Aurora.

—Me gustan todas —contestó Alfredo apoyando la cabeza sobre el dorso de la mano.

—Bueno, ¿qué iba a decirte él? —responde la Reme.

—Pero tiene que haber alguna que te guste más. A ver, ¿cuál te gustaría que estuviera en el día de nuestra boda?

—No empecéis, por favor... —suplica Leo.

Los dos hombres rieron a sus espaldas.

—Tendrá que reconocer que mi hija tiene las ideas muy claras —dijo uno de ellos con una sonrisa satisfecha. Estaba repantigado en un butacón de terciopelo rojo y llevaba un traje que a duras penas lograba contener su dilatado vientre. Recolocó mecánicamente los escasos pelos que todavía cubrían su cráneo y abrió un estuche de puros, ofreciéndole uno a su acompañante.

—No me gustan los puros —le agradeció Firmo sacando una pitillera de plata del bolsillo de la americana—, soy más de cigarrillos.

—Es raro ver a un hombre de su estatus fumando esos palillos. Sobre todo, pudiendo permitirse el mejor tabaco envuelto a mano de la Habana.

—Cogí la costumbre durante la guerra. Fumar me ayudaba a calmar los nervios —contestó encendiendo una cerilla.

—Supongo que el más sencillo —repuso Alfredo.

—Mi pastel favorito es el bizcocho de fresa y nata.

Alfredo observó con aire distraído el salón de estilo victoriano. Las paredes, cubiertas por un mosaico de papel blanco y repletas de muebles recargados con ornamentos barrocos, parecían ir a juego con la propia Mariate.

—¿Has visto mi nueva medalla? —preguntó la joven mostrando una fina cadena de oro sobre su pecho—. Me la ha regalado padre esta mañana.

—Es muy bonita —contestó Alfredo fingiendo mostrar interés.

—Sí, claro que lo es —dijo ella, molesta por la obviedad—. Es una virgen, mi figura favorita de la biblia. Me gusta la virgen porque simboliza la pureza y la recompensa por saber esperar.

—Ajá.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu virgen favorita? La mía siempre ha sido la del Prado, pero ahora que papá me ha regalado esta medalla, creo que me gusta más la de los Llanos —contestó antes de que el joven tuviera tiempo, que no intención, de replicar—. Don Pascual dice que la imagen de la virgen de los Llanos fue esculpida por el mismísimo San Lucas, y que después Santiago en persona la escondió hasta que unos campesinos la descubrieron hace muchos cientos de años. Lo que más me gusta de las vírgenes es que haya tantas, porque así puedes coleccionar las medallas y llevar una diferente para cada ocasión, y, además...

—Un momento, ¿has dicho que esa medalla es de la virgen de los Llanos? —la interrumpió Firmo incorporándose en el sillón.

—Sí, y me encanta porque es la patrona de...

—¿Te importaría prestármela un momento? —interrumpió de nuevo Firmo.

Mariate retiró la cadena del cuello, encantada por haber atraído la atención de un nuevo interlocutor, y se la entregó a Firmo, que la examinó bajo la luz de una enorme lámpara de araña.

—Interesante... —susurró sopesando el ornamento con una mano. Después, se la tendió de vuelta con una sonrisa— Muchas gracias, aquí tienes, Mariate. Es una joya de una belleza extraordinaria, como tú.

La joven se ruborizó mientras recogía el colgante y, complacida, continuó con su monólogo.

Alfredo miró por la ventana, abstraído del constante parloteo de Mariate. ¿Por qué no habría acudido Aurora a su cita de aquella mañana? Podía haber ocurrido cualquier imprevisto mundano, como que su madre la hubiese puesto a trabajar toda la mañana y no hubiera podido escabullirse. Entonces, ¿por qué no podía quitarse de encima la sensación de que algo no iba bien? Aquello no era normal en él. Él era una persona lógica, racional. Tenía que serenarse, pensar con frialdad. Estaba acostumbrado a pasar por el aro y soportar a Mariate una vez a la semana para satisfacer a su padre. No, no era eso. ¿Qué más había? Rebuscó en el interior de su cabeza unos instantes. No había nada más. Apretó los puños. No lograba encontrar una explicación o un recuerdo que provocasen aquella sensación que le oprimía el pecho. Súbitamente, una idea pasó por su cabeza. Quizás fuera más fácil acotar el origen de aquel sentimiento si lo identificaba primero. Tragó saliva y se concentró en la sensación que invadía su estómago. ¿Qué sentía exactamente? Era... ¿miedo? Tamborileó los dedos sobre el reposabrazos. Pero, ¿miedo a qué? Siempre había sentido pavor ante la idea de perder a Aurora y tener que acabar soportando a Mariate durante el resto de su vida. Pero no, no era ese tipo de miedo. Era un miedo que no surgía de él. Entonces, ¿de dónde? De repente, se percató de que Mariate estaba mirándolo, expectante.

—¿Quieres o no? —repitió la joven.

—Perdona, me he quedado absorto. Claro que quiero —contestó sonriendo sin saber a qué.

La muchacha le devolvió la sonrisa y siguió monologando. Alfredo continuó cavilando sobre aquella sensación de amenaza inminente que lo invadía.

Tras él, su padre lo observaba atentamente.

Marcos se giró alarmado. Se había asegurado en varias ocasiones de que nadie estuviera siguiéndolo, pero no podía evitar sentirse observado. Aunque aquello ocurría cada vez que realizaba ese trayecto, se sentía especialmente inquieto tras haber hablado con el guardia civil. Agitó la cabeza tratando de deshacerse de esa idea. Después se cubrió la cabeza con la capucha y siguió caminando.

Las hojas secas se deshacían bajo sus pies a cada paso con un crujido. Por algún motivo, aquello le hacía sentirse aún más nervioso. Miró atentamente la forma de uno de los pinos al pasar por delante. A pesar de que la senda no estuviera en apariencia delimitada, esto solo ocurría para el ojo inexperto. Se había criado en aquel lugar, y conocía cada árbol, cada helecho y cada piedra cubierta de musgo que habitaba aquel monte. Para él, el camino estaba perfectamente trazado, siempre que se mantuviese dentro de los límites de lo conocido.

En ocasiones se preguntaba si su vida no se limitaba simplemente a eso.

Caminó unos minutos tratando de afinar la vista y el oído ante cualquier señal de sospecha. Cuando llegó a una vieja roca hendida por el centro, se detuvo de nuevo. Comprobó una vez más que nadie había estado siguiéndolo, y giró hacia el camino del barranco. En aquel punto el follaje comenzaba a espesarse, filtrando los rayos del sol, pero impidiendo que el calor acumulado a lo largo del día pudiera escapar. Llenó los pulmones con dificultad y se secó la frente cubierta de sudor. Los árboles eran cada vez más oscuros y viejos conforme avanzaba por el camino, y la cuesta más empinada, hasta que, cuando parecía imposible avanzar un solo paso más, una abertura en el suelo formó un claro hacia el interior de la tierra.

Bordeó el precipicio y, en cuestión de minutos, llegó a una pequeña gruta oculta entre dos salientes. Era un lugar que nadie podía ver si no sabía lo que estaba buscando. Tragó saliva.

En la entrada de la cueva, un muchacho lo saludó con un gesto de cabeza. Llevaba un rifle de caza colgado del cuello.

—Ya pensábamos que no venías —comentó Lucas invitándole a entrar con un aspaviento.

Marcos le devolvió el saludo con una ligera sacudida de cabeza y ambos se introdujeron en el interior de la sima.

En el interior, dos pequeñas lámparas de aceite insertas en agujeros toscamente tallados iluminaban la estancia. A escasos metros de la entrada, el suelo de roca irregular se cubría de una tarima entretejida con hebras de esparto seco y, al fondo, bajo una de las luces, una mujer trabajaba cosiendo con parsimonia en el entramado que cubría la cueva. Cerca de la entrada, un grupo de siete personas se encontraban reunidas alrededor de una mesa de madera torpemente tallada.

Una pequeña nube aparecía y desaparecía alrededor de sus labios mientras caminaba. A pesar de la humedad y el calor que desprendía el queroseno ardiendo, aquel era el único sitio del pueblo donde Marcos recordaba haber sentido alguna vez algo de frío.

Al percatarse de su llegada, una de las mujeres reunidas alrededor de la mesa se levantó y corrió para abrazarlo.

—¡Marcos! —exclamó la mujer cubriéndole el rostro de besos.

—Tranquila, madre. Estoy bien, está todo bien —Marcos se separó con una sonrisa.

De pie ante la mesa, un hombre se había levantado y observaba con semblante serio el proceder de la madre y el hijo. Al pasar a su lado, Marcos saludó con un escueto “padre”.

El resto de miembros de la reunión lo saludaron mientras tomaba asiento junto a Lucas en uno de los tocones que hacían las veces de taburete. Después, sacó media hogaza de pan y una cuña de queso del zurrón que llevaba oculto bajo la camisa y los depositó sobre la mesa.

—Lo siento, es todo lo que he podido conseguir.

—No pasa nada —uno de los hombres señaló una bolsa de rafia al fondo de la gruta—. Lucas nos ha traído carne en salazón. Ha sido un auténtico regalo del cielo, porque pelamos el monte de caza hace semanas. No queda una sola pieza. Además, Lucas dice que mañana su madre irá por más. Parece que ha conseguido que Sebío le haga un buen precio con un caballo completo, pero tendrá que ir comprándolo poco a poco para no levantar sospechas.

—Con respecto a eso —dijo Lucas aclarándose la garganta—, hay un pequeño problema. Nosotros... no nos quedan ahorros para seguir trayendo cosas —sentenció.

Un silencio recorrió la mesa, congelando la sonrisa del hombre. El sonido de las hebras de esparto entrelazándose al fondo de la cueva se mezclaba con la combustión del queroseno.

—¿Nada de nada? —preguntó el padre de Marcos tragando saliva— ¿Ya se ha gastado todo lo que sacó la semana pasada?

Lucas asintió lentamente.

—¿Y lo de la Luisa?

—Todo, todo —reiteró Lucas—. Mi madre hace lo que puede para conseguir traer víveres a buen precio, pero alimentar a nueve personas es complicado, sobre todo en los tiempos que corren.

El grupo volvió a sumirse unos segundos en el silencio.

—Bueno —trató de sonreír la madre de Marcos—, a nosotros todavía nos quedan un par de cosas. Toma, llévale a tu madre este colgante. Dile que es de Fátima. De oro bueno.

Lucas asintió una vez más y guardó el abalorio que le tendía la mujer en el interior de la chaqueta de borreguillo visto.

—Ahora vamos a hablar de cosas más alegres, que parece que se haya muerto alguien —añadió la mujer acariciando el antebrazo de Marcos—. Lucas ya nos ha puesto al día de cómo van las cosas por el pueblo. ¿Qué tal todo por el cortijo? ¿Cómo está mi Florinda?

El nudo que comprimía en su garganta se partió en dos. Trató de buscar las palabras adecuadas. No las encontró, así que decidió que su boca hablara por él.

—Madre, Florinda ha... Yo... Dios, no sé cómo decir esto —dijo mirando al suelo— Florinda ha desaparecido.

La mano de la mujer se detuvo unos instantes. Después, apretó con fuerza su brazo.

—¿Cómo que ha desaparecido? ¿Qué quiere decir que ha desaparecido? — preguntó su padre levantándose con violencia del asiento.

—¿Qué estás diciendo, Marcos...? —susurró su madre.

Su rostro comenzaba a anegarse de lágrimas.

—Esta mañana ella... Estaba en el caserón trabajando, como siempre, y, de repente, ya no estaba. La he buscado por todas partes, pero no ha aparecido por ningún sitio, y nadie la ha visto.

El matrimonio permanecía en silencio, inmóvil.

—Sé lo que van a decirme, pero he ido a denunciar la desaparición al cuartel — añadió.

—¿Que has hecho qué?! —bramó su padre golpeando la mesa con ambas manos.

Un murmullo de desconcierto y terror recorrió la mesa, y varias personas se levantaron de sus asientos. Al fondo, la mujer detuvo sus labores unos instantes, negó con la cabeza y continuó trenzando la austera tarima.

—¡Necesitamos ayuda para encontrarla! —chilló Marcos.

—¡Y crees que un maldito facha va a ayudarte a encontrarla! —gritó su padre.

—¡Padre, usted no lo entiende!

—Lo entiendo perfectamente, Marcos. ¡Es mi hija! —masculló tratando de mantener la compostura— Pero esa gente va detrás de nosotros. ¡De todos nosotros, por el amor de dios! No tenemos derecho a poner a esta gente en peligro porque Florinda no aparezca un rato por la mañana. ¡Puede estar en cualquier maldito lugar! —dijo golpeando de nuevo la mesa— Llevan... No, llevamos malviviendo en el monte durante años para que ahora se eche todo por tierra porque no has tenido cuidado. Porque te van a seguir, Marcos, eres tan sospechoso como cualquiera. Lo sabes, ¿no? Eso si no te han estado siguiendo ya. Dios, ¿te has asegurado de que no hubiera nadie vigilándote? —dirigió la mirada hacia el exterior de la gruta.

El murmullo se había transformado en un griterío y su padre había terminado de hablar con la voz ronca por el esfuerzo. Su esposa lo observaba boquiabierta.

—Lo sé, lo sé, ¡lo sé! —exclamó Marcos. Los presentes detuvieron el murmullo, observándolo con atención. El silencio se prolongó unos instantes, así que aprovechó la oportunidad para seguir hablando— He hablado con el nuevo guardia civil. Se llama Francisco. No sé ni nos ayudará a encontrar a Florinda, pero por lo menos ahora sabemos algo con seguridad: llevabais razón, ha venido aquí a por nosotros.

La cueva se mantuvo inmóvil mientras los presentes trataban de asimilar la información.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó un hombre largo y huesudo tragando saliva.

—Es un tipo de ciudad, se le nota. He visto a su hija, y no es una muchacha de pueblo. Es raro que, de repente, destinen a alguien así a un pueblucho. Además —dijo observando a sus padres—, me ha preguntado por vosotros.

—Ha sido él —intervino repentinamente su madre. Todas las miradas de la sala se dirigieron hacia ella, esperando encontrar al culpable entre los presentes—. Ese nuevo guardia civil ha secuestrado a Florinda. Lo ha hecho para ponernos nerviosos, para obligarnos a dar un paso en falso. Estas cosas ya las hicieron en su momento.

—¡No! —añadió de súbito su marido con brusquedad— Sería demasiado complicado. No sacaría nada con eso, demasiado esfuerzo. La solución es más sencilla. Siempre es más sencilla. Habrán hecho lo que hicieron en su día. Para qué secuestrarla si pueden... matarla.

Le ardía la garganta como si le hubieran clavado un cuchillo candente. Entretanto, su madre observaba el fondo de la cueva con la mirada perdida y los ojos hinchados.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Lucas incorporándose en la mesa— Creo que ha podido ocurrir otra cosa. Me parece que la solución es más sencilla, como tú dices, y creo que sé quién ha sido.

Alfredo se sentó sobre el butacón, abrió el libro y leyó las dos primeras líneas. A los pocos segundos, lo cerró y se incorporó. Comenzó a caminar en círculos a través del salón hasta que el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose lo alertó.

—Tranquilo, soy yo —dijo Aurora apartándose el pelo negro de la cara con una sonrisa mientras entraba a hurtadillas en el salón.

Los dos jóvenes se abrazaron.

—¿Estabas esperándome? —preguntó Aurora separándose de él. Una sensación reconfortante surcó el pecho de Alfredo al observar de cerca el rubor de sus mejillas cubiertas de pecas.

—Sabía que te la jugarías. No quiero que vuelvas a hacerlo —dijo agarrándola de los brazos— ¿Y si mis padres no se hubiesen ido este fin de semana?

—¡Pero si se van a Madrid todos los viernes! —lo abrazó de nuevo riendo— Porque se han ido, ¿no? —preguntó mirando con precaución hacia las escaleras.

—Sí, sí. Pino ha ido de nuevo al monte y, con lo terco que es, seguro que no volverá hasta la hora de la comida, aunque no encuentre ni una pieza. Tranquila, estamos solos. ¿Subimos?

—

Trató de incorporarse, y notó una mano suave acariciando su nuca. Volvió a tumbarse mientras los dedos fluían hasta rozar sus labios.

—Hueles tan bien... —susurró deslizándose como una gota de agua por su espalda.

Se dejó caer sobre ella. Aurora sintió como su cuerpo se adaptaba a la forma de su vientre. El joven deslizó la mano por sus caderas hasta que la gota se fundió con el río.

Conforme la mano se había ido retirando de la boca, un jadeo pesado había ido creciendo en la garganta de la joven. Podía sentir un ritmo pulsátil en el interior de su pecho, como los tambores de una procesión religiosa, y un hormigueo en la punta de sus dedos mientras cada milímetro de distancia entre sus cuerpos terminaba de compactarse. Súbitamente, una sensación caliente y palpitante comenzó a invadirla. Chilló, pero no logró articular ningún sonido.

Alzó las piernas hasta rodear su espalda con los labios ejerciendo presión sobre su cuello. Tras unos instantes, empezó a acusar la falta de aire.

El hombre se separó para coger resuello, y Aurora utilizó aquel instante para llenar y vaciar los pulmones. Cuando se disponía a inspirar a fondo, sus labios le cubrieron la boca una vez más. No podía respirar, pero le daba igual. Rápidamente, se separaron y se revolviéron sobre las sábanas, atrayéndose y repeliéndose, hasta que, de improviso, notó un ardor en el vientre.

El joven había comenzado a aumentar el ritmo y, con cada arremetida, una sensación vibrante recorría su cuerpo. Entretanto, la presión sobre su cuello y su boca aumentaban. Pronto las piernas dejaron de obedecerle y la cadencia de los tambores en su pecho aumentó. Poco a poco, su visión se fue nublando y llenando de pequeños puntos iridiscentes. En unos instantes, la neblina se empezó a convertir en oscuridad y ya no lograba contraer el pecho para tratar de renovar el aire. El hormigueo de sus dedos se intensificó y los tambores redoblaron a una velocidad de vértigo. Un segundo antes de que la noche terminara de cubrirlo todo, notó un disparo caliente derramándose en su interior.

—

Cuando abrió los ojos, el rostro de Alfredo miraba al techo cubriéndose la frente con el brazo, tumbado junto a ella. El joven pareció percatarse de que estaba siendo observado y giró la cabeza, sonriendo. Aurora se apoyó sobre su pecho dejando que Alfredo acariciase su pelo.

La invadió una urgencia de expresar cómo se había sentido, cómo se sentía. Trató de encontrar las palabras adecuadas mientras abría la boca, pero de su garganta solo emanó un:

—Te quiero.

Alfredo besó su mano y volvió a mirar al techo. Se mantuvieron así durante varios minutos, en silencio. Las gruesas cortinas mantenían la habitación en penumbras y el calor que despedían sus cuerpos se mezclaba con el sofoco que entraba por la ventana, cubriéndolos de sudor. Aunque detestaba el bochorno inagotable de ese pueblo, encontraba aquella sensación reconfortante.

Observó las manchas de la pared. Aunque en ocasiones veía otras figuras, casi siempre aparecían rostros humanos. En aquella ocasión encontró un semblante femenino.

—¿Qué crees que le ha pasado?

—¿Hm? —musitó Alfredo— ¿Qué le ha pasado a quién?

Aurora giró la cabeza, tratando de observar su rostro, pero la postura se lo impedía.

—¿A quién? Alfredo, a Florinda. Lleva sin aparecer desde ayer.

Alfredo estiró los músculos y se acomodó en la cama.

—Pues no lo sé, pero la verdad es que en un día se nota bastante su ausencia. Esta mañana ha preparado el desayuno mi madre antes de irse, y ha sido un desastre.

—¿Desaparece una persona y lo que más te preocupa es el desayuno? —dijo Aurora incorporándose en la cama.

—Vamos, sabes que no es así —replicó Alfredo girándose hacia ella mientras se desperezaba y contenía un bostezo.

—¿Ah no? ¿Habéis hecho algo para encontrarla?

—Aurora, estás exagerando —sonrió—. Seguro que aparece en cualquier momento. Mi padre dice que está casi seguro de dónde puede estar. Me imagino que la presión del trabajo le ha podido, mis padres y mi hermano le exigen mucho. Además, tampoco tiene un sitio mejor donde quedarse. Es cuestión de tiempo que vuelva.

—No sé... Nunca había hecho algo así, no es típico de ella.

Alfredo se encogió de hombros y se dejó caer de nuevo sobre el colchón. Aurora frunció el ceño. Detestaba cuando se comportaba de esa manera. Lo detestaba con todo su corazón.

—También hay rumores. La gente empieza a comentar auténticas barbaridades.

Alfredo la agarró por la espalda y Aurora volvió a tumbarse sobre su pecho.

—Ya sabes cómo es la gente. La gente es el problema —sentenció Alfredo.

—¿Sabes lo que dice la gente? —Aurora trató de comprobar su reacción. Llevaba temiendo hacerle aquella pregunta toda la mañana, y sentía la adrenalina comprimiéndose en su pecho.

—Pues no, la verdad. Pero sabiendo cómo es la gente de este pueblo, seguro que dicen que ha sido...

La frase se vio interrumpida por el sonido de la puerta de la habitación abriéndose. Al otro lado, la sonrisa de Pino se había congelado en una mueca de asombro mientras mostraba orgulloso una pareja de conejos degollados.

—¿Diez pesetas por los dos? Es un poco caro, ¿no?

—Es lo que hay, Julia. Nadie sabe lo que pasa este año con la caza, pero el monte está pelado. Estos han tenido que traérmelos de Hoyofondo —Sebio agitó los conejos que llevaba en las manos.

—¿Y dices que de la carne de caballo no te queda nada?

—Nada de nada. He vendido casi toda la carne de esta semana y la siguiente. Si te interesa, tengo algo de casquería por ahí atrás.

—Vale, déjame verla, muchas gracias.

A pesar de haberse limpiado compulsivamente las manos mientras hablaban, el hombre las frotó una vez más contra el mandil cubierto de sangre seca y se dirigió hacia la portezuela del almacén al otro lado del mostrador con la respiración pesada.

Julia observó el mostrador de cristal vacío. Llevaba sin ver las bandejas de metal limpias y vacías desde los primeros años después de la guerra. Era cierto que había escasez, pero ¿quién podría haber comprado tanta carne?

El tintineo de la campana sobre la puerta anunció la llegada de un cliente a la tienda. Cuando Julia se giró para saludar a uno de sus convecinos, se sorprendió al encontrar a un completo desconocido.

—Buenos días —saludó Julia con un gesto cordial.

—Buenos días, doña Julia —devolvió el saludo el hombre apoyándose contra el mostrador mientras la observaba.

—Disculpe, ¿lo conozco? —preguntó desconcertada.

—No, creo que no. Me llamo Francisco —dijo el hombre tendiendo una mano.

Julia recibió el saludo y agitó su mano lentamente tratando de leer la situación. El hombre compuso algo parecido a una sonrisa.

—No se preocupe, me acaban de destinar aquí. Soy el nuevo guardia civil —dijo señalando una placa que relucía sobre su pecho—. Estaba paseándome por el pueblo para presentarme a todos los vecinos y solo faltaba usted. He ido a su casa, pero no había nadie, así que, cuando la he visto aquí, he supuesto que sería usted.

Julia asintió lentamente. De la puerta del almacén reapareció Sebio con una enorme bolsa de papel cubierta de sangre, que dejó sobre el mostrador con un golpe seco.

—Pues esto es lo que me queda de casquería. ¡Hombre, Francisco! —repuso al percatarse de la presencia de un nuevo cliente— Termino de atender a la señora y enseguida estoy contigo. Dime, ¿cuánto quieres, Julia?

—Depende de a cuanto salga el kilo — frunció el ceño.

—Pues el kilo sale a una peseta, pero... —dijo colocando la bolsa sobre una romana y moviendo pesas en el otro extremo a toda velocidad—, aquí tenemos cinco kilos, así que, si te lo llevas todo, te los dejo a cuatro pesetas —concluyó con una sonrisa.

—De acuerdo, pónmelos.

Podía sentir la mirada de aquel hombre clavada sobre su nuca, observándola inmóvil, apoyado contra el mostrador sin variar el gesto.

—Aquí tienes —Sebio envolvió con unos rápidos movimientos de mano la carne en una nueva capa de papel y se la entregó con un silbido distraído.

Julia sacó el diminuto monedero y rebuscó en el fondo cuatro pequeñas monedas. Cuando se disponía a depositar el dinero sobre el mostrador, se percató de que su mano temblaba en contra de su voluntad. Trató de serenarse mientras recogía la bolsa que le ofrecía Sebio y comenzó a caminar hacia la salida. En el breve trayecto hacia la puerta, las piernas imitaron a sus brazos bajo las sayas. Respiró hondo intentando obviar la sensación punzante que provocaba la mirada de aquel hombre sobre su nuca y, tras unos instantes que le parecieron eternos, abrió la puerta. Cuando se disponía a despedirse, escuchó una voz.

—Es curioso. Me pregunto para qué necesita una sola persona toda esa carne — reflexionó con voz alta y clara el guardia civil.

Julia se detuvo en seco y, sin girarse, murmuró:

—Tengo una familia que alimentar.

—¿A cuántas personas tiene que alimentar? Tenía entendido que vivía sola con sus dos hijos.

Julia tragó saliva. La sensación punzante le había atravesado la nuca hasta aposentarse en su pecho.

—Sí, pero se pueden hacer conservas y salazones para varios meses —volvió la cabeza tratando de aparentar normalidad.

—¿Con casquería?

Julia terminó de girarse asintiendo lentamente.

—Tendré que preguntarle a mi mujer la receta, aunque no suena muy apetecible —dijo el hombre volviendo a componer un intento de sonrisa.

Julia se quedó en silencio, sin saber qué contestar. Unos segundos después, Sebio comenzó a reír a pleno pulmón. Permaneció desconcertada unos instantes más, hasta que fue capaz de leer la situación. Se unió a la risa del carnicero y observó la mueca del guardia civil, que se mantenía en el rostro hirsuto bajo el bigote.

—Una cosa más —añadió Francisco cuando el sonido de la última carcajada se extinguió—, sé perfectamente para qué ha comprado esa carne.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Cuando se disponía a contestar, el hombre intercedió de nuevo.

—Lo que haga en Hoyofondo es cosa de la comandancia de Hoyofondo. Pero quiero que sepa que el estraperlo es ilegal y, si la encuentro en el acto en este pueblo, no tendré otro remedio más que multarla y confiscarle los bienes.

Con el corazón aún palpitando a toda velocidad, Julia asintió, dio las gracias, y se despidió de los hombres.

—Bueno —dijo Sebio limpiándose de nuevo las manos en el delantal— dime Francisco, ¿qué querías preguntarme?

—Dime que no es cierto —Firmo paseaba por el salón a toda velocidad, mesándose el bigote. Hacía mucho tiempo que nada lo había agitado de aquella manera. Necesitaba fumarse un cigarrillo—. Dime que no eres tan estúpido.

Alfredo miraba al suelo sentado en el sofá, con el pelo cubriéndole el rostro y las manos entrelazadas.

—Padre... —susurró.

—Dime que tu hermano se ha equivocado. Que no estabas en la cama con esa furcia.

—No es ninguna furcia... —masculló apretando los dientes y los puños. El pelo rozaba su piel magullada, irritándola.

—Dime que no ha tenido que echarla a patadas de aquí. Que la ropa que se ha dejado en tu cuarto no es de esa buscona. Dime que no eres tan estúpido —repitió acelerando el paso.

—¡Aurora no es ninguna buscona! —chilló desgañitándose mientras se levantaba del sofá. Su rostro, una amalgama de rojo y morado, estaba cubierto de contusiones y lágrimas. La ira que sentía solo conseguía aumentar el flujo de sangre hacia el rostro, acrecentando el dolor.

Firmo lo observó boquiabierto unos segundos. Después se acercó en dos zancadas y le asestó una bofetada que obligó a Alfredo a sentarse de nuevo.

—¡Esa chica es una puta de mierda, igual que su madre y su abuela! ¡Solo quiere robarnos la casa porque su familia todavía cree que es suya! ¡Y tú eres un imbécil que se ha dejado arrastrar por el agujero entre sus dos piernas huesudas!

Había continuado golpeándole a cada palabra y ahora lo observaba con la respiración agitada. Alfredo había tratado de cubrirse con las manos en el transcurso y en aquellos instantes seguía acurrucado en posición fetal sobre el sofá, sollozando.

—¿Y qué pasa con Mariate? ¿Te has parado a pensar un minuto en Mariate? Su familia tiene más dinero del que podríamos llegar a ganar en diez vidas. No pienso consentir que lo echés todo a perder por una pueblerina estúpida.

Firmo se acomodó el pelo hacia atrás con las manos y se arregló el cuello de la americana. Después, aclarándose la garganta, añadió:

—Sube a tu habitación y haz la maleta. Te vas a pasar el fin de semana con Mariate a Hoyofondo. Si te preguntan —dijo levantando el pelo del rostro de Alfredo mientras este se incorporaba—, di que ha sido haciendo algo de provecho, que te has caído del caballo cazando con tu hermano o algo así.

El muchacho terminó de erguirse y salió de la habitación. Firmo permaneció de pie frente al sofá, observando el lugar que había ocupado su hijo, ahora vacío. Se acarició los bigotes. Con suerte, aquello acabaría pronto.

Cruzó la habitación y salió hasta el patio de la casa, donde encontró a Pino cambiando las herraduras del nuevo caballo junto a Marcos.

—¿Ves? Era el otro caballo, Marcos. Estaba gafado. Con este en la primera mañana ya he conseguido dos piezas —decía sonriente agachado frente al animal—. Hice bien en deshacerme del otro, las crías solo me habrían traído problemas.

—Sí, señorito.

Marcos pareció percatarse de la llegada de Firmo y se incorporó con gesto reverencial. Pino se levantó sorprendido y sonrió al comprobar que se trataba de su padre.

—Padre —saludó—, ¿ya ha hablado con Alfredo?

—Sí —contestó, lacónico.

Observó de reojo al sirviente y añadió:

—Marcos, la señora quiere trasplantar las alcahuetas del azafrán a la parte trasera de la casa. Ve a cavar los hoyos.

—Señor —asintió caminando a toda velocidad hacia el portón de la finca.

—¡Pero, padre, aún no hemos acabado con las herraduras!

—Marcos, ve —reiteró al comprobar que el sirviente se había detenido a la espera de una confirmación a las dos peticiones opuestas.

Pino trató de protestar, pero pareció caer en la cuenta de algo y se detuvo. Ambos observaron al joven desaparecer al otro lado del muro. Firmo suspiró, cansado.

—¿Qué ha pasado con Alfredito? —preguntó Pino sacándose los guantes y arrojándolos sobre un tocón junto al animal.

—Lo que tenía que pasar, ni más ni menos —zanjó Firmo— ¿Has ido al cuartel esta mañana como te pedí?

Pino asintió.

—Sí. Parece ser que estuvo ayer y esta mañana preguntando por su hermana —dijo señalando con la cabeza la entrada del caserón por la que acababa de desaparecer el joven sirviente—. Cree que hemos sido nosotros. También me ha dicho que fue muy tajante sobre sus padres cuando le preguntó por ellos.

Firmo se acarició los bigotes y preguntó:

—¿Entonces cree que es cierto o no? ¿Tenemos una plaga en el monte?

Pino asintió de nuevo.

—Me ha dicho que iba a dar una vuelta por el pueblo para investigar, pero sí, parece que todo apunta a una plaga. A ver qué nos dice. Ah, y ya tiene la comida para los hombres. Llegarán por la tarde. Le he dejado la llave del palacete para que dispongan del sitio a su gusto. Sebio ha estado encantado de colaborar, cómo no. Ese hombre te serviría a su abuela cortada en filetes por una peseta.

—¿De Julia se sabe algo?

—Según dice, le han confirmado desde la comandancia de Hoyofondo que va cada mañana a vender a la plaza, pero nunca la han atrapado en el acto. Es buena, así que no hay forma de saber si se dedica a vender la carne o la usa para “otros fines” —dijo remarcando las últimas palabras.

—Creo que no.

Pino le dirigió una mirada inquisitiva.

—No está vendiendo la carne. Está vendiendo joyas —dijo Firmo.

—¿Joyas? ¿Esa mujer? ¿De dónde ha podido sacar una muerta de hambre como ella joyas?

—Son alhajas muy sencillas, casi de bisutería. Ayer estuve en Hoyofondo con Rogelio —explicó—. Su hija estaba enseñándole una nueva medallita a Alfredo. Era una medalla de la virgen de los Llanos. Me llamó la atención que una medalla de una virgen de otra ciudad hubiese acabado en sus manos y pregunté a su padre por su origen. Al parecer han estado comprando joyas muy baratas últimamente. Después de presionarle, solo he conseguido sonsacarle dos cosas: la vendedora era una mujer y no era de Hoyofondo.

—Podría ser ella —repuso Pino con gesto pensativo—. Pero también podría no serlo. Aun así, sigo sin ver de dónde puede sacar joyas. ¿Las está robando o algo así?

Firmo negó con la cabeza, acariciando la grupa del animal.

—Los padres de Marcos eran de La Nava de Arriba, un pueblecito de Albacete. Vinieron aquí en el treinta y dos, cuando empezaron a quitarles las tierras a la gente para dárselas a los forasteros. Si nuestras sospechas son ciertas ellos mismos le están entregando las joyas. No están muertos, están escondidos.

Firmo continuó acariciando la crin del caballo, observando el horizonte con calma.

—Quiero que vuelvas al cuartel y se lo comuniques a Francisco. Sobre Florinda —añadió levantando la mirada—, si estamos en lo cierto y sus padres siguen vivos, ha podido huir al monte con su familia. Creo que podemos aprovechar la situación a nuestro favor.

—¡Flori! —chilló— ¡Flori! ¡Soy yo, Marcos!

Apartó una rama del suelo con una patada y se arrepintió de inmediato al descubrir que formaba parte de un tronco oculto por el follaje. Trató de ignorar el dolor que recorría su pie maldiciendo entre dientes. Habría podido realizar aquel trayecto en un centenar de ocasiones, pero siempre lo había hecho en estricto silencio. Ahora, sin embargo, comenzaba a acusar la falta de aire después de haber estado gritando durante varios minutos.

—¿Para qué se supone que iba a subir mi hermana al monte? —jadeó por el esfuerzo.

—Bueno —repuso el guardia civil con la respiración agitada—, podría haberlo hecho para esconderse si alguien la estaba persiguiendo. El monte es un lugar perfecto para ocultarse, ¿no crees?

A pesar del calor asfixiante, Marcos sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Consideró unos instantes si debía o no responder a aquella insinuación. Decidió dejarlo pasar mientras continuaba remontando la ladera del monte.

Tenía que haber sido una casualidad, aquel hombre no tenía forma de saberlo.

Se disponía a continuar gritando el nombre de su hermana, cuando el militar repitió la pregunta.

—¿No crees?

Tragó saliva y consideró sus opciones antes de contestar:

—Pues no sé qué decirle, la verdad. Nunca he sido muy buen cazador y no se me da muy bien esconderme.

—Ah, ¿no? En el pueblo me han dicho que te gusta mucho subir al monte. Que a veces subes y pasan horas antes de que vuelvas —resopló el guardia civil.

—Me gustan los paseos —comentó lacónico.

La respiración pesada por el esfuerzo le ayudaba a disimular el nerviosismo.

Debía haberlo supuesto. Cuando habían terminado de buscar por el pueblo y aquel hombre le había sugerido subir al monte, había aceptado sin dudarle un segundo. Solo

había pensado en su hermana, y ahora estaba en mitad de ninguna parte con un guardia civil. Había sido un completo estúpido.

—Pues resulta que a mí sí se me da bien cazar. Mi especialidad son las alimañas, ¿sabes? —prosiguió el hombre con la respiración entrecortada— Me contaba hoy el señorito este, el hijo de don Firmo, que no ha encontrado una sola pieza en el monte desde hace un par de meses ¡Estando en temporada alta! Mala cosa, le he dicho. Pinta a que tenéis una buena plaga de alimañas que está arrasando con todo.

Sin dejar de caminar, el hombre detuvo su discurso para tomar aliento y reanudó:

—Ese es el problema de las alimañas. Que acaban con todo. Puedes pensar que, si les das un poco de espacio y tratas de controlarlas, no harán demasiado daño. Pero, ¡qué va, hombre! Son listas, las muy hijas de perra, y muy malas. Basta con que dejes un par, que lo devoran y lo destruyen todo. Y no veas cómo crían. Así que hay que ponerse serio y eliminarlas hasta no dejar con vida a ninguna. Son un peligro —repuso sin aliento— ¿Y sabes lo peor?

El joven negó con la cabeza mientras observaba cada movimiento que hacía el hombre a sus espaldas por el rabillo de ojo.

—Que se esconden muy bien.

Con cada paso, sus piernas se iban transformando en dos pesadas losas de piedra. Aquel hombre lo sabía. Lo sabía todo. Su padre llevaba razón. Lo que había ocurrido con su hermana era una trampa y había caído de lleno.

Trató de analizar sus opciones. Podía escuchar al militar respirar pesadamente, pero con firmeza. Maldijo para sus adentros. Tendría que haber aprovechado la oportunidad y haberse abalanzado sobre él cuando aún estaba sin aliento tras su discurso. Quizás no fuera demasiado tarde. Apretó los puños.

—A ti que te gusta tanto pasear por aquí, ¿no has visto ninguna alimaña por el monte? —preguntó repentinamente el hombre.

Era su oportunidad. Parecía que le gustaba enrollarse. Solo tenía que dejarlo volver a soltar otro monólogo y, cuando estuviese sin aliento, tirarse encima de él.

—Alguna, pero pensaba que serían inofensivas —comentó manteniendo el paso y la mirada al frente.

—Pues es una pena —dijo el guardia civil con un chasquido metálico.

Marcos se giró y comprobó lo que había temido desde el principio. El hombre había desenfundado la carabina que, hasta aquel momento, llevaba cruzada en la espalda, y estaba apuntándole a la cabeza.

—Vamos a ser claros, chaval. Dime dónde se esconden.

—No sé de lo que me hablas —respondió impertérrito.

Para su sorpresa, se sentía en completa calma, como si aquella situación fuera irreal o no lo involucrase. Tenía, a pesar de todo, una sensación hormigueante que le recorría el pecho.

El hombre pulsó el percutor del arma y dirigió la mano al gatillo.

—Soy especialista en plagas y que me jodan si no tenéis por lo menos a una docena de maquis escondidos en este punto monte —masculló apretando los dientes bajo el bigote—. Tú sabes algo. No me lo hagas más difícil, chaval. Desembucha.

Marcos contempló su respiración agitada, viendo como el arma subía y bajaba al ritmo de su pecho. Tenía una oportunidad. Solo una oportunidad.

—¡¿Dónde cojones están?! —gritó agitando el arma entre las manos.

—¡Ahora, salid! —chilló Marcos girando la cabeza hacia los árboles colindantes mientras se llevaba las manos a la boca a modo de altavoz.

Como si el tiempo se hubiese deformado, observó el momento exacto en que el guardia civil giraba el torso dispuesto a defender su retaguardia y, sin pensarlo, saltó con todas sus fuerzas hacia él. En una fracción de segundo, el hombre disparó sin poder llegar a apuntar tratando de recuperar el paso.

Sintió cómo su cuerpo colisionaba con el del militar y ambos se precipitaron sobre el suelo. Un calor pegajoso cubría su rostro. Le había arrancado la oreja con el disparo. Aunque estaba encima del hombre y tenía, en principio, la ventaja estratégica, la conmoción de la sangre cegando su visión lo detuvo un instante. El soldado aprovechó aquel segundo de desconcierto para escupir a la cara del joven la sangre que se había ido derramando en su boca. Marcos cerró los ojos e, instintivamente, llevó las manos a la cara tratando de limpiarse.

Con un grito sordo, Francisco se incorporó y arremetió contra el joven, invirtiendo las posiciones de una sola embestida. Sin dudar un minuto, encaramado sobre el muchacho, comenzó a golpearle el rostro, alternando los golpes entre la nariz, que crujía y cedía a cada movimiento, y el lugar donde unos segundos antes se ubicaba el oído del muchacho. Luego, decidió cambiar de estrategia y comenzó a estrangularlo.

En un intento desesperado por defenderse, Marcos llevó las manos a la cara del hombre. Podía sentir una mezcla de frío lacerándole el lateral del cráneo que se confundía con un calor palpitante expandiéndose a lo largo del rostro. Las hojas machacadas por los golpes se introducían en la herida y todo daba vueltas a su alrededor. Escaló las manos arañando las mejillas del hombre, que apretaba las mandíbulas mostrando una ristra de dientes amarillos bajo el mostacho. Pataleó tratando de librarse de la prisión que ejercían los dedos rugosos del militar sobre su cuello. Para tener alguna oportunidad, tenía que subir un poco más las manos. Hincó las uñas, arrancando la piel de los pómulos mientras le abandonaban las fuerzas por la falta de aire. Le faltaba muy poco. Solo tenía que subir los dedos un poco más. Notó como las piernas dejaban de obedecerle. No podía patalear. Poco a poco, su visión se fue nublando y llenando de pequeños puntos iridiscentes. En unos instantes, la neblina se empezó a convertir en oscuridad y ya no lograba contraer el pecho para renovar el aire. En el último momento, consiguió alcanzar los ojos del hombre, y, con sus últimas fuerzas, introdujo los dedos en el interior de las cuencas.

Con un quejido gutural, el militar trató mantener las manos sobre la garganta del joven, pero, al cabo de unos instantes, las retiró para cubrirse el semblante.

El aire inundó sus pulmones de inmediato, llenando el hueco de la vida que había estado a punto de escapar. Boqueó como un recién nacido sin apartar los dedos y contrajo cada músculo de sus brazos mientras el hombre chillaba e intentaba apartar las manos cubiertas de sangre y humor vítreo. Pronto, el joven logró recuperar la postura dominante sobre el militar, que expelía un sonido más propio de una bestia que de un humano, desollándole el dorso de las manos y lanzándole dentelladas a las muñecas en un vano intento por librarse de la presa que este ejercía.

De súbito, el guardia civil cejó en el forcejeo.

Marcos sentía que estaba a punto de acabar con aquello, cuando un golpe impactó con contundencia contra su sien derecha, desplomándose sobre el suelo.

El hombre le había aporreado con la culata del rifle.

Los puntos iridiscentes volvieron a cubrir su vista mientras luchaba por levantar la cabeza un par de centímetros del suelo. Observó al militar arrastrándose a cuatro patas por el suelo y propinando mandoblazos con el arma a ciegas en busca de su rival. A pesar de tener la vista borrosa por el porrazo, contemplar aquel rostro desfigurado con los ojos mutilados y fuera de las cuencas le provocó una arcada.

Pronto, las estrellas de sus ojos comenzaron a envolverlo junto a una oscuridad tupida. Luchó por sostener la cabeza elevada, pero esta rebotó contra la cama de hojarasca que cubría el bosque en contra de su voluntad.

De repente, escuchó una voz alta y clara gritando:

—¡Alto ahí!

Quería morirse.

Una hoja de ortiga que crecía a los lados del camino rozó su muslo, irritándole la piel. Si alguien la veía en aquel instante, corriendo desnuda por el camino del cementerio, se caería muerta al suelo. No podría soportar la vergüenza.

Su madre llevaba razón. Aquella familia era malvada.

Alfredo la había tratado de convencer de que sus padres no eran malos. “Solo son fruto de las circunstancias. Cada persona en el mundo es fruto de sus circunstancias y todo es cuestión de perspectiva”. Lo había leído en un libro, y lo decían dos escritores muy famosos. Aurora no sabía leer, pero estaba segura, completamente segura, de que aquellos escritores no tenían ni la más remota idea. Ni de su vida, ni de la de la mayoría de la gente. Aquellas personas podrían ser fruto de lo que quisieran, pero llevaban destruyendo su vida desde antes de nacer. Las odiaba, a todas y cada una de ellas.

—¿También a Alfredo? —pregunta Leo.

¿Tenían que echarla sin ropa? Alfredo solo había mirado cómo su hermano la enganchaba por las muñecas y la arrastraba escaleras abajo hasta el patio para, después, arrojarla al otro lado de las portadas. Aurora había arañado las puertas, suplicando que le devolvieran la ropa. Solo quería su ropa. Y Alfredo no había hecho nada por ella, salvo llorar.

Con cada zancada, las lágrimas que ardían en sus mejillas volaban hasta perderse en los brazos que cubrían sus pequeños senos. Tenía que llegar a casa, y rápido. No podían verla así, o se moriría. Estaba segura de que se moriría.

Ya no le quedaban lágrimas que derramar cuando comenzó a vislumbrar las primeras casas del pueblo. Afinó los ojos tratando de adivinar la figura de algún posible vecino. Tenía la vista borrosa desde siempre, pero no podía permitirse fallar en aquellos instantes. A pesar de estar acostumbrada a correr, notó un pinchazo en el estómago. Parecía que el camino se encontraba despejado.

Apretó los dientes y el ritmo, y agradeció a todos los cielos que su calle se encontrase en la entrada del pueblo. Corrió por el camino de tierra, pasando junto a los edificios tan rápido como le permitían las piernas. Giró por la calle Mayor hacia la callejuela y comprobó horrorizada que las cortinas de la ventana de la casa de la Amalia,

su vecina, estaban abiertas. Podía ver a una persona tejiendo de espaldas a la ventana, meciéndose en un butacón.

—Que no mire, que no mire... —murmuró para sí misma.

Como si pudiese leer su pensamiento, la mujer se revolvió en la silla, incómoda. A continuación, se levantó para acomodar el asiento. Asió el cojín y, sin levantar la cabeza, lo mulló. Aurora tragó saliva mientras corría tan rápido como le permitían sus magullados pies, tratando de amortiguar cada paso. Si su vecina alzaba la vista en aquellos instantes, la vería de lleno.

Estaba tan absorta en la operación que la mujer llevaba a cabo con su butaca que, sin percatarse de ello, tropezó con los utensilios para secar la carne que su hermano había dejado frente a su casa esa mañana. Miró hacia el frente por instinto y se precipitó sobre el taburete. El sonido de los utensilios rodando calle abajo retumbó por las fachadas. Aprovechando la inercia de la caída, apoyó las manos y se arrastró a cuatro patas hacia la puerta, empujándola con todas sus fuerzas.

La casa estaba vacía y a oscuras, como siempre. Sin detenerse un instante, agarró el vestido en el que llevaba trabajando las últimas semanas con Leo y se agachó formando una bola con su cuerpo junto al hogar. Cubrió el torso y las piernas con la tela a modo de manta y comprimió las rodillas contra el rostro mientras lloraba desconsolada.

Le dolían los pies y el pecho por la carrera. Le dolían las muñecas y las caderas por el forcejeo y el golpe contra el suelo. Pero, sobre todo, le dolía el corazón. Aquello no podía haberle sucedido a ella.

En el último segundo antes de entrar la había visto. La Amalia estaba mirando por la ventana.

Estiró la tela del vestido hasta que comenzó a crujir y ceder. Levantando la cabeza hacia el techo, lo partió en dos con un grito desconsolado.

Se mantuvo en aquella posición, dejando salir el aire por su garganta con la boca abierta mientras exhalaba un quejido seco. Su pecho agitado marcaba el ritmo de un llanto ya inexistente.

Después de lo que parecieron horas, bajó el cuello, dolorido por la postura, y miró al frente. Musitando, gateó por la estancia hasta alcanzar una muda. Se incorporó y,

frotándose el rostro, comenzó a vestirse con parsimonia. Luego, con la mirada perdida, se tambaleó hasta la puerta, que dejó entreabierta.

Descendió por la callejuela y tomó la calle principal con paso errático.

No se molestó en comprobar si la Amalia estaba o no en la ventana. El calor laceraba sus muslos descubiertos bajo la falda, pero ya no podía correr para huir de él. Llevaba demasiado tiempo corriendo. Estaba cansada, muy cansada.

Anduvo vacilante varios minutos, hasta que se dejó caer contra una puerta de madera. Los remaches negros que unían las tablas se clavaron en su espalda mientras se deslizaba hasta llegar al suelo. Volvió la cabeza hacia el cielo, que se había cubierto de nubes negras. Olía a lluvia, pero dudaba que fuera a caer ni una gota. Allí nunca llovía.

La puerta se abrió a sus espaldas y evitó caer contra el suelo en el último instante. Al otro lado distinguió unas piernas de mujer.

—¿Aurora? —preguntó Leo desconcertada.

Observó los rostros de su amiga y la Reme del revés y, después, se dejó caer sobre el suelo de gres.

—¡Aurora! ¡Dios mío! ¡Reme, ayúdame a pasarla! —gritó Leo agarrándola por el brazo hacia el interior de la vivienda.

—¿No deberíamos pedir ayuda? —inquirió la joven urbanita desconcertada por la escena.

—Mis padres no están, ¡ayúdame!

La Reme la observó con desagrado unos instantes antes de asir el brazo que aún tenía libre. La arrastraron por el pasillo de loza hasta el salón y, una vez allí, la ayudaron a incorporarse en el sofá.

—¿Qué ha pasado, Aurora? ¿Ha sido el calor? —Leo estaba abanicándola mientras le sujetaba el antebrazo.

Aurora asintió lentamente hasta detener la cabeza. Después comenzó a negar, rompiendo a llorar una vez más.

—Reme, por favor, trae un vaso de agua del pozo que hay en el patio —pidió su amiga—. Aurora, ¿qué ha pasado? —preguntó mientras la muchacha salía de la habitación.

—Yo... He hecho algo muy malo —se sorprendió al escuchar su propia voz saliendo por su garganta—. No te lo quería decir porque tenía miedo, porque sabía que era una locura. Pero he estado saliendo con Alfredo.

Aurora pudo percibir cómo la mano que unos instantes antes le acariciaba se tensaba.

—Llevo saliendo con él desde las fiestas del año pasado, cuando se nos acercó con aquel muchacho de Hoyofondo. Al principio solo quería conocerlo un poco más, entender qué quería de mí. Y hoy... —su tono se volvía más agudo con cada palabra— Hoy nos hemos... —el rubor le impidió terminar la frase.

El ruido del vaso contra la mesa resonó por la estancia. La Reme se sentó en la silla de mimbre junto a las dos amigas, observando fijamente a Leo, que tenía la mirada perdida.

—¿Cómo has podido? —preguntó la Reme— Te dijo que le gustaba ese chico y, al día siguiente, ¿tú vas y te acuestas con él?

—Pensaba que eras mi amiga —intervino Leo con un susurro sin apartar la mirada de ningún lugar. Su piel blanca se había empezado a enrojecer— Que me contarías algo así. Pensaba que confiabas en mí.

—Leo, yo... De verdad, lo siento mucho. A ti también te costó decirme que te gustaba Alfredo...

—¡Pero te lo dije! —el labio de la joven tembló tras una breve pausa— Claro que me costó, ¡cómo te iba a decir que me gustaba el hijo del hombre que mató a tu padre!

—¡Imagínate cómo me siento yo! —su voz se desgañitaba mientras se giraba hacia su amiga, apoyando las manos en su regazo y buscando su mirada con desesperación— ¡Lo difícil que ha sido todo esto para mí!

—¿Por qué lo has hecho? —susurró su amiga devolviéndole la mirada cubierta de lágrimas— Es pecado hacer eso antes del matrimonio. Vas a ir al infierno.

—Yo te digo por qué lo ha hecho —intercedió la Reme—. Porque quiere esa casa de vuelta.

—¿Pero tú qué dices? —preguntó Aurora anonadada.

—Sé que esa casa era antes de tus padres, y que se la quitaron en la guerra. Me lo contó mi padre. Seguro que quieres recuperarla.

—¡Yo no soy ninguna puta!

La ira y el resentimiento acumulados emergieron a borbotones de su interior. Antes de llegar a pensarlo, se había abalanzado contra la muchacha. En un abrir y cerrar de ojos comenzó un forcejeo en el que las jóvenes estiraban del pelo y arañaban la piel de la contraria mientras se revolcaban por el sofá. Leo trató de interceder para separarlas, pero le resultó imposible, así que, tras unos segundos, observando la habitación en derredor en busca de ayuda, decidió tirarles el vaso de agua encima. Sorprendidas por lo inesperado de aquella reacción, las jóvenes se detuvieron unos segundos.

—¡Estás loca! —chilló la Reme llevándose las manos a su perfecto cardado ahora deshecho y retrocediendo hasta toparse con uno de los brazos del sofá.

—¿Qué diablos estás haciendo, Aurora? —gritó Leo sujetándola por los hombros.

El odio se destilaba a través de sus ojos en forma de gotas tórridas que cubrían sus pecas.

—El Alfredo ese ni siquiera te quiere —masculló la Reme. Aurora acababa de conocer a la joven, pero odiaba esa mirada de superioridad que rezumaba veneno—. Mi padre dice que es novio de una chica de familia bien del pueblucho ese de al lado. Está contigo para aliviarse la bragueta. La otra chica es la buena, la que sabe esperar hasta el matrimonio.

Incapaz de seguir soportando aquella situación, Aurora empujó a su amiga y salió de la casa a toda velocidad. Aún podía correr un poco más.

—¿Pero qué demonios ha pasado?!

Marcos y Lucas acababan de entrar en la cueva cruzando la abertura en la roca. Arrastrando los pies, arrojaron el cuerpo del militar contra la alfombra de esparto. Acto seguido, Marcos se desplomó contra el suelo.

—¿Marcos, Marcos! —chilló su madre arrojándose sobre su pecho— ¡Ay, hijo mío! ¡Pero qué te han hecho!

—¿Qué ha pasado? —preguntó su padre visiblemente compungido aproximándose a toda velocidad a los dos jóvenes.

—Me los he encontrado en mitad del monte mientras cazaba. He tratado de limpiarle la herida —señaló Lucas—. Es menos grave de lo que parece. No ha perdido toda la oreja, solo un trozo. La nariz es otra historia, la tiene hecha trizas.

—Estoy bien, madre —susurró Marcos sonriendo—. Solo estoy un poco cansado.

—Pero, ¿qué te han hecho? —repitió su madre sollozando desconsolada.

—Estábamos buscando a Florinda por el pueblo —murmuró incorporándose con una mueca de dolor—, pero no había ni rastro de ella. Preguntamos casa por casa, y nadie parecía saber nada. Le comenté al guardia civil, el tal Francisco, la posibilidad de ir a Hoyofondo a buscar allí, ya sabe, por si había cogido el autocar de la tarde, y me dijo que normalmente estas cosas pasaban en el entorno más cercano, que no creía que se hubiese alejado del pueblo. Me sugirió que subiésemos al monte y yo le dije que sí sin pensarlo. Comencé a remontarlo hacia aquí por costumbre y, a medio camino, me empezó a decir no sé qué de una plaga de alimañas y que quería exterminarla. Él... hablaba de vosotros. Sabía que estabais aquí.

Un murmullo recorrió al grupo al unísono, como si se tratase de un solo animal.

—Lo sabía —escuchó mascullar a su padre.

—Luego sacó el arma y me apuntó. Hubo un forcejeo y no recuerdo muy bien el resto. De repente me desperté y Lucas estaba ahí.

—Me los encontré así, tirados en el suelo —prosiguió su amigo—. El fachuza estaba arrastrándose. Lo puse a dormir y, cuando Marcos se despertó, lo trajimos aquí.

—¿Y por qué habéis hecho eso? —intercedió un hombre de aspecto enjuto—
Ahora no podemos dejar que vuelva al pueblo, sabe dónde estamos.

—¿Pero tú lo has visto? —contestó el padre de Marcos— No sabe dónde está, ni
creo que vuelva a saberlo el resto de su vida.

Los presentes observaron con desagrado el rostro deformado del hombre. Tenía la
boca abierta y respiraba con pesadez, lo que lo dotaba de una sensación de reposo plácido
que contrastaba con el aspecto de la parte superior de su cara, donde la sangre seca cubría
las cuencas de los ojos ahora vacías.

—Marcos tampoco podría haberlo dejado volver al pueblo así. Imagina las
consecuencias de hacerle esto a un picoletto. ¿Has sido tú el que ha hecho esto? —
preguntó a su hijo.

Marcos, que se había incorporado y reposaba sentado contra la pared mientras su
madre le limpiaba la herida con un trapo mojado, asintió con cautela.

—Creo que sí.

—Se lo merece, por facha hijo de puta —masculló Lucas.

Hubo una oleada de aprobación entre los presentes.

—¿Está...? —comenzó a preguntar Gertru, la tejedora, pero pareció demasiado
asustada para terminar la frase.

Lucas negó con la cabeza.

—Se ha desmayado un par de veces de camino hacia aquí. Sin un médico, no creo
que sobreviva. Ha perdido mucha sangre.

—Sigo pensando que no debería haberlo traído aquí —repitió el hombre—. Ni
haberle hecho algo así. Ahora saben que estamos aquí.

—¡Era mi hijo o él! —exclamó el padre de Marcos— Además, ya sabían que
estábamos aquí, ¿no has oído lo que ha dicho Marcos? Si lo hubiesen dejado en el monte
lo habrían encontrado y habría sido aún peor. En cualquier caso, ahora da igual. Ya es
demasiado tarde, es cuestión de horas antes de que estire la pata. Aurora —pidió el
hombre—, dale un poco de agua y ayúdame a tumbarlo en un catre.

La joven, que se había mantenido apartada y con la mirada perdida hasta ese momento, pareció volver a la realidad con un respingo y, asintiendo, corrió a buscar el cubo.

—Ese hijo de puta no se merece ni una gota de agua —farfulló Lucas.

—Ese hijo de puta puede ser muchas cosas, pero sigue siendo una persona —contestó el hombre cruzando los brazos.

—Sí, una persona que le ha arrancado un trozo de oreja a Marcos y le ha partido la nariz —repuso Lucas con mirada desafiante—. Habría que dejarlo morir en una zanja y olvidarnos del tema, como hicieron ellos.

—Lucas, estás muy equivocado si crees que no me duele más que a ti que mi hijo...

—¡Está despierto! —gritó Aurora, que se encontraba mojando los labios del soldado con un rudimentario cuenco de barro lleno de agua— ¡Se ha despertado!

En cuestión de segundos, los milicianos se agolparon alrededor del cuerpo del militar, que tosía con dificultad tanteando a ciegas el aire con los dedos.

—¡Dime dónde está mi hija! —gritó el padre de Marcos asiendo la pechera del uniforme militar mientras lo zarandeaba.

El hombre siguió carraspeando unos segundos con un gorgoteo gutural. A continuación, con un hilo de voz rasgada, contestó:

—Veo que al final me has traído a la guarida de las alimañas, chaval.

—¡No juegues con nosotros! —escupió Lucas propinándole un golpe en el estómago.

El padre de Lucas lo dejó caer y el soldado se revolcó en el camastro en posición fetal tratando de recuperar la respiración de nuevo. Se contoneó unos segundos más y después, en contra de lo que cabía esperar, comenzó a emitir una risa queda que, tras unos instantes, se tornó en histérica.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —preguntó el joven.

—Estáis bien jodidos —sonrió con los dientes cubiertos de sangre.

Lucas volvió a propinarle un puñetazo y, cuando estaba a punto de asestarle un segundo, el padre de Marcos lo detuvo.

—Dónde está mi hija —repitió remarcando cada letra.

El guardia civil jadeó con dificultad, pasando la lengua por los labios custringidos. Los presentes aguardaron con expectación la respuesta:

—No tengo ni idea de dónde está.

—No estás en posición de mentir —dijo el padre agachándose junto a su lecho.

—Ya da igual —murmuró—. Me muero. Sé que me estoy muriendo. No hay nada peor que podáis hacerme.

Lucas se abalanzó sobre el hombre e introdujo de nuevo las falanges de los pulgares en las hendiduras que horas antes contenían dos globos oculares. Mientras el hombre se desgañaba y retorció agarrándose a la sábana áspera, el padre de la joven se mantuvo en silencio escrutando aquel rostro cubierto de costras.

—Lucas, para —ordenó—. Para. ¡Para!

El joven retiró las manos cubiertas de sangre con la mirada encendida y la respiración agitada. Los presentes se mantenían impertérritos, evitando dirigir la mirada hacia el hombre y observando a Lucas con pasmo. El gimoteo del guardia civil rebotaba en las paredes húmedas de la cueva con un eco sordo.

—Bien, te lo repito. Dime dónde está.

—Pensaba —tosió antes de repetir—, pensábamos que todo esto lo habíais montado vosotros. Firmo y su chaval me dijeron que había desaparecido, nada más. Estábamos seguros de que se había escondido con vosotros.

—Parece difícil de creer. Ha resultado muy conveniente que mi hija desapareciese para que vosotros pudierais obligar a mi chiquillo a ayudarte a encontrar la cueva, ¿no crees? —musitó rozándole las heridas supurantes con las yemas de los dedos.

—No sé nada más... —murmuró.

—Entonces han sido ellos —masculló la madre de la joven, que continuaba agachada limpiando la oreja de su hijo junto a la entrada—. Esos malnacidos de Firmo y sus chiquillos tienen a mi niña.

—No hay más vuelta de hoja —asintió Marcos desde el suelo con un hilo de voz—. Es como decía Lucas. En la casa solo estaban don Firmo y los señoritos a esas horas.

—Bueno, en realidad también estaba... —intercedió Aurora.

Mientras todos giraban la cabeza para escuchar a la joven, una mirada la atravesó, dejándola paralizada. Era la mirada de su hermano. En su cara podía leer el gesto que utilizaba cuando la obligaba a comer las verduras. Un gesto advirtiéndole de que, si decía una sola palabra más, tendría graves consecuencias. Se quedó petrificada tratando de asimilar todo lo que aquella mirada llevaba implícito.

—Aurora, ¿quién estaba también? —preguntó el padre de Marcos.

—También estaba Leonor, la esposa de Firmo —añadió rápidamente Lucas—. Era eso lo que ibas a decir, ¿no, Aurora?

Aurora asintió con el rostro desencajado.

—No creo que ese maniquí con patas le haya hecho nada a Florinda —repuso el padre de la susodicha con un suspiro cansado.

Había tropezado con su hermano saliendo de la finca de don Firmo el día de la desaparición de Florinda. Cuando se habían topado, Lucas llevaba las manos cubiertas de tierra y polvo, y había insistido en que Florinda no estaba allí. En aquel momento no le había sorprendido la obstinación con la que su hermano le instaba para volver juntos a casa.

Las manos llenas de tierra y polvo de cavar agujeros.

De repente, el guardia civil comenzó a reír de nuevo con un silbido agudo que emanaba de su pecho.

—Sois unas alimañas y no os dais cuenta. Sois lo peor precisamente porque pensáis que sois mejor que el resto. Alimañas —se detuvo para tomar aire con dificultad antes de proseguir—. Creéis que conocéis a todo el mundo a la perfección, pero os ha pasado lo mismo que queráis hacerle a este país. Pensad en quién habéis dejado entrar en vuestras vidas. Quizás no sepáis tanto como pensáis. Quizás no seáis tan buenos. Quizás no sabéis a quién tenéis a vuestro lado.

—Mira, ya me has colmado la paciencia —gruñó Lucas agarrándolo por la pechera mientras lo zarandeaba— ¡Deja de decir chorradas y dime qué has hecho con Florinda!

El hombre comenzó a reír históricamente una vez más.

—¡Alimañas! ¡Alimañas! —su cabeza giraba sin ningún control con cada sacudida.

—¡Dónde cojones está Florinda! —chilló Lucas.

—¡Lucas, suéltalo! —dijo el padre de la joven apartándolo con un empujón.

Conforme se alejó del hombre, agarró la escopeta que había dejado junto a la puerta y, con un paso decidido, disparó.

Estaba acostumbrada a realizar aquel camino en silencio mientras las copas de los árboles, mecidas por el aire tórrido, arrastraban el olor de la vegetación. En aquellos instantes, sin embargo, lejos de reconfortarla, el sonido de las ramas balanceándose rasgaba su garganta como una cuchilla afilada.

No podía creer que su hermano hubiese hecho algo así. Lo observó caminando frente a ella. Con cada paso machacaba las hojas de pino secas que cubrían el camino. Llevaba los puños cerrados y su cuerpo parecía agarrotado, pero, por lo poco que podía deducir viéndolo de espaldas, parecía indiferente tras lo que acababa de ocurrir.

Siempre había considerado a Lucas como una persona severa, incluso cuando no eran más que unos niños. Él sí recordaba a su padre y la época en la que vivían en el caserón. Recordaba haberlo perdido todo. Pero, sobre todo, recordaba quién se lo había arrebatado, y se encargaba de repetírselo a sí mismo en voz alta a diario. Compartían el mismo espacio diminuto para dormir y llevaba escuchándolo susurrar entre sueños desde que tenía memoria. Su hermano se había mostrado siempre trabajador, siempre correcto. Luchando por la causa. Sí, era una persona severa, pero también con las ideas claras. Sin embargo, lo que había hecho era algo más que tener una actitud severa; acababa de matar a alguien delante de todo el mundo. Delante de ella. Y no solo eso, lo que insinuaba aquel hombre es que alguien del grupo había...

De repente, Lucas frenó en seco.

—Si tienes algo que decir, dílo ya —no se había girado para pronunciar esas palabras. Aurora observó que sus puños habían pasado del rojo al blanco.

—Lucas, yo... —susurró Marcos, que se había mantenido entre los dos hermanos todo ese tiempo—, no —negó con la cabeza agachada—, no tengo nada que decir.

—Ese cabrón casi te mata. Os arrastré a los dos casi una hora andando hasta la cueva ¿Qué te parece un “gracias”? —espetó.

Marcos abrió la boca sorprendido antes de contestar:

—Nunca podré agradecerte lo que has hecho hoy por mí, Lucas. Te lo digo de corazón —levantó la cabeza de nuevo y apoyó la mano sobre su hombro—. Pero tienes que entender que ese hombre podía tener la clave sobre lo que ha ocurrido con mi hermana. No tenías que haber...

—Estaba a punto de morir —lo interrumpió girándose y frotando el dorso de la mano bajo su nariz. Tenía los ojos enrojecidos y las lágrimas comenzaban a anegar sus carúnculas—. Era un cabrón y se iba a morir de todas formas. Se estaba desangrando. Solo decía chorradas. ¡No decía más que estupideces y se iba a morir de todas formas, joder! —chilló.

Con la última palabra, Marcos lo atrajo hacia sí y abrazó a su amigo, que rompió a llorar sobre su hombro.

Aurora había observado la escena en silencio. El nudo en su garganta había ido apretándose hasta dejarla sin respiración. Lucas estaba abrazando a Marcos.

No podía haberle hecho nada a Florinda. Su hermano no era capaz de hacer algo así. Si le hubiese hecho algo a su Florinda, no podría abrazar a Marcos como si nada.

A no ser que lo abrazase precisamente por eso. Porque no soportaba lo que le había hecho a Florinda.

—La vamos a encontrar, Lucas —sollozó Marcos. Se dispuso a acariciar su pelo, pero retiró la mano en el último momento—. Venga, hombre, demuestra que tienes un par de huevos —dijo, obligándolo a incorporarse y dándole dos golpes enérgicos en la espalda—. Ese cabrón se lo merecía, como tú dices. Mira cómo me ha dejado la cara —sonrió con tristeza con el rostro todavía inflamado tras los golpes.

Lucas se frotó los ojos con el dorso de la mano y, sorbiendo enérgicamente los mocos, repuso:

—Esa es otra. ¿Cómo vas a explicar en el caserón lo que ha ocurrido?

—Ya me inventaré algo, no te preocupes —contestó el joven echando a andar ladera abajo con paso seguro.

—Esto es serio, Marcos. ¿Saben que has venido con el tipo ese a buscar a tu hermana? —alzó la voz mientras su amigo se alejaba.

—¡Ya me inventaré algo! —repitió en la distancia con la mano alzada.

Lucas lo observó pensativo unos instantes y después, encogiéndose de hombros, siguió sus pasos.

Anduvieron el resto del camino con el sonido de las ramas de pino secas crujiendo bajo sus pies.

Tendría que preguntárselo abiertamente. “¿Lucas, por qué me has obligado a ocultar que estabas en Los Manantiales el día en que desapareció Florinda?”. Y, ¿qué le respondería él?

Quizás su hermano no tuviera nada que ver. O, quizás, supiera algo que no podía decir. Puede que alguien lo estuviera presionando. Don Firmo, por ejemplo.

“Tiene que ser algo así. Hay otra explicación para todo esto, seguro”, pensó llevándose las manos al pecho.

Pronto la ladera comenzó a perder pendiente. Los árboles empezaban a clarear y a distanciarse, dejando a cubierto el suelo yermo y rocoso bajo la capa de hojarasca seca. Tras unos instantes, frente al grupo de jóvenes se abrió un enorme bancal cubierto de espigas doradas. A una docena de metros se distinguía el camino que llevaba al pueblo a la izquierda y la finca de don Firmo hacia el lado contrario.

—Yo debería volver al cortijo —repuso Marcos—. Y rápido, antes de que nos vean juntos. Llevo demasiado tiempo desaparecido y la situación ya es bastante complicada como para empeorarla aún más.

Se despidieron con un gesto de mano mientras el muchacho cruzaba el bancal. La muchacha todavía estaba agitando el brazo en el aire y decidiendo qué palabras utilizaría para hablar con su hermano, cuando sintió cómo su garganta se comprimía, en esta ocasión de manera física y externa. De súbito, se encontró volando por los aires y, tras unos instantes, su espalda golpeó el tronco de un árbol.

Lucas la observaba con la mirada llena de odio y el brazo estirado aferrando su cuello.

—Si alguna vez se te ocurre decir algo, te mato, Aurora.

El golpe, junto a la falta de aire, le hizo sentir un hormigueo en el interior de su cráneo, justo detrás de la nariz. Trató de susurrar el nombre de su hermano, pero fue incapaz de emitir sonido alguno más allá de un quejido gutural.

—Yo no estaba ese día en el caserón. Si dices a alguien que estuve allí, te juro que te mato. No es ninguna broma.

Con cada palabra había ido aumentando la presión sobre su garganta, y Aurora podía sentir las cuencas de sus ojos a punto de estallar.

Pasaron unos segundos y, repentinamente, su hermano deshizo la presa. Aurora cayó sobre sus rodillas aferrando su propio cuello mientras inhalaba y exhalaba a toda velocidad.

—Esa guarra se lo merecía, provocándome todos los días —escupió Lucas— Levántate —ordenó—, vamos a casa.

Aurora trató de incorporarse gateando y luchando por recuperar la respiración. Avanzó como pudo arrastrándose por el suelo, demasiado asustada para considerar desobedecer el mandato de su hermano. Este, entretanto, había echado a andar frente a ella.

—¿Qué has hecho Lucas? ¿Dónde está Florinda? —masculló con un jadeo.

No obtuvo respuesta. Consiguió erguirse y se tambaleó por el rastro de trigo seco y pisoteado que su hermana dejaba a su paso. El calor y la falta de aire hacían que todo diera vueltas a su alrededor. No podía llorar, su hermano no lo consentiría en aquella situación.

Caminaron por el trigal hasta alcanzar el camino y, una vez allí, se dirigieron al pueblo con paso lento, pero firme. El sofoco y el silencio la estaban matando, y tenía la garganta seca. Trató de aguantar, como había hecho siempre. Solo quedaban un par de minutos para poder beber y descansar. Doblaron la primera esquina del pueblo y remontaron el trazado de tierra seca de la calle. Fue incapaz de levantar la mirada al pasar junto a la casa de la Amalia.

—Se murió hace treinta años y aún no puedo mantener la cabeza alta cuando paso por delante de su fachada —dice Aurora.

Tras unos instantes, vislumbraron al fin los escalones que daban acceso a la vivienda. Aurora necesitaba reposar un minuto, tumbarse en el catre. La puerta de la casa estaba abierta de par en par, como siempre que su madre estaba en casa, pero no había sacado los taburetes fuera como acostumbraba a hacer anticipándose a la hora de la fresca.

—Qué raro, a estas horas mamá aún está en Hoyofondo. ¡Madre, ya hemos vuelto! —anunció Lucas cruzando el soportal con la cabeza gacha para evitar golpear el marco.

Mientras subía el escalón que conducía al interior de la vivienda, Aurora se topó de bruces con la espalda de su hermano.

—No —le escuchó murmurar.

—Lucas, qué...

Lucas se mantuvo unos instantes callado. Después, empujó a Aurora a un lado y echó a correr calle abajo una vez más.

—¡Voy a buscar ayuda! ¡Tú escóndete, Aurora! —chilló sin cejar la marcha.

Boquiabierta, lo siguió con la mirada hasta que desapareció al doblar la esquina. Giró la cabeza con miedo a lo que pudiera encontrar dentro.

Habían destrozado su casa.

No había apenas nada que destrozar y, sin embargo, habían conseguido destruir sus escasas pertenencias. Caminó hacia el interior de la morada y sorteó los taburetes de madera volcados y cubiertos de ceniza procedente del hogar. Pasó junto a la mesa de tablones de madera vista, que había sido arrojada desde la otra punta de la sala y entró a la cocina. El rústico aparador estaba hecho pedazos y los restos de la vajilla se diseminaban por todas partes a lo largo de la estancia. Anduvo sobre los fragmentos y observó con la mirada perdida uno de los platos que había sobrevivido a la caída. Se agachó a cogerlo. Era el plato con la cenefa rojigualda y el aguilucho.

Se habían llevado a su madre.

Tenía que hacer algo. Así que hizo lo único que sabía hacer. Lo único que le había funcionado hasta el momento.

Echar a correr.

Los iba a matar.

Acababa de matar a ese cabronazo. Podía volver a hacerlo.

Le habían quitado su hogar. Le habían dado una paliza a Marcos, y le habían arrebatado a su padre. Y ahora querían hacer lo mismo con su madre. Esta vez no sería uno, sino todos los hijos de puta que habían llegado al pueblo. Iba a matarlos a todos.

Llegó al pequeño cañón en el que se ocultaba la gruta y descendió por la pendiente apoyándose en las rocas con dos saltos ágiles mientras su pecho se congestionaba por el esfuerzo.

Sabía cómo tenía que actuar. Toda su vida se había dedicado a ello. Bastaba con cambiar el tono, sugerir lo que la gente esperaba escuchar, para activar la respuesta deseada. Solo esperaba que ese hombre, el padre de Marcos, no decidiese joderlo todo. Por algún motivo parecía haberse autoproclamado el jefe de los maquis. No lograba entender cómo podían aceptar la autoridad de un hombre que había decidido esconderse como una rata en lugar de seguir luchando.

“Porque ellos también son unas ratas”, gruñó en su cabeza.

Odiaba reconocerlo, pero, en cierta medida, ese guardia civil llevaba razón. Aquellas personas eran las mismas alimañas que habían permitido que su padre muriera. Pero esta vez no. No iba a permitirlo. Era su oportunidad. Por fin había llegado el momento. Haría salir a las ratas del nido y recuperaría lo que le pertenecía. Lo que legítimamente era suyo.

—¡Tienen a mi madre! —chilló mientras cruzaba el umbral— ¡Se la han llevado!

—¿Cómo que se la han llevado? —preguntó un hombre de mejillas secas y semblante cadavérico acercándose a toda velocidad junto al resto de los milicianos.

—Cuando hemos llegado a casa, ellos... Mi... madre... Estaba todo por el suelo —jadeó por el cansancio— ¡Han entrado y se la han llevado!

—Calma, Lucas, tranquilízate —repuso el padre de Marcos, que había dado un paso adelante separándose del grupo—. Toma aire un segundo y cuéntanos qué ha ocurrido.

—He llegado a casa y la puerta estaba abierta de par en par —las palabras brotaban a borbotones de su garganta—. Cuando he entrado, estaba todo destrozado y los muebles volcados por el suelo. La han tenido que coger vendiendo en Hoyofondo. Ellos lo saben, saben de dónde vienen las joyas —masculló señalando al cadáver cubierto por una manta que aún yacía en el catre—. Un pueblo como este no necesita cuatro guardias civiles para nada. Los han traído por eso, lo sabían todo. Marcos lo dijo, el tipo sabía lo que buscaba. Saben dónde estamos, cómo nos mantenemos.

—Ay, Dios mío, pobre Julita —susurró la madre de Florinda santiguándose aferrada a la mantilla que cubría sus hombros.

—¡Tenemos que hacer algo! —decretó el joven— Ha llegado la hora de que actuemos de una vez por todas.

—Lucas... —empezó a decir el padre de Marcos.

—¡No! Tenéis que escucharme. ¿No lo entendéis? Saben que estamos aquí —la adrenalina corría por la boca de su estómago. No podía permitirse perder el control de la situación—. El monte es grande, pero, tarde o temprano, acabarán localizándonos. Si no es hoy, será mañana, y si no el mes que viene, pero este lugar ya no es seguro.

Un murmullo de preocupación circuló entre los presentes.

—Además —prosiguió—, ya les hemos dejado hacer lo que les ha venido en gana durante mucho tiempo. Mi familia ya ha sufrido lo suficiente.

—Lucas, todos hemos sufrido aquí —intercedió el líder de los guerrilleros—. Vivir en estas condiciones durante años es peor que el infierno. Ver cómo tu hija desaparece o casi matan a tu hijo... es algo que hay que vivir para entender. Robustiano perdió a su hermano en el frente —señaló al hombre de semblante cadavérico tras él—. Gertru, a su marido Antonio, fusilado. Todos los que estamos aquí hemos sufrido, y, precisamente por eso, porque hemos sufrido, sabemos que ya es suficiente. No vamos a derramar más sangre inútilmente.

—¡Pues entonces haced algo! ¡Actuad! —contestó dirigiéndose al grupo e ignorando deliberadamente al hombre— ¿Qué sentido tiene todo este dolor si cuando llega el momento de moverse nos quedamos aquí parados? Somos la resistencia. Aquí escondidos ya no podemos hacer nada ¡Cambiad las cosas! Primero ha sido Florinda, después Marcos y ahora mi madre. Aunque no hagamos nada, la sangre sigue corriendo.

¿Quién va a bajar a Hoyofondo por dinero ahora? ¿Quién os traerá comida? No ha pasado ni una semana desde que llegaron los nuevos guardias y ya van tres bajas. Uno de ellos casi llega hasta aquí. ¿De verdad creéis que podréis aguantar mucho tiempo más aquí? Por el amor de Dios, ¡si casi no ganamos dinero para mantenernos a nosotros mismos!

El susurro generalizado pasó del desasosiego a la aprobación. Sin embargo, de entre la muchedumbre, emergió una mujer a la que Lucas reconoció como Gertru, la tejedora. Dando un paso al frente con un dedo acusador, la mujer proclamó:

—¿Te atreves a decir que nos estáis manteniendo?

—Yo no he dicho eso —respondió sorprendido el joven, que no esperaba aquella reacción desproporcionada por parte de la miliciana.

—¡No, pero lo has insinuado! Mira, criaturro, aquí hemos aguantado a base de deshacernos de las pocas cosas que teníamos y dárselas a tu madre. Y, qué quieres que te diga, sigo sin creerme que con el anillo de la boda solo haya podido comprar carne para un mes.

—Gertru, por favor, no vuelvas al mismo tema de siempre... —suplicó la madre de Marcos.

—¡Sí! ¡Vuelvo al mismo tema de siempre! ¿Cómo es posible que cueste tanto un kilo de carne, y que aún encima sea siempre casquería? —el dedo no paraba de revolotear a diestro y siniestro señalando a todos los presentes uno por uno.

El murmullo comenzó a transformarse en agitación, mientras el nivel de voz de los presentes se elevaba.

—¿Es que no te enteras, mujer? ¡Porque la guerra ha dejado este puñetero país en la ruina! —intercedió uno de los hombres.

—Sí, eso dicen. Pero llevamos aquí no sé ni los años, ¿de verdad no han cambiado las cosas después de todo este tiempo? Les hemos dado todo lo que teníamos a esta gente, ¿y qué tenemos a cambio? ¡Nada! Les damos nuestras joyas a los ricachones de Los Manantiales y nos devuelven mendrugos de pan seco y cecina una vez a la semana. ¿Cómo te crees que consiguió su familia quedarse esa finca? ¡Aquí todo sigue igual que siempre!

La discusión había empezado a diseminarse entre los presentes, que emitían gritos de aprobación y desaprobación a partes iguales a lo largo de la estancia.

—¡No voy a consentir que hables así de mi familia! —explotó Lucas, que hasta el momento había observado perplejo la escena— ¿Tú has visto dónde vivimos? ¿Cómo vivimos? Mi madre está encerrada porque se la ha jugado cada día desde hace años para conseguir traer algo de dinero y comida a esta cueva. ¡Lleva años ayudándoos! Y, ahora que necesita vuestra ayuda, ¿me vienes con esas?

—¿Y qué propones que hagamos? —preguntó entre los gritos el hombre que se había acercado hasta la entrada a su llegada.

La pregunta atrajo la atención de algunos de los presentes, que detuvieron sus conversaciones para escuchar la respuesta del joven, transformando el griterío primero en un murmullo y, finalmente, en silencio. Lucas tragó saliva. No tendría otra oportunidad.

—Somos más —dijo tratando de modular su tono de voz para hacerlo más apacible—. En el cuartel solo hay cuatro guardias, los dos de siempre y dos nuevos, y uno ya ha causado baja. Además, contamos con el factor sorpresa. Lo que propongo —hizo una leve pausa—, es que bajemos todos hasta el pueblo, asaltemos el edificio y saquemos a mi madre de ahí y, con un poco de suerte, también a Florinda —añadió mirando fijamente al padre de la joven a los ojos.

El hombre se mordió el labio, ponderando las palabras del muchacho. Los maquis parecían esperar su respuesta como un signo de aprobación. Abrió la boca, dispuesto a replicar, pero se retractó en el último segundo. A continuación, la abrió de nuevo y preguntó:

—¿Y después?

—Después, ya veremos.

—¡Abre la puerta!

La voz retumbaba en la fachada de los edificios, y, a pesar de encontrarse en la calle principal del pueblo, no había ni un alma. Hacía demasiado calor. La gente solo salía de sus casas para las cosas importantes, y nada de lo que estaba ocurriendo parecía importarle a nadie.

Aurora estaba sudando a chorros. Correr ya no despejaba el calor. Levantaba el aire, pero este la abrasaba aún más. Sintió las rodillas fallar, pero le resultó imposible discernir si era debido al cansancio o al miedo.

No iba a conseguir nada haciendo aquello, pero no se lo ocurría qué otra cosa podía hacer.

—¡Por favor! ¡Leo, ábreme!

La muchacha separó la puerta del marco por una estrecha rendija y la observó con suspicacia.

—¿Para qué? ¿Para que vuelvas a atacar a la Reme como hace un rato?

—¡Necesito ayuda, por favor, Leo! ¡Déjame entrar! —suplicó.

—No sé qué te pasa Aurora, pero últimamente estás... histérica —dijo Leo observando con desconcierto el rostro de su amiga. Su melena, normalmente suelta y lisa cuando quedaban, lucía enmarañada y cubierta de polvo, lo que no ayudaba a complementar en el constante temblor de piernas y la mirada enfebrecida.

—¿Qué quiere? —escuchó decir a una voz al otro lado de la puerta— ¿Volver a contarte con quién ha fornicado?

—Pensaba que eras mi amiga... Te lo estoy rogando, suplicando, Leo —sollozó Aurora.

—Mira, Aurora, no sé qué es lo que quieres, pero creo que es mejor que te marches antes y pienses en lo que...

—¡Van a matar a mi madre! —rugió golpeando la puerta con la palma de la mano.

Leo la observó con un rostro lívido que, rápidamente, comenzó a adquirir un tono rojizo.

—¡La van a matar y os da igual a todos! —siguió desgañitándose mientras golpeaba la puerta con cada palabra.

Conforme terminó de pronunciar la última letra, su amiga abrió la puerta por completo.

Aurora se arrojó para abrazarla y se rompió entre sus brazos.

La joven la sostuvo con fuerza, llorando junto a ella. Notaba los pelos de sus bucles cosquilleando sus mejillas, el olor a jabón de sosa que cubría su ropa áspera tras demasiados lavados. De toda ella manaba un calor sofocante, pero, por primera vez, sentía que se trataba de una sensación reconfortante, familiar. Estaba rota, pero Leo no pensaba dejar caer los pedazos.

Le resultó imposible calcular cuánto tiempo llevaban en esa postura, cuando escuchó la voz de la Reme en el soportal declarando:

—Se lo merece. La gente como tu madre tiene la culpa de que el país esté así ahora mismo. Si pensabas que íbamos a ayudarte la llevas clara.

Las muchachas se separaron. Aurora estaba a punto de interceder, cuando le sorprendió ver a Leo apartándola de un empujón para dar un paso al frente.

—¿Aurora te está diciendo que van a matar a su madre y, antes de que haya podido pedirte ayuda, ya se la estás negando? ¿Que se lo merece? ¡¿Quién eres tú para decidir eso?! —había ido elevando el tono de voz con cada palabra, y el rostro parecía haber acumulado tanta sangre que diminutas aureolas blancas habían comenzado a aparecer a lo largo de la cara.

—¡¿Y tú quién te crees que eres para hablarme así?! —contraatacó la Reme dando un paso hacia adelante.

Leo, que parecía haberse henchido de valor y arrojo por primera vez en su vida, se desmontó de inmediato al verse presionada de cerca por la joven.

—¡Es mi amiga, y estás en su casa! —intervino Aurora— Así que, si no te gusta, ¡te largas! —clamó dirigiéndole una mirada exaltada.

—Que si me largo, dice. ¡Pues claro que me largo! —berreó pasando junto a las dos amigas— ¡A mí no me habla así nadie, faltaría más!

La Reme cruzó el soportal y giró de inmediato en dirección a la plazuela del ayuntamiento.

La observaron alejarse con paso altivo y la cabeza elevada. Cada golpe de talón parecía destilar ira, como si estuviese descargando las ganas de golpearlas contra el suelo. Después, las dos amigas se miraron la una a la otra con gesto compungido.

—¿Cómo sabes que la van a matar? —preguntó Leo— ¿Qué ha hecho tu madre para que puedan hacerle algo así?

—Creo que la han pillado contrabandeando en Hoyofondo —supuso Aurora.

—¿Y eso es tan terrible como para asesinarla? —se sorprendió la muchacha— Yo no creo que maten a alguien por...

—Es por don Firmo —mintió Aurora sin dejarle acabar. La verdad era demasiado complicada para explicarla en aquellos momentos, así que decidió improvisar una excusa plausible—. Se la quiere quitar de encima para que no pueda reclamar los Manantiales. La han acusado de un montón de cosas que no ha hecho, como vender joyas robadas.

—¿Y qué podemos hacer nosotras? —inquirió Leo, que aún mantenía el color y las manchas en el rostro y se frotaba con cuidado las comisuras de los ojos mientras cruzaba al interior de la vivienda.

—No lo sé. Quería pedirle ayuda a la Reme para que hablase con su padre. Sé que no tiene ningún sentido, sobre todo después de lo de esta mañana, pero no se me ocurría ninguna otra idea —contestó siguiéndola por el pasillo de la entrada.

—Pero... ¿tú estás segura de todo eso que me has contado?

Aurora tragó saliva y asintió.

—Oye, Leo, yo... Sé que ya te lo he dicho, pero... lo siento. Lo de Alfredo es una historia muy larga, y... tendría que habértelo contado. Todo, desde el principio. Lo que pasa es que... tenía miedo. Tenía miedo de lo que estaba haciendo. No sabía qué ibas a pensar de mí, y nadie podía saber lo que estaba pasando entre nosotros. Bueno, en realidad no lo sabía nadie hasta esta mañana. Ahora lo saben Pino y don Firmo. Y tú. Y, cómo no, la Reme. Y ahora lo sabrá todo el pueblo. Tenía miedo de perderlo —notaba el picor de sus ojos enrojecidos, pero no parecían quedarle más lágrimas en el cuerpo que pudiera arrojar. Era la segunda vez que la recorría aquella sensación en un día que parecía no

acabar nunca—, porque lo quiero. Sé que suena raro, pero lo quiero —dijo con voz suplicante—. Si supieses todo lo que hemos compartido este año, lo que hemos hablado sobre nosotros, sobre el mundo. Y, ahora —le tembló la voz—, cuando se enteren mi madre y mi hermano... —un escalofrío recorrió su espalda al mencionar a Lucas. Negó con la cabeza— No quiero pensarlo.

Leo había escuchado a su amiga con la cabeza gacha haciendo una bola de tela con los volantes del faldón.

—No sabía qué te pasaba, Aurora. Habías... —susurró sin levantar la cabeza tras una pausa— cambiado. Hablabas de cosas raras, de cosas de las que nunca habías hablado antes. Cosas que no entiendo. Me daba miedo. Aquí no hay nadie más. Solo te tengo a ti. El resto del pueblo está lleno de adultos y ancianos, y es como... como si no existieran. Como si fueran sombras. Solo trabajan y se encierran en casa. Tenía miedo de perderte, y te sentía tan lejos... —apretó los puños y, tras unos instantes, deshizo la presión, dejando al descubierto el estampado de la falda arrugada— Cuando me lo contaste, estaba la Reme y ella... Yo... —las gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas— Lo siento, Aurora. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, Leo. No seas tonta —respondió alzándole la barbilla para después devolverle el abrazo—. Perdóname.

Al parecer, aún le quedaban lágrimas.

Se mantuvieron de nuevo en esa posición, meciéndose en un baile suave. Una certeza invadió a Aurora mientras se balanceaban. Daba igual si las dos estaban rotas. Mientras se tuviesen la una a la otra, se mantendrían unidas. No sabía por qué, pero lo sabía. Leo siempre sería su amiga.

De repente, el ruido de unos nudillos golpeando la puerta las sorprendió, deshaciendo el hechizo. Se separaron mirándose a los ojos, asustadas. Tras unos segundos de duda, Leo dirigió la mano hacia el pomo de la puerta. Observó a Aurora, esperando su aprobación. Los golpes volvieron a hacer retumbar la madera, en esta ocasión con más insistencia. Leo pareció dudar y Aurora asintió.

—Hazlo —dijo en un susurro casi imperceptible.

La joven giró el tirador y empujó la puerta hacia el interior de la vivienda.

Al otro lado, la Reme miraba hacia el techo del soportal.

—No conozco a tu madre y no sé si se merece nada —dijo sin apartar la mirada del techo—. Aun así, yo no puedo ayudarte. Ya es demasiado tarde.

Aurora trató de asimilar todo lo que escondían aquellas tres palabras, que la golpearon en el pecho como un mazo. Aquello no podía estar ocurriéndole a ella. No de nuevo. Súbitamente, un sonido de explosiones retumbó en la distancia.

—Lo siento —dice la Reme.

—No disfruto haciendo esto —anunció el hombre en voz alta enrollando las mangas de la camisa uniformada—. Nadie en su sano juicio lo hace. Por eso suelen coger a gente a la que le falta un tornillo para este trabajo.

El militar arrastró la silla unos centímetros y la giró hasta que el respaldo quedó apuntándola. Después, se sentó apoyando los dos antebrazos cubiertos de pelo sobre la madera.

—A mí no me falta ninguno, pero mis padres me enseñaron algo. Que uno siempre debe cumplir con su deber —le dirigió una mirada fría— ¿Sabes? He hecho esto más veces de las que me gustaría. Está en tu mano ahorrarnos a ambos este trámite.

Julia se había mantenido con los ojos cerrados hasta ese momento.

Veintiséis veces. Había repetido la oración de San Antonio de Padua veintiséis veces. Al igual que a aquel hombre, su madre le había enseñado algo.

“Si repites treinta veces esta oración, cualquier mal se espantará, igual que él deshizo la tormenta a través de la oración”.

Todavía le faltaban cuatro.

Abrió los ojos. La sala se encontraba casi a oscuras, así que no necesitó adaptarse a la luz. No había ventanas y un pequeño candil al que habían acoplado una bombilla de manera rudimentaria arrojaba un juego de sombras sobre las paredes grises que, salvo por un enorme crucifijo, se encontraban desnudas.

Dirigió los ojos a la cruz. Después, bajó la mirada hasta encontrarse con la de aquel hombre.

Le sorprendió encontrar tristeza en ella.

Había, sin embargo, también un brillo de confianza. Aquel hombre iba a torturarla si no le decía todo lo que sabía. Solo le quedaba rezar.

—Mujer, sé sensata. Vas a acabar cantando —enarcó ligeramente las cejas, aguardando una respuesta—. Por favor.

Julia cerró los ojos de nuevo y continuó musitando la oración. El militar esperó unos segundos más. Después, suspiró y, golpeándose el regazo para tener una superficie en la que apoyarse, se levantó con un quejido.

—Supongo que no me queda otra. Vamos allá.

El militar se aproximó al escritorio, sobre el que había desplegado los útiles de tortura. Abrió una bolsa de arpillera y vertió el contenido sobre la mesa. Se trataba de un montón de diminutas estacas de madera astilladas, de entre las cuales hizo una selección atendiendo a los distintos tamaños. A continuación, agarró una maza en miniatura y se plantó frente a la mujer, que seguía con los ojos cerrados.

No había necesitado acercarse para saber que lo que la mujer susurraba era algún tipo de rezo. Había pasado por aquello en muchas ocasiones. Demasiadas.

—Bendito San Antonio, el más amable de todos los santos, tu amor por Dios y tu caridad por sus criaturas te hicieron merecedor... —escuchó musitar a la mujer con el ritmo pesado de la homilía.

—Última oportunidad —anunció— ¿Dónde se esconden?

Tras unos segundos, agarró la silla sobre la que descansaba Julia y le dio la vuelta de un tirón. A continuación, asió las manos, que se encontraban inmovilizadas con una soga tras el respaldo del asiento. Trató de abrir los puños de la mujer, pero se resistieron.

Abrió su propia mano y seleccionó una de las astillas más finas, que apoyó con cuidado sobre la parte de la palma desnuda que los dedos de la detenida no lograban cubrir. Agarrando el mazo, la clavó hasta la mitad del recorrido de un solo golpe. La mujer aulló y apretó los ojos, que se llenaron de pliegues en la zona de los párpados. Tras unos segundos de jadeos contenidos, siguió recitando la oración.

—Gentil y querido santo, con tu corazón siempre lleno de compasión humana, susurra mi petición al dulce Niño Jesús...

—¿Dónde se esconden?

Aguardó la respuesta unos instantes y seleccionó una nueva astilla. La mujer trataba de cerrar la mano cubierta de callos, pero él había decidido dejar la mitad del clavo al descubierto con una intención: evitar que pudiera cerrar la mano sin terminar de clavar la astilla por sí misma. Procedió a repetir la operación con cada una de las yemas de los dedos. Un grito gutural surcó la estancia a cada golpe.

Una vez terminó de recorrer la mano, observó a la mujer. Esta jadeaba y había abierto los ojos, que observaban fijamente algún punto al otro lado de la estancia. Trazó

el recorrido de su mirada, y dio a parar en la cruz al otro lado de la sala. Contuvo un suspiro y repitió:

—¿Dónde se esconden?

—El más amable de todos los santos, tu amor por Dios y tu caridad por sus criaturas te hicieron merecedor de poseer poderes milagrosos —comenzó de nuevo la cautiva.

El militar apretó las mandíbulas y regresó al escritorio para seleccionar en esta ocasión un grupo de fragmentos de madera de mayor grosor. Recorrió la sala con paso firme y se encorvó sobre las manos de la mujer.

—Susurra mi petición al dulce Niño Jesús, a quien le gustaba estar entre tus brazos, y recibe por siempre la gratitud de mi corazón.

La última palabra se tornó en un chillido desgarrador mientras el hombre introducía una de las diminutas estacas bajo la uña del dedo índice.

—Dónde se esconden.

—¡Bendito San Antonio, el más amable de todos los santos, tu amor por Dios y tu caridad por sus criaturas! —gritó la mujer con los ojos desorbitados fijos en la cruz mientras dos regueros cristalinos se formaban sobre sus pómulos.

El hombre asestó un único golpe, arrancando de cuajo la uña al completo. Un nuevo aullido desconsolado retumbó por la estancia. Procedió de nuevo con el anular.

—¡Con tu corazón siempre lleno de compasión humana, susurra mi petición al dulce Niño Jesús!

—¿Dónde se esconden?!

Dos hilos de sangre procedentes del lugar donde antes se encontraban las uñas goteaban sobre el suelo de cemento irregular. Con la respiración agitada a pesar de la falta de esfuerzo físico, el hombre clavó de nuevo la punta de la madera sobre el borde del dedo meñique, insertándola de un mazazo y haciendo saltar por los aires otra uña, que cayó en el suelo como una concha vacía abandonada sobre la orilla del mar.

La mujer se revolcó en la silla mientras trataba de desasirse de pies y manos con un chillido.

—¿Dónde se esconden?!

—¡El más amable de todos los santos, tu amor por Dios y tu caridad por sus criaturas! —repitió a toda velocidad con voz rota a la cruz sin dejar de revolverse.

Mientras se agitaba para intentar librarse de las ataduras, la prisionera había cubierto el dorso de sus manos de la sangre procedente de las heridas. Aun así, seguía resultando evidente el lugar donde tenía que clavar la siguiente astilla. Procedió con el pulgar.

—¡Gentil y querido santo, con tu corazón siempre lleno de compasión humana!

—¡Dime dónde se esconden! —chilló él en esta ocasión mientras retiraba el mazo.

Solo quedaba un dedo sin mutilar. Apoyó la última esquirra de madera sobre la yema del dedo y, cogiendo aire, la insertó hasta el fondo del corazón.

—¡Dime dónde cojones se esconden! —sentía un zumbido latiendo en sus sienes.

—¡Susurra mi petición al dulce Niño Jesús, a quien le gustaba estar entre tus brazos, y recibe por siempre la gratitud de mi corazón! —terminó de recitar la mujer con un grito sordo.

Se mantuvo con la boca y los ojos abiertos de manera antinatural, observando la cruz con la mandíbula desencajada.

El militar la observó perplejo. Parecía haberse quedado petrificada en un estado de éxtasis, expectante a que ocurriera algo. Se enjuagó el sudor de la frente y, tras observarla unos instantes, se aproximó de nuevo a la mesa para repetir el proceder con la mano opuesta.

Cuando se aproximó a ella, la detenida pareció volver a ser consciente de su entorno con un ligero respingo. Bajó la mirada y lo observó con un rastro alucinado y febril. A continuación, cerró la boca y comenzó a llorar desconsoladamente.

—No... No, no, no —empezó a repetir con cada una de las subidas y bajadas del pecho provocadas por el llanto.

—Vamos con la otra mano —anunció el guardia civil agachándose una vez más—. Puedes decirme dónde están o...

La última palabra fue interrumpida por un sonido grave que hizo retumbar las paredes. El militar, sorprendido, se incorporó de inmediato, afinando el oído. Parecía haberse formado un revuelo tanto fuera como en el interior del edificio. Un ruido de pisadas recorrió el pasillo aproximándose a toda velocidad y, tras unos instantes, la puerta se abrió de un portazo. Al otro lado apareció un joven uniformado.

—¡Nos atacan!

—¿Que nos atacan? ¿Cómo que nos atacan? ¿Quién nos ataca? —preguntó atónito el militar.

—¡Los maquis! ¡Estamos movilizándolo a todas las tropas del edificio de al lado!

Tras él, la mujer había cesado el llanto. Con los párpados pesados y la boca pastosa, anunció antes de desmayarse:

—Ahí están.

La adrenalina tras la conversación con los guerrilleros solo había ido en aumento.

Lucas esquivó un pino y se escondió tras una enorme roca. Sentía la respiración desbocada en su pecho, la tensión acumulada en sus extremidades. Miró hacia atrás y contempló al resto de milicianos ocultarse tras los árboles dispersos que anunciaban el fin de la pineda.

—Esto es tan raro —escuchó susurrar a la madre de Marcos a sus espaldas—. Después de tanto tiempo, bajar hasta el pueblo para esto...

—Tranquila —contestó su pareja tras el árbol contiguo—, todo va a salir bien.

Eso esperaba. Las manos del matrimonio emergieron de entre los troncos para entrelazarse.

—Aún estás a tiempo de volverte —sugirió, o casi rogó, el hombre.

—No, cuantos más seamos, más fácil será sacar de ahí a Florinda —atajó la mujer.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó mirándolo desde demasiado cerca un hombre de rostro enjuto que acababa de esconderse tras la misma roca que él.

—No esperan que atacemos y, además, son menos que nosotros —le respondió Lucas mirando de nuevo al frente y oteando el horizonte con el ceño fruncido—. Iremos derechos al cuartel y tiraremos la puerta abajo. Tenemos que ser rápidos. Entramos, sacamos a mi madre y a Florinda, y salimos.

—Un momento —el padre de su amigo se deshizo de la mano de su esposa, asomándose al otro lado del árbol—. Si hacemos eso van a vernos todos en el pueblo ¡Ya no tendremos opción de escondernos!

—¿Se te ocurre alguna otra idea? —respondió el joven girándose de nuevo.

El hombre, que estaba apoyado con el perfil medio oculto tras el tronco, le dirigió una mirada lánguida. Después, negó con la cabeza.

—Solo espero que no nos arrepintamos de esto, Lucas.

Lucas lo observó unos instantes y asintió.

—Si sale mal no habrá oportunidad de arrepentirse —susurró mirando al frente una vez más.

—Así que vamos a entrar de lleno, sin más —escuchó mascullar para sí mismo al hombre que le había formulado la pregunta.

Escudriñó el camino al otro lado del trigal una vez más. Después, cerró los párpados y cogió aire hasta llenar los pulmones. Lo retuvo unos momentos. El cielo había comenzado a nublarse, lo que provocaba que la sensación de bochorno aumentase. Abrió los ojos. Frente a él, las espigas, que habían permanecido inmóviles hasta el momento, comenzaron a agitarse.

Era el momento.

Con un gesto de mano, se precipitó sobre el bancal indicando a los milicianos que avanzasen. El grupo, armado con rifles que colgaban sobre sus hombros encorvados, recortó la distancia campo a través. En menos de un minuto llegaron a la carretera, que se encontraba, como ocurría la mayor parte del tiempo en aquel sitio, desierta.

Se irguieron y continuaron a toda velocidad en dirección al pueblo, dejando la finca de Firmo a sus espaldas. El aire parado golpeaba sus rostros, como si se abrieran paso a través de una cortina de agua. “No”, pensó Lucas. “Este aire seco es lo contrario al agua”.

No tenían carabinas, ni rifles *per se*. Algunos de los que habían combatido durante la guerra conservaban parte del equipamiento, y habían sido ellos los encargados del mantenimiento del escaso arsenal del grupo. Sin embargo, la gran mayoría portaban escopetas de caza demasiado antiguas o, en el peor de los casos, poco utilizadas.

Cruzaron el pasillo formado por las primeras hileras de edificios que daban forma al pueblo. Tendrían que recorrer la calle Mayor para alcanzar la plaza del ayuntamiento. Aunque pasar desapercibidos no fuera una opción, debían ser tan silenciosos como les fuera posible para no advertir al enemigo de su llegada.

—¡Vamos, vamos! —escuchó espolear entre susurros a un hombre a sus espaldas. Por el tono de voz, más que a sus compañeros, parecía estar tratando de infundirse ánimos a sí mismo.

Giró la cabeza para observar el proceder de sus compañeros. Muchos contemplaban anonadados el grupo de edificios que en algún momento habían sido parte de su vida y que, en aquellos instantes, parecían la sombra de un pasado repleto de tristezas e incertidumbre.

Lucas ojeó las fachadas. Las ventanas estaban cubiertas en su mayoría por cortinas de encaje blanco. Aunque resultaba complicado discernir los detalles en movimiento, habría jurado que algunos telones y contraventanas se iban cerrando a su paso. En el fondo, había albergado la esperanza de que más gente se uniera a su lucha llegado el momento. Era como si el padre de Marcos llevara razón. Estaban cansados de librar una batalla que no era la suya.

“Pero esta batalla sí es la mía”.

Pasaron por delante de la carnicería de Sebio y, en cuestión de minutos, alcanzaron el punto al que se dirigían.

Lucas se sorprendió al encontrar a un guardia civil descansando sobre el muro de la comandancia al otro lado de la plaza. El hombre, sin comprender del todo la situación durante los primeros segundos, observó la llegada del grupo de milicianos con el rostro desencajado. Después, dejó caer el cigarro de entre sus dedos y se dispuso a desenfundar a toda velocidad la pequeña Star reglamentaria que colgaba de su cinto.

Algunos de los insurgentes, que parecían tan sorprendidos como el propio militar de encontrar a alguien allí, se quedaron paralizados. Lucas asió la escopeta de caza que colgaba de su espalda. Llevaba los dos cartuchos cargados y listos para disparar. Mientras retiraba el seguro y accionaba el perrillo, escuchó un estruendo retumbando junto a él. El padre de Marcos había sido más rápido. El militar, que se encontraba apuntando hacia el lugar en el que permanecía de pie el joven, dio un respingo y, tras asegurarse de que la bala no le había alcanzado, recuperó la compostura y disparó.

Lucas sintió el aire revolverse junto a su cabeza. Rebosando adrenalina, levantó el rifle.

“Es como un conejo. Solo es un conejo. Lo has hecho un millón de veces. No puedes fallar”, trató de convencerse sintiendo la escopeta temblar bajo sus dedos.

Apretó con fuerza el arma para evitar que las manos bailasen y accionó el gatillo delantero. Solo era un conejo. El sonido del percutor provocando la pequeña explosión en el interior del rifle contra el cartucho se unió al de otro de los milicianos, que habían disparado simultáneamente. Esta vez, el militar se desplomó chillando sobre el suelo.

—¡Vamos, solo quedan dos! —alzó el rifle con un grito triunfal.

Los guerrilleros se unieron a la celebración con gritos de júbilo y, como un solo ente, corrieron hacia el edificio dispuestos a echar la puerta abajo.

Cuando Lucas alcanzó la fachada del edificio, reconoció el rostro del hombre que yacía sobre los adoquines. No era el otro guardia recién llegado. Se trataba de Eleuterio, el hombre encargado de la seguridad del pueblo desde antes de que él naciera.

Llevaba viéndolo patrullar las calles desde que tenía memoria. Un recuerdo cubierto de luz blanca y romero asaltó sus sentidos. Iba de la mano de su madre. Miró hacia abajo y comprobó que tenía un palo entre las manos. La madera, que tan solo unos minutos antes había sido espada, subía y bajaba con cada golpe que propinaba con los pies. Habían llegado a la parada de autobús. La requenense estaba parada y una persona le dedicaba una sonrisa juguetona mientras subían las escaleras del autocar. El hombre saludaba a su madre utilizando el apelativo de doña. La mujer le devolvía el saludo. “Eleuterio”. Mientras pasaba a su lado, Lucas alzaba el palo y le amenazaba con su espada. El hombre reía y le revolvía el pelo. Entonces, él era un niño, solo un niño.

Ahora lo acababa de matar.

O no. Otras personas habían disparado a la vez que él.

No tenía forma de saber cuál de las balas había sido la causante de su muerte. Lucas observó su rostro. Bajo el pelo cano del hombre se había formado un creciente charco carmesí. Tenía la tez lívida y la mirada perdida. Al fijarse en sus rasgos se percató de que todavía movía los labios y agitaba los ojos de un lado a otro, como si buscara algo con desesperación.

No saber quién había sido el causante de la muerte de aquel hombre le irritaba.

No quería eludir la culpa, porque no tenía ninguna.

Apretó los dientes. Odiaba a aquella persona y odiaba todo lo que representaba. Merecía morir, y deseaba haber sido él quien le hubiese causado aquella herida.

—Madre mía, pero si es Eleuterio... —susurró uno de los rebeldes al pasar junto al cuerpo.

—¡Salid, cobardes! —gritó Lucas tratando de desviar la atención y el ánimo de los combatientes hacia la misión que habían ido a cumplir— ¡Tenemos que echar esta

puerta abajo! —añadió golpeando con el hombro la madera remachada que daba paso al edificio.

Dos de los milicianos corrieron junto a él para ayudarlo. Entretanto, el resto de los miembros de la cuadrilla montaron guardia controlando las contraventanas y la entrada a la plaza. La puerta del edificio era relativamente estrecha, lo que, junto a la construcción maciza, dificultaba la labor.

—¡A la de tres! —gritó— ¡Una, dos y... tres!

Arremetieron contra la madera compacta, que permaneció impertérrita.

—¡Otra vez! —chilló de nuevo— ¡Tres!

Repitieron la embestida hasta en diez ocasiones con idéntico resultado. Lucas sentía el hombro entumecido, pero la rabia y la determinación de terminar con aquello de una vez por todas actuaba como analgésico.

—¡Vamos, una vez más! —ordenó— ¡Tres!

—O me estoy volviendo loco, o diría que dentro de la casa del gobernador hay gente —comentó levantando la boina para rascarse uno de los milicianos que observaba la operación.

—No digas sandeces —contestó su compañero junto a él.

—¡Acaba de crujir! —anunció el padre de Florinda un segundo antes de arremeter de nuevo contra la puerta.

Con el siguiente golpe escucharon el sonido de la madera rebotando contra una jamba. Durante una fracción de segundo, Lucas se sintió desubicado al comprobar que la puerta permanecía intacta en su sitio. El estupor aumentó al oír el sonido de un disparo.

Se giró y contempló horrorizado cómo una marabunta de militares armados hasta los dientes emergía del interior del edificio en ruinas. Varios de ellos se detuvieron un instante para apuntar y dispararon a los hombres que guardaban el flanco derecho del edificio.

Las pesadas contraventanas de madera del cuartel se abrieron con violencia al sonido de los disparos, como si aquel estruendo fuera la señal que aguardaran.

Lucas reaccionó en el último segundo y se agachó evitando que una de las portezuelas golpeará su cráneo contra el muro de piedra.

—¡Nos estaban esperando! —exclamó una voz sobre su cabeza.

Los siguientes minutos fueron el momento más caótico de su vida. Algunos de los milicianos se habían batido en retirada de vuelta hacia la calle Mayor, mientras que otros habían empezado un forcejeo con los militares. Unos pocos estaban parapetados detrás de los bancos y gruesos árboles encargados de dar cobijo durante el verano y habían comenzado a disparar intermitentemente a los soldados que comenzaban a desplegarse por la plaza.

—¡Somos más que ello! ¡Atacad! —rugía el padre de Marcos mientras disparaba hacia la entrada del palacio.

Lucas se incorporó y comprobó horrorizado que el cañón de un arma asomaba a escasos centímetros de su cara desde el interior del cuartel, al otro lado de la contraventana. El militar guarecido en su interior pareció asombrarse al descubrirlo y giró el arma de inmediato para apuntarle. Sin tiempo para reaccionar, Lucas asió el arma que le amenazaba y le golpeó con la culata en el rostro. El hombre retrocedió con un gáñido y disparó. Fue la segunda ocasión aquel día en que sintió el viento revolviéndole la melena. Alzó la escopeta mientras el hombre recargaba la carabina y apretó el gatillo.

El retroceso del arma elevó la trayectoria de la bala, arrancando al hombre parte del frontal de la cabeza. El militar cayó inmediato sobre el poyete con el cuerpo convulsionando con el cráneo al descubierto. Lucas observó la escena un segundo con el estupor causado por el frenesí de la acción. Después, se giró y contempló el panorama al que se enfrentaba. De los quince integrantes del grupo de maquis, dos hombres y una mujer habían alcanzado ya la salida de la plaza y comenzaban a surcar la calle principal huyendo del pueblo. A su lado, tres hombres vestidos de raso yacían muertos, al igual que dos militares y Eleuterio. Una veintena de soldados habían terminado de desplegarse desde el interior del edificio colindante y disparaban ahora al otro lado de la plaza. Uno de ellos pareció reparar en su presencia.

—¡Eh! —chilló alzando el arma.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, una bala rozó su brazo derecho, provocándole un dolor agudo.

Se llevó la mano a la herida con un grito quedo y corrió a parapetarse al otro lado de uno de los bancos de piedra.

En los veinte pasos que hubo de recorrer, dos balas impactaron contra el suelo a menos de un metro de distancia del lugar en el que se encontraba.

Tras guarecerse con un salto observó al resto de sus compañeros. De los ocho integrantes que habían elegido los bancos como cobertura, tres yacían en el suelo en una postura antinatural.

—¡Es imposible acertar a esta distancia con los cartuchos de plomos, me cago en Dios! —vociferó uno de ellos introduciendo dos nuevos proyectiles en la recámara.

Se fijó en uno de los hombres que estaba sentado en el suelo. Tenía el pecho apoyado contra el busto de una mujer. No necesitó forzar la vista para saber que se trataba de la madre de Marcos.

—¡Vamos, tienes que ayudarnos, joder! —le estiró del cuello de la camisa el hombre que acababa de recargar el arma.

El aludido se deshizo de la mano con un tirón de hombros y se mantuvo sobre el cuerpo de su mujer, balanceándose. El miliciano maldijo y, con un grito, se asomó tras el árbol dispuesto a disparar.

Antes de llegar a presionar el gatillo, cayó al suelo llevándose la mano al vientre. Después, se quedó allí, revolcándose hacia ambos lados como una tortuga atascada boca arriba.

El padre de Marcos levantó la cabeza y, al comprobar lo sucedido, soltó un grito desgarrador. A continuación, se arrojó de nuevo sobre el cadáver de su esposa alzando el cuerpo y acunándolo contra su pecho.

Quedaban tres personas, además de él, para presentar batalla, y una de ellas estaba en el suelo llorando. Llevaban escopetas de caza, la mayoría con munición de perdigones, inútil a aquella distancia, contra una veintena de militares bien armados y entrenados para el combate.

Miró al cielo y respiró profundamente, sintiendo una bala impactar contra la piedra al otro lado del banco.

Había luchado todos esos años con un objetivo, y no le importaba lo que ocurriese.
Pensaba cumplirlo y sabía lo que debía hacer.

Aquel calor la estaba asfixiando.

Trató de respirar hasta llenar los pulmones, pero le resultó imposible. El aire era cada vez más denso y Aurora solo conseguía dar bocanadas cortas con cada paso. Frente a ella, sus dos compañeras corrían en dirección al estruendo.

Tenía la vista borrosa, más que de costumbre. Algo no iba bien. En aquellos instantes el mundo, más que nunca, parecía estar hecho de capas de bochorno y sudor.

Iban a torturar y matar a su madre. Los ruidos de disparos retumbaban cada vez más cerca, rebotando a cada segundo a través de las fachadas y los muros, como si una acera arrojase y devolviese las balas hacia el lado contrario. Sabía lo que estaba ocurriendo, de dónde provenían los estallidos de las salvas, porque estaba segura de a dónde había ido su hermano.

Tenía un mal presentimiento.

De súbito, al fondo de la calle, distinguió unas figuras que se precipitaban directas al lugar en el que se encontraban las muchachas. Siempre había tenido problemas para ver de lejos, pero ahora sentía que le era imposible observar la realidad que la rodeaba con claridad, sin importar lo lejos o lo cerca que estuviera. Entornó los ojos y forzó la vista tratando de distinguir algún rasgo en las siluetas. Los contornos desdibujados se fueron ampliando a cada paso hasta que, con un nudo en el estómago, logró identificarlos.

—¡Aurora! —gritó la Gertru deteniéndose junto a ella— ¡Ay, Dios mío, que los han matado! ¡Los han matado a todos!

El enorme busto de la mujer subía y bajaba a toda velocidad mientras se apoyaba sobre sus muslos tratando de coger aire. Tenía el rostro desencajado y empapado.

—Gertru, ¿cómo que los han matado a todos? ¿Qué está pasando? —preguntó Aurora anticipando la respuesta con un hilo de voz.

—Ay, Dios mío. Si yo no quería bajar —se lamentaba la mujer— Se suponía que solo teníamos que entrar y sacar a tu madre. Que iba a ser fácil. Yo había venido solo para ver el pueblo una vez más. No me quería morir sin verlo otra vez ¡Y ahora están todos muertos, niña! —repitió.

Junto a ella, dos hombres que reconoció de inmediato observaban con rostro nervioso y preocupado el extremo opuesto de la calle.

—No es momento de cotilleos, Gertru —farfulló uno de ellos sin dejar de retorcerse la muñeca con nerviosismo—. Tenemos que irnos, coger todo lo que podamos de la cueva y buscarnos otro sitio.

La Reme había atendido a la conversación con el rostro crispado, como si estuviera a punto de explotar. De repente, Aurora cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo. Dos partes de su vida que nunca habían entrado en contacto acababan de colisionar. Aurora podía sentir la mirada de Leo clavada sobre su nuca. Sospechaba que la joven no alcanzaba a comprender del todo quién era esa gente, pero se le acababa de revelar que, a pesar de su reciente reconciliación, Aurora todavía escondía algunos secretos. La Reme, sin embargo, parecía intuir más que de sobra quiénes eran aquellas personas. Se preguntaba cuánto sabría la muchacha del trabajo que había ido a hacer su padre a aquel pueblo.

De repente, el sonido de los disparos se detuvo, sustituido por un zumbido grave que hizo vibrar el pecho de los presentes.

—Parece que han parado —comentó el otro hombre oteando de puntillas hacia el final del camino— Tenemos que irnos echando cohetes —apremió— ¿Vamos, Aurora?

La joven negó con la cabeza.

—Tengo que comprobar que mi madre y mi hermano están bien. Luego os alcanzo.

—¡No digas sandeces, chiquilla! —contestó Gertru agarrándola por el brazo con la respiración todavía agitada— ¡En cuanto vean lo que han hecho tu madre y tu hermano te van a meter un tiro a ti también!

—Lo siento Gertru, pero yo me quedo —reiteró tratando de desasirse—. Suéltame ¡Qué me sueltes!

—¡Que no niña, tú no sabes lo que dices! —la mujer comenzó a avanzar hacia la salida del pueblo arrastrándola del antebrazo— ¡Tú te vienes con nosotros, que ahí te van a meter un tiro!

—¡Oiga, le ha dicho que la suelte! —intervino la Reme estirando del torso de Aurora— ¡Allí no la va a matar nadie! ¡Sois vosotros los que os dedicáis a matar gente!

Con un tirón de hombro, Aurora deshizo la presa que la mujer ejercía sobre su mano y retrocedió, dirigiéndole una mirada desafiante.

—¿Qué nos dedicamos a matar gente? Pero bueno, ¿y tú quién eres, niña? —inquirió la mujer.

—Es una amiga —intervino Aurora tajante. Apenas conocía a la joven, pero ya había aprendido que la Reme no perdía oportunidad de encararse cuando la ocasión lo permitía.

—¿Y quiénes son tus padres para haberte enseñado esa sarta de tonterías a favor de esos cabrones? —escupió uno de los hombres secando los restos de saliva de los labios con el dorso de la mano.

—Mi padre es guardia civil por la gracia de Dios y del caudillo, ¿algún problema?

Los milicianos intercambiaron miradas mohínas que anunciaban un entendimiento mutuo. Uno de ellos se posicionó rápidamente tras la joven y la agarró por el cuello. Entretanto, el otro trató de levantarla por las piernas.

—¡Pero que estáis haciendo! —chilló Aurora mientras se abalanzaba sobre uno de los guerrilleros para ayudar a la muchacha.

—¡Es nuestra bala en la recámara! —forcejeó el hombre que acaba de escupir esquivando las patadas que la joven rehén dirigía hacia su rostro— ¡Si nos encontramos con alguien, tener a la hija de un guardia nos viene de perlas para salvar el pellejo, Aurora!

—¡Os habéis vuelto locos, soltadla!

Aurora trataba de desasir sin éxito la presa alrededor del cuello de la Reme mientras esta continuaba pataleando y su cara comenzaba a tomar un cariz rojizo. Junto a ella, Leo y Gertru observaban con rostro alucinado la escena, sin atreverse a mediar a favor de ninguna de las partes.

El hombre que trataba de aferrar a la muchacha de una de las piernas decidió amarrar ambas extremidades utilizando sus brazos a modo de nudo. Entre tanto, su compañero, que ignoraba sin demasiada dificultad las arremetidas de Aurora, mantenía la presión sobre el cuello elevándola por el otro extremo. La Reme culebreó unos instantes con el semblante ya casi violáceo y, con un giro enérgico, lanzó el cuerpo hacia delante,

propinando una patada en la cara de uno de sus captores. El maqui la soltó al instante, llevándose las manos a la nariz de la que manaba un chorro de sangre.

—¡Serás zorra! —gritó arremetiendo de nuevo contra la muchacha.

El forcejeo para tratar de reducirla comenzó de nuevo, pero, tras unos segundos, Aurora decidió cambiar de estrategia y propinó una patada a la entrepierna del hombre. Este, como cabría esperar, soltó a la muchacha de inmediato y se agachó llevando la mano entre los muslos. La Reme, que se había precipitado de espaldas sobre él, respiró y expiró rápidamente para tratar de recuperar el aliento.

El hombre de la nariz sangrante se abalanzó sobre ella con un salto. La joven se apartó rodando hacia un lado y, antes de que el hombre pudiese recuperar la compostura para atacar de nuevo, sintió un tirón que la levantaba del suelo. Se giró sorprendida para comprobar que se trataba de Aurora, que la obligaba a correr en dirección a la plaza.

—¡Vamos, Leo! —la escuchó gritar sin detenerse a coger aire.

La joven aludida, que seguía pasmada tras la contienda, pareció reaccionar y se apresuró a seguir el camino de sus amigas.

Mientras se aproximaban a la plaza sin resuello, las palabras de Gertru resonaban en la cabeza de Aurora. Todo parecía apuntar a que, tratando de salvar a su madre, había perdido también su hermano. Acababa de quedarse sola. Realmente sola. Sintió el impulso de una arcada manando del interior de su estómago. Siempre había pensado que estaba incomunicada del mundo. Y que, cuando lograba comunicarse con el mundo, este era agresivo con ella. El mundo la obligaba a madrugar, a trabajar, a padecer, a comerse las verduras. Pero no era el mundo. Quienes la obligaban eran su madre y su hermano. Ahora, por primera vez en su vida, temía que el mundo la hubiese dejado realmente incomunicada.

La arcada volvió a emanar de la boca de su estómago y brotó en forma de vómito. Se apoyó contra la fachada cetrina de un edificio cubierto de arenisca mientras una nueva arcada arremetía desde lo más hondo de sus entrañas.

—¿Estás bien? —se acercó corriendo la Reme al percatarse de lo que estaba ocurriendo.

Aurora asintió secando la saliva que colgaba de sus labios con el dorso de la mano.

—Estoy bien, gracias —susurró a pesar del ardor que todavía recorría su garganta.

Dos nuevas convulsiones sacudieron su abdomen, abrasando su tracto digestivo sin que llegara a expulsar nada más. La Reme negó con la cabeza mientras le tendía una mano para ayudarla a incorporarse.

—No, gracias a ti. No tenías por qué haber hecho... eso.

Aurora la observó aún encorvada, pensando en qué debía responder. Después, con un asentimiento, agarró la mano que le ofrecía la muchacha y se incorporó.

—Sigamos.

Se habían detenido a dos manzanas de la plaza, así que, en menos de un minuto, alcanzaron el lugar al que se dirigían. Lo que encontraron allí logró remover el estómago de Aurora de nuevo.

Más de una docena de cadáveres cubrían el suelo empedrado de la plaza.

Las tres jóvenes permanecieron de pie ante el arco de la plaza, observando cómo un grupo de militares inspeccionaba algunos cuerpos al tiempo que otros arrastraban a los caídos hacia el interior de la casa del gobernador. Aurora tragó saliva y, con el sabor agrio del vómito recorriendo su lengua de vuelta a sus entrañas, cruzó el arco. Sus compañeras se miraron unos instantes y procedieron de forma idéntica.

El primer cuerpo que Aurora pudo reconocer a escasos metros de la salida de la plaza fue el de un hombre corpulento que siempre corría a recibirla cuando subía hasta la cueva con su madre, esperando noticias del exterior y, más concretamente, de la comida que habían logrado reunir. Siguió caminando sin llegar a detenerse. Tres cadáveres más estaban desperdigados a pocos metros del cuartel. Sin dejar de avanzar, Aurora reconoció en todos ellos rostros familiares. A pesar de ello, ninguno era de su familia.

Tras los bancos, como si se hubiesen parapetado ahí para presentar batalla, encontró más cadáveres. Dos de ellos, apilados uno encima del otro, llamaron su atención por lo antinatural de su postura.

Las piernas comenzaron a fallarle. Había evitado pararse a examinar con atención los rostros de los caídos, pero la escena que encontró la dejó petrificada. Incapaz de apartar la mirada, ante sus pies reposaba el cuerpo inerte de la madre de Florinda, con los ojos abiertos y opacos. El calor insoportable que cubría aquellas calles había atraído a una

miríada de moscas que ora se apoyaban en las comisuras de sus labios, ora se introducían en el interior de la boca zumbando con un eco que parecía retumbar de las entrañas de la mujer. Tenía la cabeza apoyada sobre el regazo del que horas antes fuera su marido. Sentado sobre sus rodillas, la cabeza de este reposaba sobre el pecho de la mujer. Tenía la espalda cubierta de sangre con tres gigantescos círculos concéntricos formados alrededor de las heridas ocasionadas por los disparos empañando el chalequillo de tela azul marino. Sus manos, que en algún momento la habían aferrado, reposaban inertes con los brazos extendidos sobre el suelo.

Conteniendo las lágrimas, obligó a cada célula de su ser a girar la cabeza y echó a andar. Solo quedaba un cuerpo por examinar. Tenía que hacerlo, tarde o temprano tendría que afrontarlo. Su madre siempre decía que, las cosas que uno no quería hacer, eran las primeras que uno debía hacer. Solo así se puede encontrar descanso.

Afinó la mirada arrastrando los pies hacia el banco opuesto. Uno de los militares tapaba desde aquel ángulo un cuerpo inerte mientras rebuscaba en el interior de los bolsillos algún tipo de pertenencia o identificador. Las manos cubiertas de vello que asomaban a cada lado anunciaban que se trataba del cadáver de un hombre. Sus rodillas se quejaban y se negaban a doblarse mientras avanzaba. El corazón le dio un vuelco.

Aquel hombre no era su hermano.

—¡Eh, vosotras! ¿Qué hacéis ahí? —gritó el guardia encargado de inspeccionar el cuerpo del hombre al percatarse de la presencia de la joven.

Aurora, que había olvidado que sus amigas la estaban acompañando en aquel paseo, se giró sorprendida de encontrarlas allí.

—¡Déjalo, Demetrio, es la hija de Santiago! —intervino en la distancia otro de los militares que se encontraba charlando junto a un compañero a la puerta del cuartel.

—Pero, ¿qué dices? Con más razón, ¡sácala de aquí ahora mismo! —repuso el compañero con el que conversaba acercándose a toda velocidad.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó la muchacha sospechando la respuesta—
¿Dónde está mi padre?

—Niña, tu padre... — se incorporó el guardia encargado de inspeccionar el cuerpo del miliciano— ha luchado hasta el final por defender su patria.

El grito de desesperación de la joven retumbó por la plaza. A continuación, se desplomó en el suelo.

—Lo siento mucho —titubeó el militar rascándose la coronilla. Aurora lo observó con más detenimiento y se sorprendió al descubrir que apenas rozaba la veintena. Los rastros del acné todavía surcaban su rostro cubierto de parches de barba afeitada al ras y, claramente, no poseía la experiencia ni el tacto para manejar una situación de ese tipo.

Aurora se agachó junto a la muchacha, que se encontraba arrodillada sobre el pavimento emitiendo un quejido seco. Se disponía a rodear los hombros de la joven, cuando esta la apartó de un manotazo.

—¡No me toques! —chilló dirigiéndole una mirada llena de odio— ¡Habéis sido vosotros! ¡Vosotros lo habéis matado!

—Reme, yo... —del interior del pecho de Aurora surgió una sensación vibrante.

—¡Sí, tú! —chilló— ¡Tú! ¡Tú y los tuyos lo habéis matado!

—¡Yo no he matado a nadie! —bramó la joven incorporándose, consciente de las miradas que le dirigían los militares.

—¡Lo habéis matado! —repitió— Papá, papá...

La Reme se deshizo sobre el suelo, aferrándose las rodillas en posición fetal, ante la mirada desconcertada del joven militar.

—Reme, yo... —dice de nuevo Aurora antes de continuar.

A su lado, la anciana niega con la cabeza y, lacónica, responde:

—Sigamos.

Aurora, que se había percatado de la mirada dubitativa de los guardias civiles que la habían interpelado en la distancia, supo que solo disponía de unos segundos para actuar. Con una zancada decidida, corrió una vez más en dirección a la salida del pueblo.

—¡Eh, tú! ¡Eh! —oyó que le recriminaban con un grito en la distancia mientras el sonido de unas botas pesadas retumbaba tras ella.

—¡Déjala, es una chiquilla! —replicó otra voz en la lejanía.

No podía hacer nada por su madre en aquellos instantes, y cabía la posibilidad de que el cuerpo de su hermano estuviese en el interior del palacio del gobernador. Sin embargo, también cabía la posibilidad de que Lucas hubiera escapado, igual que la Gertru. Que hubiese callejeado por las calles aledañas para evitar miradas indiscretas que lo vinculasen con lo que allí había sucedido.

Si Lucas estaba vivo, sabía dónde encontrarlo.

Firmo arrojó la colilla al suelo.

La aplastó con el pie y la restregó hasta apagarla. Por primera vez en mucho tiempo se había levantado el aire y no podía permitir que se formase un incendio en la puerta de su casa. Recostado contra el bastidor del portalón, observó el pueblo al otro lado de los trigales y los campos de almendros, que se agitaban impulsados por el viento. El cielo comenzaba a cubrirse con el candilazo de la tarde.

Todo aquello le pertenecía. Todo, hasta llegar al límite con el primer edificio.

A partir de aquel punto, una pequeña cuesta anunciaba la nava y delimitaba la frontera de la aldea con el monte. En esa linde se encontraba un chozo de paredes terrosas cubierto por un tejado de ramas sobre vigas de troncos bastos, disonante del resto por la ausencia de cal en su fachada. Ninguna de sus ventanas apuntaba hacia la dehesa.

Él, sin embargo, sí podía ver aquel edificio desde la puerta del caserón cada mañana. Al alba, cuando salía por la puerta, los imaginaba en su interior, consumidos por el resentimiento, preparándose hasta que llegase el día en que trataran de arrebatarse lo que era suyo. Siguió con la mirada el camino que salía del pueblo hasta alcanzar un pequeño recodo, ya casi llegando a la finca, que quedaba oculto desde aquella perspectiva. A unos metros de allí, emergió la figura de un muchacho. Caminaba con ritmo decidido y llevaba una escopeta apoyada en el hombro. El día que esperaba había llegado.

—Ni la simiente teníamos que haber dejado —escupió incorporándose.

Se arremangó y sacó la pitillera de plata del bolsillo de la camisa. Sin apartar la mirada del camino, seleccionó uno de los cigarrillos y lo posó sobre sus labios. No lo encendió.

Una nueva figura había surgido al otro lado de la tapia del cortijo y corría a toda velocidad en dirección al muchacho. Este se detuvo y levantó el rifle, apuntando a la silueta con un grito que el viento distorsionó y arrastró lejos de los oídos de Firmo. La silueta, que se reveló como otro joven, se detuvo y levantó las manos.

“Hazlo”, pensó apretando los dientes.

Tal y como cabía esperar, no lo hizo. Ambos muchachos corrieron e intercambiaron un apretón de manos enérgico. Se detuvieron a charlar unos instantes y reanudaron la marcha hacia la puerta con paso firme.

—Ni la puta simiente —repitió dejando caer el cigarro sin encender contra el suelo.

Después cogió la carabina que descansaba sobre la fachada del edificio, pasó el brazo por la correa y sostuvo el arma entre sus manos. Llevaba mucho tiempo sin sentir aquel peso, y la sensación le resultaba tan ajena como familiar.

—¡Marcos! —gritó para hacerse oír a través del viento cuando los muchachos estuvieron lo suficientemente cerca— ¡Pensaba que te había mandado quedarte en la habitación de arriba!

El joven le dirigió una mirada aterrorizada, aferrando con nerviosismo una escopeta que Firmo reconoció al instante.

—No sé de dónde has sacado eso que llevas entre las manos, pero sospecho que es de mi propiedad. Espero que no se te ocurra hacer ninguna tontería —advirtió—. Recuerda quién os ha dado de comer a Florinda y a ti todo este tiempo.

La mención a Florinda pareció disparar una chispa en el interior del mozo, deteniendo el movimiento de manos alrededor del arma y apretándola con decisión.

—¡Déjate de sandeces! —recriminó Lucas dando un paso al frente.

En una milésima de segundo, Firmo levantó el arma y apuntó al joven, quien detuvo de inmediato su avance dirigiéndole una mirada cargada de odio.

—Tengo muy poca paciencia, chico. Así que, por tu bien, haz el favor de tranquilizarte.

Marcos, que había levantado el arma un instante después que Firmo, apuntaba ahora a su amo con la misma mirada encendida que su compañero. Sin dejar de apuntar al muchacho, prosiguió con su discurso.

—Ese brillo en vuestros ojos... vi a muchos niños armados con ese brillo durante la guerra. Y a todos, absolutamente a todos, volví a verlos sin una chispa de luz. Y no, no os penséis que lo perdían solo al convertirse en cadáveres. Después de una guerra, los ojos de los vivos y los muertos son los mismos — frunció el ceño—. Te tiemblan los brazos, Marcos.

El muchacho, que seguía apuntando al hombre, contrajo los músculos de sus brazos en un vano intento de detener el constante sube y baja del arma.

—Pesa, ¿eh? —prosiguió Firmo— Sí, un arma pesa mucho. No es lo mismo levantarla un segundo para matar a un animal, que sostenerla en el aire mientras decides si asesinar o no a un ser humano.

Apretó el percutor del seguro, liberando el mecanismo.

—Por eso hay gente que decide convencerse de que el enemigo no es más que eso, un animal. Esos son los peores —espetó—, los cobardes. Si vas a matar a alguien, asume lo que vas a hacer. Dime —inquirió—, ¿estás preparado, Marcos? ¿Estás dispuesto a matar a un hombre?

El contoneo del arma del muchacho se incrementaba por momentos. Marcos cerró los ojos para evitar que dos lágrimas escapasen tras los párpados.

—Siempre han dicho que soy parco en palabras —caviló Firmo con una mueca—. Y es cierto, siempre lo he sido.

—¡Pues entonces cállate y dinos dónde está Florinda, de una vez! —chilló Lucas.

—A veces pienso en las últimas palabras que dirigí a tu padre, chaval —prosiguió ignorando al muchacho— Él... Era mi mejor amigo, ¿sabes?

Lucas abrió la boca y titubeó:

—No te atrevas a...

—No hizo falta decir nada. Él lo sabía. Sabía que ese día iba a llegar. Todos en el pueblo lo sabían. Daba igual que fuera mi amigo. Me había quitado lo que era mío.

—¡Déjate de chorradas, mentiroso de mierda! —se desgañitó Lucas.

El joven se disponía a abalanzarse sobre él cuando el sonido de un disparo junto a él lo detuvo. A sus pies, un agujero dejaba escapar una leve nube de pólvora que se elevaba hacia el cielo. Lucas levantó la mirada para comprobar el origen de la bala. Al otro lado de uno de los ventanales de la primera planta, Pino recargaba el arma y apuntaba de nuevo a los muchachos.

—¡Estáis bien jodidos, chavales! —sentenció el joven con un grito— ¡Como trates de agarrar esa escopeta, te vuelo la cabeza! —advirtió apretando con fuerza el arma al comprobar el movimiento de brazo que acababa de realizar Lucas.

—Eres un hijo de puta, un ladrón y un mentiroso —escupió Lucas a los pies de Firmo—. Ojalá te pudras en el infierno, facha cabrón.

La sonrisa taimada que le dedicó hizo que un escalofrío recorriese su espalda.

—Te podría haber abierto un nuevo agujero en la frente desde que has aparecido por el camino, pero, por primera vez en mucho tiempo, quiero charlar un rato. Dime, ¿quieres esta casa, no?

El muchacho asintió lentamente mientras destilaba veneno por cada poro de su piel.

—Quiero lo que es mío. Esta casa me pertenece —masculló.

—¿Sabes de dónde sacó tu padre esta casa?

Lucas abrió la boca, dispuesto a contestar, pero se detuvo con gesto turbado.

—No lo sabes —recalcó Firmo— ¿Pensabas que tu padre la había conseguido a base de trabajo duro o algo así? Nadie, chaval, nadie consigue hacerse rico en esta vida trabajando. Yo te lo diré. ¿Conoces la historia de la casa del gobernador?

El muchacho asintió con cautela.

—Mi abuelo era un indiano. El tercer hijo de un matrimonio que se suponía feliz, llevaba viviendo en Cuba toda la vida. No llegaba ni a secundón, y nadie daba un duro por él. Con lo que le tocó heredar había invertido en tierras. Fundó una explotación, la Central Azucarera del Golfo. Vivía bien, siempre había vivido bien. El dinero entraba, se había casado con la hija de un criollo y su primogénito había sido varón. Era feliz, el mundo parecía hecho a su medida. Pero, de repente, en el noventa y cinco las cosas se empiezan a poner feas en Cuba. Hay clamores de revueltas en las calles. Llega el noventa y ocho y, ¡pum!, empieza la guerra y todo se va al traste. Toca meter todo lo que tenían en un arcón, malvender la empresa, y cruzar el charco ¿Y dónde vas cuando te echan del único lugar que has llegado a conocer? Un hombre inteligente diría: “a un sitio mejor”. Pero mi abuelo no era inteligente, así que decidió regresar al lugar del que partiera su familia huyendo de la pobreza dos siglos antes.

Una sonrisa socarrona asomaba al otro lado del bigote.

—Nada lo ataba a este pueblucho perdido de la mano de Dios. Nada, salvo una historia. La historia de un hombre que decidió cruzar el océano para conquistar riquezas y fortuna. Una historia contada año tras año de padres a hijos. Así que ahora le tocaba recoger el testigo y conquistar el lugar que sus antepasados nunca pudieron. Tenía el nombre de un pueblo, una cuenta en el extranjero y un arcón lleno de papeles y joyas. Al llegar aquí, y como declaración de intenciones, mandó construir un palacete para su familia en el terreno más caro que encontró. Después, compró todos los terrenos que pudo en los alrededores. Pero aquí la tierra no era fértil. Tampoco estaban los amigos de su padre para comprar azúcar en Estados Unidos. Aquí solo estaba el sol, el polvo y Dios. Y uno de ellos parecía haberlo abandonado hace mucho tiempo. Tuberculosis, cincuenta y tres años.

Después de una breve pausa, continuó:

—Tras él dejaba a una mujer y a un hijo que, como él, no habían trabajado en la vida y que, como él, no estaban dispuestos a hacerlo. Traer caprichos de la capital era caro, salía más dinero que entraba, y el arcón empezaba a aligerarse —se sorbió ruidosamente la nariz—. Pasaron los años, la esposa murió y el niño ya era un hombre. Un hombre, por llamarlo de alguna manera. Entre semana bebía y el día del señor jugaba a las cartas en el pueblo de al lado. No se casó, pero tuvo un hijo que lleva el nombre de su abuelo, Firmo. Odiaba vivir con los pueblerinos. El arcón estaba en las últimas, pero decidió construir una casa lejos de aquella gente, dónde pudiera estar tranquilo. Cuando terminó de levantarla, el arcón estaba vacío. Pronto, jugando a las cartas, vació también la nueva casa. El hígado, por su parte, estaba cada vez más lleno. Para poder comer, tuvo que malvender el caserón. No logró deshacerse del palacio, en ruinas tras haberlo descuidado durante años y demasiado opulento para que nadie en este sitio pudiera permitirse comprarlo. Tres meses después, fallece. Tenía la edad de Cristo. Cirrosis. Tras él, un hijo sin nada. Un hijo de puta.

Permaneció silencioso un breve instante. Había captado la atención de los jóvenes.

—Al contrario que su padre y su abuelo, al niño le toca trabajar. Consigue un puesto en su antiguo hogar. Criado en el lugar que unos meses antes le pertenecía. Allí conoce a Cristóbal, el hijo del nuevo patrón. Lo trata primero como a un amigo y, finalmente, como a un hermano. Sus padres habían sido amigos de cartas y borracheras,

y el chaval caía en gracia a la familia. Firmo ahorra cada centavo que llega a sus manos para recuperar lo que es suyo, lo que le pertenece, pero apenas puede mantenerse a sí mismo. Un día, el padre de Cristóbal fallece. Llega el treinta y dos, la república empieza a desamortizar tierras para hacer un reparto justo de la riqueza. El jovencito ve una oportunidad allí, pero, según el registro, posee un título nobiliario, de baja cuna, pero un título nobiliario, así que a él no le pertenece nada. Cristóbal descubre lo ocurrido, que había intentado arrebatarle su hogar, y su relación se enfría. Julio del treinta y seis. Estalla la guerra. La familia de Cristóbal ha sido víctima de la reforma agraria y odian al gobierno republicano, pero parece que el bando leal tiene las de ganar, así que se posicionan públicamente y financian como buenamente pueden a las tropas. Harto de aquel mundo de injusticias, el joven Firmo decide alistarse en el frente nacional, dispuesto a cambiarlo todo. Los partidarios del alzamiento resultan vencedores, y el día de su vuelta al pueblo, encuentra a los jornaleros moviendo las lindes de nuevo.

Una pequeña carcajada se escapó de sus labios.

—Ahora que habían ganado los nacionales, Cristóbal estaba seguro de que desharían las medidas de expropiación de la república. El resto de la historia creo que ya la conoces.

La ventolera agitaba los bajos de las camisas. Tanto Marcos como Firmo habían bajado el rifle mientras este último narraba su relato. Lucas, que tenía la mirada perdida en la tapia del caserón, volvió en sí tras unos segundos de silencio. Sentía el ácido escapando de su boca.

—¡Si esperas que eso cambie algo, estás muy equivocado! —escupió.

Firmo se mesó el bigote antes de contestar:

—No espero que cambie nada. La historia se repite, chaval. Siempre se repite. Y no es arte de magia. Tu historia, mi historia, es siempre la misma historia. No hay nadie especial en este mundo. Tú y yo somos las dos caras de una misma moneda —una pequeña mueca crispó la comisura de sus labios—. Pero esta vez no. Esta vez la historia acaba aquí.

Con la rapidez que aporta la experiencia, Firmo levantó el arma y disparó. Con un gesto de sorpresa, Lucas se desplomó en el suelo como un muñeco inanimado con un agujero de bala atravesándole el cráneo. Firmo giró a toda velocidad para disparar a

Marcos, cuando el sonido de un golpe seco lo distrajo. Miró hacia atrás y se sorprendió al encontrar el cadáver de su hijo, que se había precipitado desde la primera planta. Una de las manos del joven se aferraba a la garganta destrozada de la que emanaba la sangre a borbotones, mientras la otra yacía inerte a un lado.

—Hijo de... —masculló.

Mientras se daba la vuelta para terminar la faena, Firmo notó un golpe que lo empujaba en dirección al edificio. Dio un paso al frente tratando de recuperar la postura y levantó el arma. Aunque mandó la orden a sus brazos, estos no lograron alzarla más que unos centímetros. Sintió como sus rodillas dejaban de responder. Cayó al suelo y permaneció unos instantes arrodillado con la carabina a medio levantar. Después, se desplomó.

Un dolor abrasivo se expandía a lo largo de su pecho con un hormiguelo. Las yemas de los dedos se enfriaban y desaparecían. Se estaba muriendo. Lo sabía. Era una sensación nueva y que, dada su naturaleza, nunca volvería a sentir. Sin embargo, le invadía la certeza animal, casi primaria, de la desaparición inminente. Una señal de alerta que no servía de nada, como un grito bajo la profundidad del océano. De repente, notó una presión en el brazo. Giró la cabeza y descubrió a Marcos arrodillado junto a él. Tenía los ojos opacos anegados de unas lágrimas que luchaban por retroceder.

—Marcos... —susurró Firmo.

—¿Dónde está?

Firmo le dirigió una mirada de incompreensión.

—Dígame, ¿dónde está Florinda?

—Marcos, no tengo ni idea de dónde está Florinda. Nosotros no le hemos hecho nada... —murmuró.

—¡Miente! —gritó el muchacho zarandeándolo— ¡Miente, miente! Si la habéis matado, por favor, solo dígame dónde está ¡Necesito saber dónde está! —gritó el joven, desesperado.

El cuerpo de Firmo, que se había elevado unos centímetros, volvió a levantar una nube de polvo al golpear el suelo. El viento movía la tierra hacia el interior de sus heridas, como si estuviera llamándolo.

—Marcos, mi hijo, dime si...

Aquellas fueron sus últimas palabras

El sol había terminado de ocultarse cuando Aurora llegó al cortijo. Encontró a Marcos arrodillado frente a un cadáver que en enseguida reconoció como el de Firmo. A menos de dos metros de distancia estaba el cuerpo de su hermano.

El aullido atravesó la capa densa de aire cálido que se arremolinaba a su alrededor.

Marcos levantó la cabeza, alertado. Se incorporó con parsimonia y arrastró los pies hasta la joven. Pasó los brazos sobre sus hombros y esta se giró para abrazarlo.

El joven dejó que llorase sobre su pecho hasta que terminó de vaciarse. Cuando se separaron, le sorprendió comprobar que la muchacha tenía los ojos enrojecidos. Sin embargo, no había rastro de lágrima en sus mejillas.

Aurora pareció reparar en el cuerpo de Pino al otro lado de la fachada. Apartó la mirada al instante.

—¿Alfredo también está...? —comenzó a preguntar sin atreverse a terminar la frase.

Marcos negó con la cabeza. De repente, pareció caer en la cuenta de algo y se giró alarmado, apuntando con el rifle en todas direcciones. Aurora se apartó asustada. No había pensado en el señorito ni por un instante. Tras unos instantes recordó la conversación de Firmo con su hijo aquella mañana y bajó de nuevo el arma.

—El señorito Alfredo está en Hoyofondo, su padre lo mandó a pasar allí el fin de semana. Imagino que volverá junto a doña Leonor en cuanto les llegue la noticia de lo ocurrido —dirigió la mirada hacia el cuerpo de su antiguo amo— ¿Por qué lo preguntas?

Aurora permaneció en silencio. El viento había comenzado a arreciar y el cielo escampaba, mostrando una luna rojiza que iluminaba el rostro de Lucas. La presión en su pecho aumentaba por segundos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —sirvió como respuesta de la joven a la pregunta que acababa de formularle.

—Probablemente me fusilen cuando descubran lo que ha ocurrido. No me queda más remedio que subir al monte con mis padres.

Aurora recibió aquellas palabras como un latigazo. Marcos no sabía nada de lo que había ocurrido con sus padres, ni que estos habían bajado hasta el pueblo para tomar el cuartel.

—Marcos... ¿Qué sabes de lo que ha pasado en las últimas horas?

—Los escuché cuando hablaban —señaló el cuerpo de su amo con la cabeza—. Fueron a buscar los rifles y me ordenaron que me escondiera en la habitación de Pino. Decían que vendrían a por ellos. Pensaban que no sabía nada, así que me escabullí y robé una escopeta. Cuando he visto a tu hermano aparecer por la ventana, me he escapado saltando la tapia para ayudarlo. Solo hemos tenido unos segundos para hablar, pero me ha contado que los demás estaban tomando el cuartel, lo de tu madre y que iban a rescatarlas. Me ha dicho que se había escapado para acá aprovechando la situación para... Bueno, para recuperar el caserón. Tranquila, llegarán en cualquier momento —sonrió con tristeza—. Espero que las hayan encontrado, a tu madre y a Florinda. Sabían que íbamos a atacar —reflexionó frunciendo el ceño—, así que imagino que eso confirma nuestras sospechas. Nos querían provocar secuestrando a mi hermana. Y ahora el muy cabrón se ha llevado el secreto a la tumba —observó con repulsión el rostro sereno del antiguo dueño del caserón.

Aurora dejó reposar esas últimas palabras en su interior. Asintió.

—Marcos... No hay forma sencilla de decir esto, pero... Al parecer nos estaban esperando. Tenían a un ejército en la casa del gobernador. Tus padres, todos los demás, están... muertos.

A Aurora no le pasó desapercibido el salto en el pecho de su amigo mientras recibía la noticia. Se dispuso a continuar antes de que el joven pudiese llegar a exteriorizar sus sentimientos.

—No te van a fusilar. Cuando vengan, dirás que ha sido mi hermano.

—¡Aurora...!

—No, escúchame Marcos —interrumpió—. Está muerto. Ahora da igual. No pienso permitir que todo esto vuelva a ocurrir. Te mereces una vida, ser feliz. Has hecho todo lo que has podido, lo que nadie hizo por mi padre. Simplemente, recuerda a Lucas por lo que era.

El muchacho fue incapaz de seguir conteniendo las lágrimas y, emitiendo un quejido roto, comenzó a llorar tratando de ocultar lo evidente detrás de sus manos. La joven lo abrazó, entrelazando los dedos por el pelo revuelto por el viento y acariciándolo con suavidad. Cuando el muchacho apartó las manos de la cara, Aurora le dedicó una sonrisa tierna.

—Tengo que irme, no quiero imaginar lo que pasaría si me encuentran aquí.

Marcos asintió con un hipido que pareció cogerlo por sorpresa. Abrió muchos los ojos y apretó los labios. Aurora se quedó atónita unos instantes, y, después, comenzó a reír. Siguió hasta que las lágrimas, que aparentemente habían rebrotado de un lugar distinto en su interior, empezaron a llover por sus mejillas. Marcos la observó sin cambiar el gesto y, lentamente, comenzó a soltar pequeñas carcajadas. Antes de que pudiesen darse cuenta, ambos estaban riendo a pleno pulmón.

Tras unos instantes, la risa comenzó a desaparecer y Aurora restregó las manos por las mejillas.

—Vendré a verte en un par de días.

El joven asintió, pero la muchacha ya estaba recorriendo el camino de vuelta al pueblo.

Aprovecharía la visita para contarle lo sucedido a Alfredo.

—Nunca supe si no le permitieron volver, o si fue él quien no quiso volver —dice Aurora con la mirada perdida en la pared de yeso cubierta de grumos—. Siempre me habló del perdón, pero quizás haya cosas que uno no puede perdonar. Hace sesenta años, en la mañana del diecisiete de julio, se fue del pueblo y nunca más volvió. Por lo que escuché, se casó con Mariate y tuvo dos hijas. Como su madre y él seguían vivos, heredaron el caserón. De lo que le dio tu padre por Los Manantiales —recuerda sonriendo a Leo—, me hizo llegar la mitad en un sobre. No había nada más dentro. Ni una carta, ni una sola letra. Solo un montón de billetes.

Las dos ancianas la observan, expectantes.

—Llevo toda la vida recordando las conversaciones con Alfredo. Toda la vida pensando en todo lo que pasó en aquellos días, lo que pasó antes de que yo llegara al mundo. Y, después de tanto tiempo, aún no sé qué pensar. Quizás no haya respuesta sencilla. Quizás no haya respuesta correcta.

Su voz es pausada, tranquila. El tiempo ha cerrado la herida y ha dejado una cicatriz dentro de ella, una cicatriz que en ocasiones hace acto de presencia y se queja.

—Reme, yo... Hemos tenido nuestros rifirrafes, pero has estado ahí todo este tiempo. Tú sabes que...

—Cállate ya, anda, que te enrollas más que una persiana —la interrumpe la anciana.

Aurora la observa sorprendida. La Reme, que está mirando al lugar de la calle por el que ha cruzado el coche fúnebre, se gira y le dedica una sonrisa pícaro. Aurora asiente.

—Oye, ¿no hace un poco de frío aquí? —pregunta Leo frotándose los brazos para atraer el calor del que lleva renegando toda una vida.

Sin dejar de sonreír, Aurora reposa la cabeza contra el respaldo de la silla. Observa el cielo unos segundos. Después, cierra los ojos y disfruta de la sensación.

Por primera vez, la brisa envuelve a las tres amigas.

MEMORIA JUSTIFICATIVA

1. Punto de partida de la creación. Objetivos y Fundamentos.

El afamado escritor argentino Jorge Luis Borges, en su obra *El Elogio de la Sombra* (1969), escribió al final del poema titulado *Cambridge*:

«Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos» (1969: 7).

Estas palabras se cruzaron en mi camino durante el transcurso del presente máster. Coincidieron en ese tiempo, además, con varias de las obras estudiadas en algunas de las asignaturas, entre las que provocó un fuerte impacto personal *Los Gondra* (2017), de Borja Ortiz de Gondra, analizada en el módulo de Modelos Dramáticos impartido por la profesora Pilar Bellido Navarro. Este texto muestra la introspección personal, a través del teatro y la autoficción, de un autor que trata de comprender y deglutir la realidad política, social e individual que ha allanado el camino de su existencia desde mucho antes de su nacimiento hasta el presente en que ha sido escrita. Fue ese último punto (por otro lado, muy común), el intento de comprensión del presente a través del pasado, lo que atrajo mi atención como premisa literaria.

Aunque, en mi caso, la historia personal y familiar narrada en la obra de Ortiz de Gondra no pueda ser extrapolada a acontecimientos similares que hayan acontecido en mi propia familia, sus personajes y el devenir de estos sí resonaron en mí. La historia narrada, aunque no sea la mía, es, potencialmente, la de cualquiera de mis vecinos, amigos o allegados.

A pesar de, a nivel personal, no poseer un trasfondo familiar que pueda generar un material interesante desde el punto de vista literario, al respecto de la propuesta de Borja Ortiz de Gondra y de la idea desarrollada por Borges en los tres últimos versos del poema que abre esta introducción, me propuse elaborar mi propio aporte literario tratando de abordar varias cuestiones que habían despertado mi interés tras sus lecturas.

En primer lugar, quería crear una obra ficticia en el marco de la Guerra Civil Española protagonizada por personajes que compartiesen trasfondos similares, pero posicionados en bandos opuestos.

A este respecto, como corriente de pensamiento, dentro del relativismo filosófico, me gustaría mencionar la doctrina del perspectivismo filosófico. Sobre ella, podríamos incidir en la archiconocida proposición aportada por uno de sus principales padres, Ortega y Gasset, en la introducción de su ópera prima, *Meditaciones del Quijote*:

El hombre rinde el máximo de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de sus circunstancias. Por ellas comunica con el universo. [...] Yo soy yo, y mis circunstancias (1914: 4)

Esta última oración, en una síntesis escueta y prosaica, viene a decir que la realidad y el acceso a ella se generan de acuerdo con las circunstancias de las perspectivas individuales. No es posible acceder a una realidad objetiva, dado que somos sujetos interpretando hechos en base a la acumulación de sucesos que han dado en formar “lo que somos”.

Aunque la guerra civil no haya azotado mi historia personal, ha azotado la historia personal de millones de familias en España. Personas con las que convivo y que, fruto de la falta de diálogo tras el fin de la consecuencia inmediata del Guerra Civil Española, el régimen franquista, han dado en heredar, de manera más o menos consciente, una visión de la realidad condicionada por este elemento transversal a su pasado. Mi objetivo es, para llegar a comprender las circunstancias que me rodean (mis circunstancias y las ajenas), componer dos historias acontecidas en bandos opuestos que, muy a su pesar, forman parte del mismo montón de espejos rotos mencionados por Borges, y que, como espejos, se reflejan unos a otros. Dos caras de una misma moneda. Dos historias muy concretas que no han ocurrido a nadie y que, sin embargo, podrían haber ocurrido a cualquiera.

En segundo lugar, con la intención de huir de posibles maniqueísmos o posicionamientos políticos que deifiquen a uno u otro bando, he tratado de representar a unos personajes por un lado humanos, llenos de virtudes y, especialmente, de defectos. Por otro lado, he tratado de polarizarlos hacia dos extremos: bien movidos por el odio como motor de su existencia, como es el caso de Firmo y Lucas, bien movidos por la necesidad de olvido para aliviar el dolor con el que cohabitan, como es el caso de Aurora y Alfredo.

El objetivo último de estos posicionamientos antitéticos es una reconciliación, a través de un proceso de dialéctica, que genere una síntesis final. Para ello, mi objetivo era

representar a personajes que dialogan abiertamente sobre su condición, a pesar de que el contexto histórico en el que se encuentran no es el más adecuado. Sin embargo, solo aquellos personajes que consiguen alcanzar la síntesis entre el odio y el olvido a través de sus actos logran sobrevivir, siendo la única opción restante la muerte.

De esta manera, mi propósito final es tratar de desarrollar una historia que actúe como canalizador de un enfoque perspectivista, usando personajes completamente ficticios y anónimos que representan a los bandos a los que pertenecen, formando una suerte de “individuos colectivos”.

2. Estructura de la composición.

2.1 La novela histórica como fondo de la narración.

Por sus características formales más obvias, la obra se engloba dentro del género de la novela. Sin embargo, por su contenido y su fondo temático, *El calor del trigo* se acota más concretamente dentro de la novela histórica.

García Herranz afirma que «el concepto de “novela histórica” encierra casi dos siglos de novelas que se nutren de la historia para su configuración, pero que guardan pocas semejanzas formales entre ellas» (2009: 1). Esta definición nos habla de un subgénero que no se acota en función de su forma, que varía enormemente (desde la biografía novelada de personajes históricos, como la *Autobiografía del General Franco* de Vázquez Montalbán, hasta la metaficción con *El nombre de la rosa* de Umberto Eco) según las apetencias y necesidades del autor y el texto.

Es, sin embargo, requisito fundamental que el material histórico utilizado en la novela sea desarrollado por parte del autor con una clara intención de reconstruir o tratar de reconstruir la época en que se sitúa la acción de su novela y, al mismo tiempo, también de presentarla al lector como una época pretérita (Amado Alonso, 1984: 80). En el caso de *El calor del trigo*, esto se explicita desde la primera unidad de texto, narrada en presente por un narrador en apariencia heterodiegético que nos presenta cómo el personaje principal, junto a dos amigas, pasan a recordar y reconstruir hechos pretéritos tras la aparición del coche fúnebre que porta los restos de Alfredo, una persona de su pasado. La obra conforma, en este caso, un quiasmo a nivel estructural, en el que tan solo

la primera y la última sección mantienen la elección temporal en presente, manteniendo el corpus central de la obra como una enorme analepsis, lo que la encaja dentro la acepción aportada por Amado Alonso tanto en forma como en fondo.

Por otro lado, sobre este género García Gual menciona cómo una de las características principales de la novela histórica es que «el autor debe imprimir a su novela un marcado sentido histórico y no centrarse exclusivamente en la exactitud de los datos históricos o el amontonamiento de los mismos» (2002: 14). En *El calor del trigo*, esto se lleva al extremo, evitando en todo momento cualquier referencia a hechos históricos demasiado específicos. En el caso de las localizaciones, solo se hace alusión a Madrid en dos ocasiones y una a Albacete como lugares reales o reconocibles, siendo, además, lugares lejanos y ajenos a la trama. «Bueno, yo tengo mucha ropa de la modista de Hoyofondo. Y un vestido de una boutique de Madrid» (p. 47). «Los padres de Marcos eran de La Nava de Arriba, un pueblecito de Albacete» (p. 71). Esta elección se extiende a la omisión del nombre del pueblo donde se ubica la trama, llegando a ficcionalizar también el nombre del pueblo contiguo, Hoyofondo, al que se remiten en varias ocasiones. El objetivo de aplicar hasta el extremo la característica mencionada por García Gual está ligado a las intenciones ya mencionadas en la primera sección de la memoria justificativa: crear una historia completamente ficticia, enmarcada en un conflicto que, a pesar de ser claramente la Guerra Civil Española, permita al lector abstraerse de lo concreto para centrarse en la cuestión de fondo que se trata de abordar, las perspectivas individuales de los contendientes.

En el caso de esta obra, los personajes son, en realidad, ajenos a las supuestas motivaciones tras la guerra. Ello queda patente en las intenciones de Lucas como miembro de la resistencia, que busca únicamente recuperar las posesiones que le fueron arrebatadas a su padre por la fuerza, recreando sin saberlo, a modo de espejo, la historia personal de Firmo.

Este paralelismo entre Lucas y Firmo presenta, además, uno de los elementos narrativos centrales de la obra: la fractalidad.

Como recurso literario, el fractal comienza a tener relevancia en la literatura de habla hispana a mediados del siglo pasado. Nava Rosales destaca su uso en algunos de los cuentos del célebre escritor argentino Julio Cortázar (2010: 42), como son *Orientación de los gatos* (1999: 13-18) o *Continuidad de los Parques* (1995: 14-15), analizado a lo

largo del máster en las asignaturas de Modelos Narrativos y Prosa de Ficción. Otro ejemplo, de acuerdo con Pablo Panigua (2007: 2), es del ya mencionado Jorge Luis Borges, que se sirve de este recurso en multitud de relatos, como es el caso de *Las ruinas circulares* (1997: 26-29). Para contextualizar el uso de este recurso, podemos referirnos a la siguiente definición:

Mandelbrot denominó fractales (del latín *fractus*, irregular) al conjunto de formas que, generados normalmente por un proceso de repetición, se caracterizan por poseer detalle a toda escala, por tener longitud infinita, por no ser diferenciables y por exhibir dimensión fraccional (Talanquer, 2009: 25).

Basándose en la definición técnica de un fractal, a la hora de aplicar este concepto a la literatura, Nava Rosales (2010: 40) lo acota haciendo énfasis en los elementos recursivos tales como las «tautologías», «historias cíclicas» y «cajas chinas». A lo largo de *El calor del trigo*, se presentan episodios fractales que replican palabra por palabra algunos sucesos, como es el caso de la violación de Florinda y el primer encuentro sexual entre Aurora y Alfredo. «Un segundo antes de que la noche terminara de cubrirlo todo, notó un disparo caliente derramándose en su interior» (pp. 43-62).

En la obra, el objetivo tras el uso de la fractalidad es poner de manifiesto los diferentes desenlaces que puede llegar a tomar un mismo hecho, deviniendo en dos sucesos antagónicos, pero, en esencia, iguales, como es la violación y el primer encuentro sexual de Florinda y Aurora. En la fractalidad entre los episodios, además, se da una progresión similar de los hechos, apoyada no solo en el uso de las mismas palabras, si no en los acontecimientos *per se*. Lo mismo ocurre con la historia de Los Manantiales, como ya se ha remarcado. Tanto Firmo como Lucas cometen actos idénticos, ocultos detrás de justificaciones políticas e ideológicas contrarias, pero con un trasfondo personal análogo, formando un fractal aunque no se usen palabras idénticas para relatar estos hechos. Tal y como refiere Nava Rosales, «un texto fractal no requiere forzosamente estar subordinado a una serie narrativa de textos integrados: sólo los signos contenidos, pueden crear la fractalidad por sí mismos» (2010: 41).

A lo largo de la novela se dan otros patrones intencionales siguiendo esta noción, como el hecho de que antes de cometer un acto violento, los personajes pisoteen espigas de trigo. «Estaba enfadado, pero notar el trigo seco despedazándose bajo el peso de las pezuñas le tranquilizaba» (p. 7). «Firmo caminó hacia él. Podía sentir las espigas de trigo

secas que había contemplado por la ventana del coche crujiendo bajo el peso de sus pies» (p. 17). «Consiguí erguirse y se tambaleó detrás de su hermano por el rastro de trigo seco y pisoteado que dejaba a su paso» (p. 91). El motivo de esta elección, con el trigo siendo pisoteado como elemento central de la repetición, se enlaza con el simbolismo que se sugiere en varios momentos de la obra. «Todas iguales, orientadas en la misma dirección, la que marcaba el viento y el sol, pero con pequeñas diferencias en la inclinación y en la altura, lo que provocaba que, en conjunto, compusiesen una masa caótica pero uniforme. Todas idénticas y distintas, cubriéndolo todo a medida que él surcaba aquel camino» (p. 12). En la obra, el trigo representa a los seres humanos, una enorme masa que cubre el pueblo movida por el viento como las personas son movidas por un destino superior a ellos, ajenas a cualquier noción de libertad. La voluntad de pisarlo es, por tanto, la voluntad de los personajes de pasar por encima de los demás si es necesario con tal de alcanzar sus objetivos. Este paralelismo entre el trigo y las personas se da en varios momentos de la novela, como el episodio en el que Pino cruza el muro bajo el cual está enterrado Cristóbal, o el momento en que Lucas, junto a los maquis, decide pasar a la acción y atacar el cuartel de la guardia civil, entre otros. «Frente a él, las espigas, que habían permanecido inmóviles hasta el momento, comenzaron a agitarse. Era el momento» (p. 108).

El germen de este símbolo nace de la concepción del hombre-masa como concepto explorado por Ortega y Gasset en su ensayo *La rebelión de las masas* (1930). La importancia de este autor en la obra, a través de otros elementos como su tesis sobre el perspectivismo mencionada en la introducción de esta memoria, hace que este llegue a aparecer mencionado en la novela, remedando la broma popular sobre sus apellidos: «Alfredo la había tratado de convencer de que sus padres no eran malos. “Solo son fruto de las circunstancias. Cada persona en el mundo es fruto de sus circunstancias y todo es cuestión de perspectiva”. Lo había leído en un libro, y lo decían dos escritores muy famosos. Aurora no sabía leer, pero estaba segura, completamente segura, de aquellos escritores no tenían ni la más remota idea» (p. 79).

Una de las intenciones tras el uso de la fractalidad en la obra es que todos los actos repetidos en la novela a través de este recurso escondan un fondo violento. Esto, además de en los casos concretos anteriormente enunciados, se aplica con la fractalidad general de las dos generaciones representadas. Ambas son asoladas por eventos políticos y

sociales extremadamente violentos, y sucumben de manera similar mientras repiten la misma historia, engendrando una vez más el mismo fractal del que han sido víctimas.

A este respecto, el fin tanto de los personajes como de la obra, una vez se reconstruye y comprende lo ocurrido, es tratar de huir de esa repetición a la que el destino de las personas parece abocado ante sucesos similares. La fractalidad, en este caso, se representa como un elemento negativo del que se debe escapar.

Retomando la característica de la novela histórica citada por García Gual (la ausencia de exactitud en los datos históricos), además de una omisión del espacio, en *El calor del trigo* la falta de precisión se lleva hasta otros elementos de la trama, como los personajes históricos, prescindiendo de cualquier alusión a una persona real que formara parte de la guerra, con la excepción de Francisco Franco Bahamonde, quien es nombrado en un momento puntual por su cargo. «Mi padre es guardia civil por la gracia de Dios y del caudillo, ¿algún problema?» (p. 117). Esta misma omisión se lleva a los personajes que aparecen en la novela, completamente ficticios, y a los hechos que en ella ocurren, eludiendo también la mención a batallas o sucesos concretos de la historia de España. El uso de algunas fechas específicas, como la Ley de la Reforma Agraria de España de 1932, o bandos claramente reconocibles, como los maquis o la guardia civil, se han restringido al máximo en la novela. El fin tras esta elección es tratar de dotar del contexto justo para que el lector identifique en todo momento el conflicto militar, sin que la exactitud enturbie la problemática que se trata de abordar, evitando la tentación de empañar de manera partidista, a través de los detalles, el debate que ocurre en las páginas de la novela.

Por último, dentro del género de la novela histórica, por su estructura y contenido, se puede catalogar a la obra como lo que se ha venido a denominar novela histórica liberal. De acuerdo a Juan Ignacio Ferreras (1974: 73), este género se caracteriza por plasmar la historia política de España a modo de crítica con un enfoque que «intenta negar ciertos valores institucionalizados y finalmente narra un momento presente, coetáneo, aunque para hacerlo tome del pasado histórico sus puntos de referencia».

En el caso de *El calor del trigo*, los «valores institucionalizados» negados son los del relato político e histórico construido entorno a la Guerra Civil española. La narrativa alrededor de este conflicto ha variado enormemente en su versión oficial; desde la dictadura franquista, revertiéndose hacia el polo opuesto tras la transición, hasta alcanzar el actual revisionismo del ala política perteneciente a la derecha, que trata de dotar de

equidistancia a un conflicto originado por un golpe de Estado ilegítimo, tal y como señala García de Cortázar (2005: 492). En la novela, la intención de crítica a los «valores institucionalizados» parte precisamente del poder que posee la narrativa política o historicista, sea cual sea su vertiente ideológica. Esto pasa por remarcar cómo las motivaciones políticas fueron el origen de un conflicto que, en muchos casos, era ajeno a los participantes, quienes, o bien se veían obligados a tomar parte y dar su vida en él a pesar de no tener ningún tipo de vínculo con el mismo, o bien lo aprovechaban para sus motivaciones individuales. A pesar de que, afortunadamente, las consecuencias no sean análogas en el presente, el utilitarismo del discurso político de la Guerra Civil española sigue vigente en la actualidad, con los partidos de derecha justificando la Dictadura Franquista y el golpe de Estado de julio de 1936 por un lado, y los partidos de izquierdas utilizándolo como recurso electoralista de manera periódica por otro. Esto da pie a una reflexión sobre como la esencia de la política, que debe ser un servicio que garantice el bienestar y el orden, incita aún a día de hoy a la división y al conflicto, algo que parece ocurrir tan pronto lo político se aleja de lo burocrático y tecnocrático para centrarse en la retórica.

Acotándose a los preceptos de la novela histórica liberal, *El calor del trigo* trata de sustituir la narrativa institucionalizada sobre la Guerra Civil (en cualquiera de sus vertientes y versiones) por la consideración individual del conflicto, para, de esta forma, poner de manifiesto los extremos que puede llegar a alcanzar el discurso político y reflexionar así sobre su alcance en lo concreto y personal.

2.2 La novela negra como marco de la narración.

A pesar de adscribirse al género de la novela histórica, *El calor del trigo* toma elementos fundamentales que beben de la novela negra.

Dentro de la novela policiaca, podemos encontrar este género surgido en Estados Unidos a mediados del siglo XX con autores como Raymond Chandler o Dashiell Hammet. Según Sánchez Soler, este subgénero tomó un camino paralelo a la narrativa de misterio y policiaca al relegar el juego de lógica de la posición de elemento central de la obra al secundario, quedando «la denuncia social» y el «intento de comprender los conflictos del alma humana» en un primer plano (2011: 6-7).

A pesar de ser un género adscrito comúnmente al marco de la sociedad norteamericana, su planteamiento elemental, tal y como se define en el anterior párrafo, coincide con el propuesto en *El calor del trigo*.

A nivel de relevancia en la trama, de hecho, podríamos llegar a considerar la violación y desaparición de Florinda como un «Mac Guffin». Este término, acuñado por el famoso cineasta Alfred Hitchcock, se define en sus propias palabras en el archiconocido libro-entrevista de François Truffaut *El cine según Hitchcock*:

A.H. La famosa cláusula secreta, era nuestro «Mac Guffin». ¡Tenemos que hablar del «Mac Guffin»!

F.T. El «Mac Guffin» es el pretexto, ¿no?

A.H. Es un rodeo, un truco, una complicidad, lo que se llama un «gimmick». [...] «Mac Guffin» es, por tanto, el nombre que se da a esta clase de acciones: robar... los papeles —robar... los documentos—, robar... un secreto. En realidad, esto no tiene importancia y los lógicos se equivocan al buscar la verdad del «Mac Guffin» (1966: 115).

El «Mac Guffin» es, por tanto, un motor que hace que los personajes avancen en la trama, pero que no tiene importancia para la propia narración. La violación y la muerte de Florinda sirve, a efectos prácticos, como un motor de la narración, acelerando el conflicto que, tarde o temprano, iba a suceder entre los maquis y la guardia civil. La búsqueda de la muchacha se limita a precipitar, por un lado, la acción de los maquis, que se deciden a atacar por la acumulación de escaramuzas en su contra iniciadas con el supuesto secuestro de Florinda por parte de los partidarios del régimen, y, por otro lado, la de los guardias civiles especialistas en investigar la presencia de miembros de la resistencia, que pueden acercarse a la guarida de los maquis junto a Marcos con el pretexto de la búsqueda de la muchacha. Ambas acciones, el ataque de uno y otro bando, iban a tener lugar con independencia del episodio de Florinda, siendo este únicamente un catalizador que acelera la narración.

Además de como motor de la trama, los eventos relacionados con la violación y muerte de Florinda sirven para alimentar «la denuncia social» y el «intento de comprender los conflictos del alma humana» presentes en la obra. Estas cualidades son, además,

propias de otras formas de realismo. Este es el caso del naturalismo, que, de acuerdo con Manuel Carballada, como «corriente estético literaria presenta un propósito de crítica social y política, curiosamente tanto desde los sectores conservadores como de los progresistas» (2011: 1) describiendo «los conflictos sociales, la desigualdad y la vida cotidiana de los sectores más expoliados de la sociedad» (2011: 2).

Al respecto de la denuncia social, tenemos, por una parte, las suposiciones hechas por los miembros de ambos bandos. Tanto los miembros de la resistencia como los partidarios del régimen piensan de inmediato lo peor del bando contrario. Sin embargo, en ningún momento llega a asomar una sombra de duda de que la desaparición haya podido llegar a ser perpetrada por miembros de sus propios bandos. «Ha sido él [...]. Ese nuevo guardia civil ha secuestrado a Florinda. Lo ha hecho para ponernos nerviosos, para obligarnos a dar un paso en falso. Estas cosas ya las hicieron en su momento. —¡No! —añadió de súbito su marido con brusquedad— Sería demasiado complicado. No sacaría nada con eso, demasiado esfuerzo. La solución es más sencilla. Siempre es más sencilla. Habrán hecho lo que hicieron en su día. Para qué secuestrarla si pueden... matarla» (p. 62). «Sobre Florinda [...], si estamos en lo cierto y sus padres siguen vivos, ha podido huir al monte con su familia, fingir un secuestro (p. 72).

Esta conducta muestra un claro conflicto social. Dado que estos eventos se sitúan en la posguerra, podemos comprobar cómo los rivales no solo lo son en el terreno político o militar, también en el individual. El conflicto ha mutado de lo abstracto a lo concreto. Incluso con la guerra finalizada, los bandos contrarios se consideran el enemigo sin paliativos y no son seres humanos con un ideario que diverge del propio; se asumen como monstruos capaces de cometer cualquier atrocidad, como matar, secuestrar o fingir un secuestro. Esta percepción del contrario es, obviamente, deudora de lo ocurrido en la Guerra Civil Española, y es, de nuevo, un elemento que, aunque en menor escala, se hereda hasta nuestros tiempos, con una polarización creciente dentro de la política llevada hasta el terreno personal que, personalmente, observo a diario en medios de comunicación, conversaciones, relaciones personales y redes sociales.

El personaje de Lucas se introduce, precisamente, como un producto de este conflicto no resuelto, fruto de la exposición a la extrema violencia desde la infancia. Aurora llega a incidir en que Lucas, al contrario que ella, sí recuerda lo ocurrido y vivir en el caserón. «Siempre había considerado a Lucas como una persona severa, incluso cuando no eran más que unos niños. Él sí recordaba a su padre y la época en la que vivían

en el caserón. Recordaba haberlo perdido todo. Pero, sobre todo, recordaba quién se lo había arrebatado, y se encargaba de repetírselo a sí mismo en voz alta a diario. Compartían el mismo espacio diminuto para dormir y llevaba escuchándolo susurrar entre sueños desde que tenía memoria» (p. 89).

Lucas, enfrentado a una situación de este tipo desde su más tierna infancia, junto al constante reproche de su madre hacia la vida (incapaz de olvidar y perdonar lo sucedido) y su participación entre los maquis (que planean retomar el pueblo mediante el uso de las armas), entiende el mundo como un lugar violento en el que la gente debe tomar las cosas a la fuerza. Desarrolla incluso rasgos psicopáticos, considerando a sus compañeros de la resistencia como «ratas», y se recrea en la muerte usando la venganza como justificación. «“Porque ellos también son unas ratas”, gruñó en su cabeza. Odiaba reconocerlo, pero, en cierta medida, ese guardia civil llevaba razón. Aquellas personas eran las mismas alimañas que habían permitido que su padre muriera» (p. 94). «No saber quién había sido el causante de la muerte de aquel hombre le irritaba. No quería eludir la culpa, porque no tenía ninguna. Apretó los dientes. Odiaba a aquella persona y odiaba todo lo que representaba. Merecía morir, y deseaba haber sido él quien le hubiese causado aquella herida» (p. 111).

El personaje de Lucas trata de representar el extremo que puede alcanzar el manejo de un conflicto que no ha sido clausurado adecuadamente. Como ya se ha incidido en anteriores secciones, para tratar de dotar de universalidad al personaje, este encuentra su reflejo en Firmo, que ha sido víctima de otra guerra similar de manera indirecta (cuando su abuelo lo perdió todo en Cuba), y ha seguido el mismo camino de violencia que el joven con anterioridad, utilizando la justificación política y militar como pretexto para sus motivaciones personales alrededor de algo ajeno a la guerra, en este caso Los Manantiales.

Por otro lado, es interesante recalcar que el momento en que Lucas muestra su verdadera personalidad es tras su revelación como autor del crimen. Hasta que lo ocurrido es descubierto por Aurora, el punto de vista de la narración no pasa a tener a Lucas como protagonista en ningún momento, a pesar de su enorme peso como personaje en la trama. La intención tras esta decisión es evitar que el lector pueda llegar a leer dentro de la cabeza del personaje y descubra su verdadero temperamento e intenciones, favoreciendo el efecto sorpresa de la revelación.

A este respecto, sin embargo, se intenta sembrar semillas que justifiquen al personaje y lo ocurrido. Por un lado, sin ser consciente de ello, Aurora se encuentra con su hermano después de que este entierre a Florinda. Lucas, cubierto de tierra, insiste en que Florinda no está en el cortijo y que él ha estado haciendo agujeros toda la mañana (como se descubrirá más adelante, porque la ha violado y asesinado), e insta a Aurora a que vuelvan a casa, desviando el tema de conversación de Florinda. Por otro lado, se describe a Lucas como una persona irascible e huraña en casi todas sus intervenciones, asesinando brutalmente a Francisco con tal de no ser descubierto. «Que Dios lo tenga en su gloria, pero tu hermano se gastaba unas malas pulgas sin venir a cuento que no era ni medio normal» (p. 36) «¡He dicho que te comas la puta sopa! —gritó su hermano volviendo a golpear la mesa» (p. 47)

Es por todo ello que, a través de la violación y muerte de Florinda, *El calor del trigo* reúne las características de la novela negra y el naturalismo citadas en esta sección: este elemento de suspense no es el «objetivo principal de la historia» y, sin embargo, mueve a todos los personajes y la acción, sirve «de denuncia social» al respecto de la mella heredada en la sociedad de la posguerra y «trata de comprender los conflictos del alma humana» que ocurren dentro de un personaje como Lucas.

3. Técnicas y estilos ensayados.

3.1 La técnica de vasos comunicantes.

Una de las técnicas narrativas utilizadas en *El calor del trigo* es la conocida como «de vasos comunicantes».

Mi primer contacto con esta técnica tuvo lugar a través de la novela *Conversación en La Catedral* (1969) del premio Nobel peruano Mario Vargas Llosa. He utilizado esta obra como referencia a la hora de su puesta en práctica, por lo que es importante incidir en algunos detalles sobre ella.

Conversación en La Catedral se inicia con una narración en presente en la que conocemos a Santiago Zavala. Tras su encuentro con Ambrosio, un antiguo empleado de su padre, ambos rememoran su pasado en una conversación en el bar La Catedral.

A continuación, el narrador heterodiegético pasa del uso del presente al pretérito. Sin embargo, los diálogos de los personajes en la actualidad manteniendo la conversación en el bar se entremezclan con los diálogos de los personajes en el pasado. Esto es así dado que Santiago y Ambrosio son, en realidad, los que están a cargo de la narración, a pesar de que esta información llegue al lector a través de un narrador que ordena la conversación con una voz externa al relato. Vargas Llosa diferencia estas intervenciones que devuelven la acción al presente a través del tiempo de los verbos *dicendi*, ora en presente, ora en pasado.

Sobre esta técnica, también llamada de «diálogos telescópicos» por críticos como Boves Naves, esta última menciona:

La expresión verbal válida en varias situaciones interactivas, las conexiones temáticas o de conducta de dos o tres personajes, etc., se potencian entre sí con una técnica de “vasos comunicantes”, que consiste en relacionar en un solo diálogo notaciones o connotaciones de dos o tres. [...] Cada una de las situaciones reflejadas en un diálogo que resulta de la superposición de dos o tres diálogos mantenidos en otras tantas situaciones, pone en relación elementos de todas ellas, y el lector tiene una percepción multiplicada y potenciada de la realidad (1996: 44).

Cabe recalcar, como señala Boves Naves, que el fenómeno resultante de mezclar varios tiempos y espacios de un mismo personaje a través de esta técnica, además de un efecto de analepsis, también relaciona «en un solo diálogo notaciones o connotaciones de dos o tres». En la novela esto se puede ver, por ejemplo, en diálogos como el siguiente:

—[...]¿Cuáles son tus pastas favoritas?

—Nunca le gustó Mariate. Siempre decía que era una pedante y una superficial —dice Aurora.

—Me gustan todas —contestó Alfredo apoyando la cabeza sobre el dorso de la mano. [...]

—Pero tiene que haber alguna que te guste más. A ver, ¿cuál te gustaría que estuviera en el día de nuestra boda? (p. 55).

La intención tras el uso de esta técnica en conversaciones como la anterior es generar una diversidad de interpretaciones en los diálogos, como si estos se cruzasen en

el tiempo. La pregunta sobre las pastas que realiza Mariate coincide con un comentario de Aurora en el presente. Al responder que le «gustan todas», Alfredo parece contradecir la afirmación de Aurora sobre las mujeres, aunque sea una respuesta para Mariate en el pasado. Esto se ve reforzado por la contestación de esta última que, preguntando «cuál le gustaría que estuviera en el día de su boda», pone de manifiesto el doble sentido mencionado por Boves Naves al aplicar la técnica de «vasos comunicantes»: están hablando de las pastas a la vez que hablan de Aurora y Mariate, entre las que el muchacho se debate por amor y conveniencia.

Esto se muestra junto a la evolución de los personajes, que, comentando sus puntos de vista en el presente, se muestran en algunos casos opuestos a las decisiones u opiniones que expresaban en el pasado. Este contraste lo señala Boves Naves recalcando como, con el uso de esta técnica:

El lector percibe que los que ahora están conversando no son los mismos en sus recuerdos, porque han ido cambiando en el tiempo, y no mantienen las mismas ideas, porque su mirada crítica les descubre incoherencias que antes no veían (1996: 45).

Esta idea se ve reflejada en algunos diálogos de la obra, como el siguiente entre Leonida y Aurora.

—Yo no recuerdo que me dijeras eso —Leonida enarca una ceja mientras se limpia la saliva reseca de la comisura de los labios.

—Bueno, pero lo pensé —dice Aurora, molesta—. O quizás lo piense ahora, no lo sé (p. 27).

Aquí podemos ver cómo, a pesar de estar delante de un narrador en apariencia heterodiegético, los personajes relatando su historia en el presente son los que están realmente a cargo de la narración. Este recurso no solo sirve para mostrar la discordancia entre quienes eran y quienes son, como señala Boves Naves, sino también para advertirnos de la ineficacia y verdadera identidad del narrador, que altera el relato sin que el lector pueda distinguir en qué momentos los diálogos o sucesos están falseados desde el prisma del presente y el recuerdo.

Sobre el uso de esta técnica, Hiber Conteris afirma que «al construir un relato mediante el montaje de historias y diálogos que se superponen en el tiempo y en el

espacio, estos se entremezclan, e integran finalmente en una estructura “polifónica” resultando en un “concierto de voces” [...] o una “voz plural”» (1994: 246).

Este enfoque, dotando a los personajes de una relevancia coral, sin un claro protagonista y pasando la carga narrativa de uno a otro, trata de subrayar esta noción de que la obra no es más que un «concierto de voces». Los personajes que pueden llegar a tener una carga protagónica en la obra son por un lado Aurora, que es la que inicia y termina la acción, y por el otro Lucas, que es el causante de los dos principales conflictos de la novela (la muerte de Florinda y el ataque de los maquis). Sin embargo, sus participaciones, introspecciones y puntos de vista quedan diluidos entre los demás personajes. La intencionalidad de crear esta «voz plural» mencionada por Hiber Conteris, es la de desindividualizar el mensaje, mostrando tantos puntos de vista del mismo conflicto como sea posible y huyendo, como ya se ha mencionado con anterioridad, de maniqueísmos o posibles sesgos partidistas entre ambos bandos para crear la noción de «individuos colectivos» mencionada en la introducción.

3.2 El símbolo como figura retórica.

Una figura retórica central a lo largo de *El calor del trigo* es el símbolo. Le Guern dice sobre este recurso literario que es «fruto de un contrato social que selecciona una materia significativa que no guarda relación alguna con el significado que debe vehicular. Diversos trabajos esbozan que, en la gran mayoría de casos, subyace una relación analógica que ha sido olvidada o queda encubierta» (1984: 36). Esto complementa la definición desarrollada por Alvarado Duque, quien afirma que «una de las virtudes del enfoque semiótico es la comprensión del símbolo a partir de cierta plasticidad, en relación con un contexto textual específico» (2017: 20).

En definitiva, implica utilizar un término con un significado concreto que, a través de la sugerencia de ciertas cualidades, evoca a algo distinto.

Podemos encontrar varios elementos a lo largo de la obra acotados a las definiciones de Le Guern y Alvarado Duque, como el trigo, cuya simbología ha sido explicada con antelación en este documento. Sin embargo, hay un símbolo que tiene una presencia constante desde el principio al final: el calor.

La obra comienza con Aurora incapaz de dormir debido a un calor sofocante. Este bochorno se presenta como opresivo desde su primera aparición y es una sensación de la que ninguno de los personajes puede escapar. Dado que los personajes de ambos bandos se ven asediados por él, queda claro que no se trata de una metáfora de la opresión del régimen franquista. En su lugar, el calor se presenta como la presión del conflicto no resuelto fuera del ámbito militar. Ninguno de los individuos termina de estar cómodo en el mundo, y perciben cierta amenaza que, aunque no acuciante o directa, siempre está presente. Hay algunos momentos de la obra, sin embargo, en los que los personajes sienten frío o, en su defecto, ausencia de calor. Esto ocurre, por ejemplo, cuando Pino vuelve a su casa en Los Manantiales, cuando Marcos visita a sus padres refugiados lejos del peligro en las montañas, o cuando se produce el primer acercamiento, discusión y entendimiento entre Aurora y Alfredo. «Cuando entró en la casa, una sensación reconfortante lo envolvió de inmediato. Aquel era el único lugar de todo el pueblo donde uno podía huir de ese sofoco inmutable que envolvía la comarca» (p. 9). «Una pequeña nube aparecía y desaparecía alrededor de sus labios mientras caminaba. A pesar de la humedad y el calor que desprendía el queroseno ardiendo, aquel era el único sitio del pueblo donde Marcos recordaba haber sentido alguna vez algo de frío» (p. 58). «Aurora notó una sensación que no recordaba haber experimentado. Hacía frío. Se sentaron apoyando sus espaldas contra el muro de yeso blanco» (p. 47)

El motivo para que el calor se suprima unos instantes, aunque después vuelva a hacer acto de presencia, es que los personajes han encontrado un refugio de la presión constante que les amenaza en segundo plano, bien en la seguridad del hogar o bien a través del diálogo y la reconciliación tras tratar el problema abiertamente.

Por otro lado, en el tercer capítulo se nos presenta a Firmo en su juventud de camino a cometer el asesinato de Cristóbal. En la narración se nos indica que es en este momento cuando aparece el calor. «—Es curioso —susurró a su acompañante. Tenía una voz suave y rota, que contrastaba con su rostro aguileño—. En este pueblo no suele hacer tanto calor» (p. 12). Se supone, sin embargo, que la Guerra Civil ya ha terminado, dado que Firmo regresa del frente a su pueblo natal. Esto nos indica de nuevo como el calor no simboliza el conflicto militar en sí, sino las consecuencias individuales del conflicto, representado por el cainismo de Firmo (por otro lado, habitual en la guerra) aprovechando una batalla que, para la gran mayoría, era un problema ajeno a su vida cotidiana. Firmo es, en definitiva, el causante de traer esa otra guerra a la vida del pueblo. Dado que el acto

de arrebatar Los Manantiales a través del asesinato es lo que inicia el calor, es por ello que su hijo Pino, hace esta observación de la finca como epicentro del bochorno: «Aunque en el patio y los alrededores hiciese un bochorno perpetuo, como si aquel edificio fuese la fuente de la que emanase el calor, por algún motivo, entre aquellas paredes blancas, reinaba siempre un fresco reparador» (p. 9).

Por último, al igual que el calor es el primer símbolo en aparecer en la narración, recorriéndola en cada capítulo, es a su vez el último símbolo en hacer acto de presencia. Al final de la novela, tras compartir su historia, las tres jóvenes, ahora ancianas, han sido capaces de comprender la situación de sus compañeras, han tratado abiertamente sus historias y son plenamente conscientes de las perspectivas, maldades y las bondades ajenas. A través del diálogo y el entendimiento mutuo son capaces de eliminar esa presión aún presente en nuestros días.

El uso de los símbolos, sin embargo, recorre la obra con otros elementos. Sin ir más lejos, los nombres de los personajes tratan de adecuarse a elementos con los que resuenan. Este es el caso, por ejemplo, de Cristóbal, que, como mártir para su familia, evoca al nombre de Cristo, tratando de hacer un juego con esta resonancia en el episodio de la tortura de Julia, quien observa y ruega a un Cristo en la cruz, al igual que lo hizo a su marido antes de que este se marche con Firmo. Esta elección del padre como mártir que resuena en la figura de Jesucristo se da con el personaje de Firmo. Tres meses después, fallece. «Tenía la edad de Cristo. Cirrosis. Tras él, un hijo sin nada» (p. 129). Otro ejemplo es Aurora, que es metafóricamente fiel a la definición de la palabra con la que comparte nombre. Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, la aurora es una “luz sonrosada que precede a la salida del sol”, lo que coincide con su personaje en el pasado, que encuentra en la primavera de su vida. Esta última metáfora se llega a utilizar en el texto para retratarla como anticipo de lo que acabará por ocurrirle: «Aurora caminaba dejando que las malas hierbas que crecían a los lados del camino acariciaran las yemas de sus dedos. Las plantas, aún verdes tras la primavera, comenzaban a secarse por las puntas bajo el sol implacable, y pronto acabarían abrasadas por completo» (p. 35). Un último ejemplo es el caso de Pino, contracción de Agripino, que se muestra firme y recio cómo el árbol con el que comparte palabra. Al igual que con el trigo, aprovechando la polisemia, se construye en varias ocasiones un paralelismo entre las intenciones de algunos de los maquis para con el bando contrario de camino hacia la

batalla, como el siguiente: «Lo observó caminando frente a ella. Con cada paso machacaba las hojas de pino secas que cubrían el camino» (p. 90).

4. Dificultades, soluciones y resultados.

En las secciones anteriores he tratado de resaltar mis intenciones a la hora de adscribirme a estructuras narrativas, técnicas y otros elementos. Sin embargo, soy consciente de que la implementación de muchos de estos elementos no ha sido, quizás, del todo fluida o efectiva. En mi contra creo que ha jugado, principalmente, la gestión del tiempo y la inexperiencia.

Considero que, aunque el armazón de la narración está desarrollado, hay infinidad de matices a mejorar, siendo uno de los principales el uso del lenguaje poético y literario. Hacia la segunda mitad de la novela, la narración se centra demasiado en relatar los hechos, sin recrearse en el uso de demasiadas figuras retóricas. De igual forma, en las distintas relecturas he localizado una reiteración de estructuras gramaticales y expresiones que, en ocasiones, ralentizan la lectura. He tratado de subsanar este último fallo en cada relectura, pero creo que aún se puede matizar en este aspecto.

Por otro lado, mi tutor, el profesor Pablo Sánchez, me ha hecho notar que he tratado abarcar de una extensión de personajes y recursos difícil de manejar, lo que personalmente achaco, una vez más, a mi inexperiencia. Mi intención al incluir a todos los personajes posibles es distribuir la sensación de empatía hacia los mismos, lo que evita que el lector tenga un posicionamiento claro en ninguno de los dos lados del conflicto, como ya se ha comentado antes. Sin embargo, esto puede afectar al interés que genera la obra en el lector. Sus motivaciones y pensamientos, como recalca en el párrafo anterior, quedan en algunos puntos demasiado desplazados por la narración de los hechos, logrando que toda esa atención y empatía distribuida entre los personajes quede sin desarrollar.

Este último punto creo que ha podido, además, diluir el mensaje que me había propuesto transmitir con esta obra. El exceso de acción hace que sea difícil destacar algunas ideas con reflexiones explícitas, quedando relegadas estas al lector a través de los actos de los personajes. Esto provoca cierto desequilibrio que se retroalimenta, dado que el exceso de acción continuada no da el tiempo y el espacio necesario para asentar dentro

del lector la profundidad o implicaciones de lo que está ocurriendo. He intentado corregir este aspecto, pero creo que con más trabajo se podría seguir perfeccionando.

También he encontrado problemas con el registro de los personajes. Para subsanarlos he intentado ver cine de época, sobre todo de Luis García Berlanga y Rafael Azcona, para imitar la jerga popular de la España de posguerra, pero hay ciertos coloquialismos y expresiones demasiado contemporáneas que me cuesta localizar.

Por último, tengo la sensación de que el recurso de la técnica de vasos comunicantes queda un poco diluido en la segunda mitad de la obra, provocando cierto desequilibrio. He intentado solucionarlo añadiendo más intervenciones, pero con la mayoría de ellas he sentido que ralentizaba el ritmo de la lectura y no aportaba nada significativo, así que creo que aún puedo mejorar este aspecto buscando otras maneras de incluirlo en la narración.

Como conclusión, me gustaría remitirme al principio de esta sección en cuanto al desenlace final de mi proceso de escritura para la novela presentada como Trabajo de Fin de Máster. Me gustaría de igual forma incidir en que, a pesar de ser una novela, he tratado de aplicar lo aprendido en otras asignaturas como Modelos Dramáticos, Escritura Dramática o Escritura de Guion Cinematográfico, además de, por supuesto, Prosa de Ficción.

5. Bibliografía consultada y aplicada.

ALVARADO DUQUE, Carlos Fernando, 2017. “Alegoría y símbolo en el cine barroco y moderno. Estrategias retóricas, amplificación de sentido”, *Revista Galaxia* [en línea], núm. 36, pp. 18-30 [consulta: 28 de octubre de 2021]. Disponible en:

<https://www.scielo.br/j/gal/a/GC8GDPW3Hjb4mTTtDspZyDj/?lang=es&format=pdf>

ANÓNIMO, 2014. “Novela policíaca: guía de recursos bibliográficos” [en línea], Biblioteca Nacional de España [consulta: 17 de octubre de 2021]. Disponible en

http://www.bne.es/es/Micrositios/Guias/novela_policia/resourses/pdfs/novela_policia_ca.pdf

AMADO, Alonso, 1984. *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en La Gloria de Don Ramiro*. Madrid: Gredos.

- BORGES, Jorge Luis, 1969. *El Elogio de la Sombra*. Buenos Aires: Emecé.
- BORGES, Jorge Luis, 1997. *Ficciones*. Madrid: Alianza.
- BOBES NAVES, María del Carmen, 1996. *Diálogos y otros procesos interactivos en "Conversación en la Catedral"*, de Vargas Llosa. Castilla: Estudios de Literatura.
- CONTERIS, Hiber, 1994. *Mario Vargas Llosa: Opera Omnia*. Madrid: Editorial Pliegos.
- CORTÁZAR, Julio, 1995. *Final del juego*. México: Alfaguara.
- CORTÁZAR, Julio, 1999. *Queremos tanto a Glenda*. México: Alfaguara.
- FERRERAS TASCÓN, Juan Ignacio, 1974. *Historia de la literatura española III: siglos XIX y XX*. Madrid: Taurus.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando, 2005. *Atlas de Historia de España*. Barcelona: Editorial Planeta.
- GARCÍA GUAL, Carlos, 2002. *Apología de la novela histórica*. Barcelona: Península.
- GARCÍA HERRANZ, Ana, 2009. "Sobre la novela histórica y su clasificación". *Revista EPOS* [en línea], núm. 25, pp. 301-311 [consulta: 13 de octubre de 2021]. Disponible en:
<https://eprints.ucm.es/id/eprint/33540/1/Sobre%20novela%20hist%C3%B3rica%20y%20su%20clasificaci%C3%B3n%20Ana%20Garc%C3%ADa%20Herranz.pdf>
- GARCÍA LANDA, José Ángel, 1992. "La Novela Histórica: Parámetros para su definición". *Notas para una contribución a la mesa redonda sobre "La novela histórica y el postmodernismo."* XVI Congreso de la Asociación Española de Estudios [en línea]. Universidad de Zaragoza, pp. 2-3 [consulta: 12 de octubre de 2021]. Disponible en:
https://www.researchgate.net/publication/256845816_La_novela_historica_Parametros_para_su_definicion
- LE GUERN, Michel, 1984. *La Metáfora y la Metonimia*. Madrid: Cátedra.
- MANUEL CARBALLEDA, Alfredo Juan, 2011. "Naturalismo, realismo literario y la explicación de los fenómenos sociales". *Revista margen61* [en línea], núm 61, pp. 1-10 [consulta: 28 de octubre de 2021]. Disponible en:

http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/116834/Documento_completo.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y

NAVA ROSALES, Gilberto Antonio, 2010. “Literatura fractal”. *Decires, Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros* [en línea], núm. 15, pp. 39-52 [consulta: 14 de octubre de 2021]. Disponible en:

https://www.academia.edu/36740766/Literatura_fractal

ORTEGA Y GASSET, José, 1914. *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Residencia de Estudiantes.

ORTIZ DE GONDRA, Borja, 2017. *Los Gondra (Una historia vasca)*. Madrid: Centro Dramático Nacional.

PANIGUA, Pablo, 2007. “¿Qué es la literatura fractal?”. [en línea]. [consulta: 30 de octubre]. Disponible en:

https://www.articulo.org/articulo/1226/qu_es_la_literatura_fractal.html

SÁNCHEZ SOLER, Mariano, 2011. *Anatomía del crimen: guía de la novela y el cine negros*. Madrid: Reino de Cordelia.

TALANQUER, Vicente, 2009. *Fractus, fracta, fractal: fractales, de laberintos y espejos*. México: FCE.

TRUFFAUT, François, 1966. *El cine según Hitchcock*. Madrid: Alianza Editorial.

VARGAS LLOSA, Mario, 1969. *Conversación en La Catedral*. Barcelona: Seix Barral.